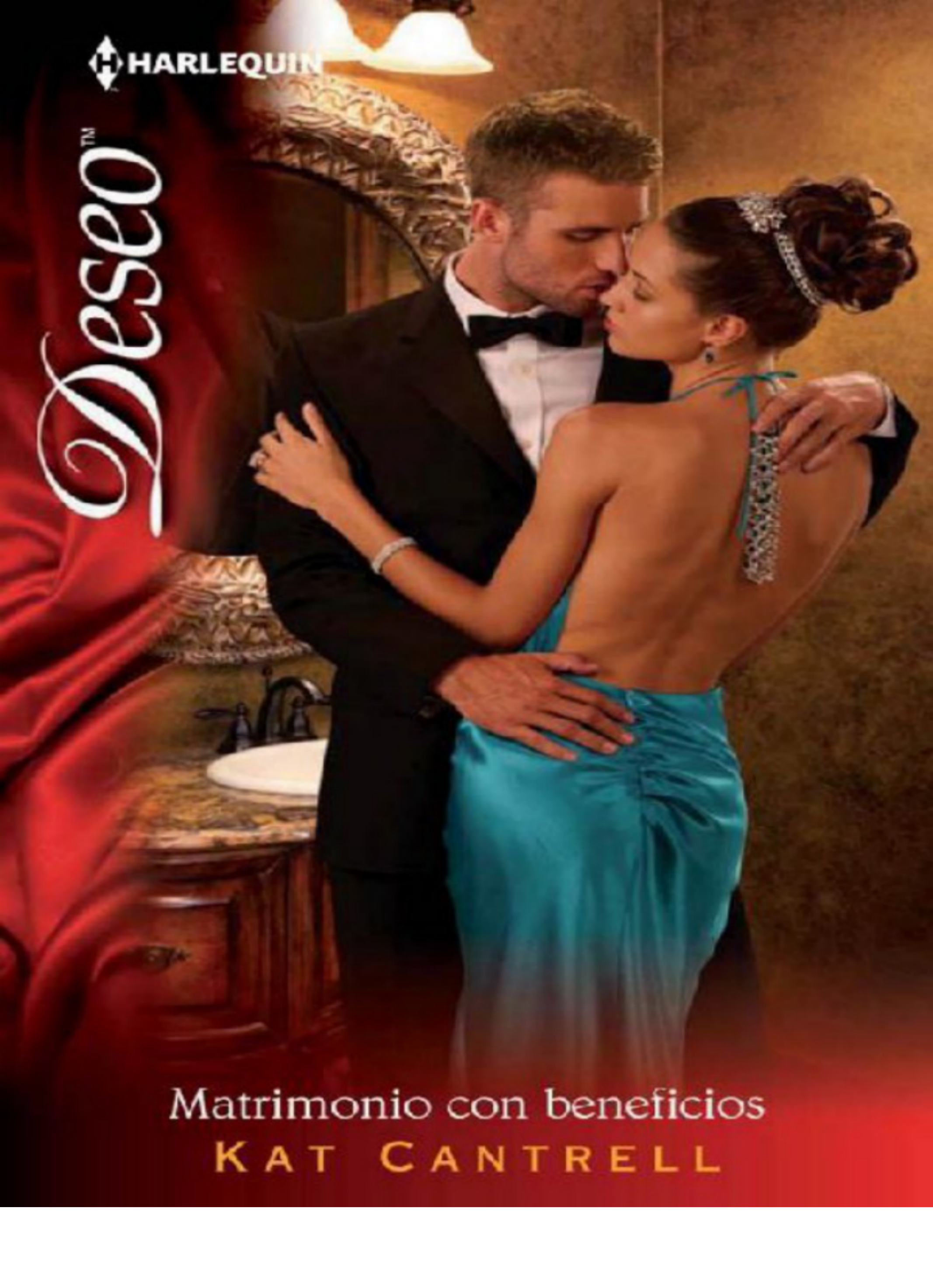

HARLEQUIN
Deseo™
Matrimonio con beneficios
KAT CANTRELL



Matrimonio con beneficios

KAT CANTRELL



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

MATRIMONIO CON BENEFICIOS, N.º 1929 - julio 2013
Título original: Marriage with Benefits
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3433-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

Otras solteras de veinticinco años soñaban con solteros de oro y finales felices, pero Dulciana Allende soñaba con un divorcio. Y Lucas Wheeler era el hombre que podía darle lo que quería.

Cia miró a ese rubio de espaldas anchas que estaba al otro lado del abarrotado vestíbulo. El despliegue de lujo y ostentación rozaba el mal gusto. La mujer que estaba a su lado llevaba un anillo lo bastante caro como para dar de comer durante todo un año a las mujeres que vivían en el refugio donde trabajaba como voluntaria.

Pero si hubiera tenido la habilidad de sacarles dinerales a los benefactores, no hubiera tenido por qué acudir a esa fiesta de la alta sociedad de Dallas. Y tampoco hubiera tenido que poner en marcha el plan B.

No había plan C.

Se bebió el último trago de la bebida que algún camarero le había puesto en la mano. Después de haberse esforzado tanto para asegurarse una invitación de última hora a la celebración del cumpleaños de la señora Wheeler, lo menos que podía hacer era dejarse llevar un poco y tomarse esos brebajes carísimos con los que la *jet set* fingía beber alcohol. Si lograba sacar adelante la negociación, la señora Wheeler se convertiría en su suegra. Tenía que impresionar.

Pero la señora Wheeler también sería su futura exsuegra, así que quizás la impresión que causara no importaba tanto.

Un hombre que estaba cerca de la barra la miró con insistencia, pero ella siguió adelante. Esa noche solo le importaba un hombre; el que estaba junto a su madre, saludando a los invitados. Los tacones y el vestido súperceñido la hacían caminar más despacio entre la multitud.

–Feliz cumpleaños, señora Wheeler –dijo, estrechándole la mano a la señora con una sonrisa–. La fiesta ha sido todo un éxito. Soy Dulciana Allende. Encantada de conocerla.

La señora le devolvió la sonrisa.

–Cia Allende. Dios mío… ¡Cómo pasa el tiempo! Conocía a tus padres. Fue una tragedia perderlos a los dos a la vez.

La sonrisa de Cia se quebró durante una fracción de segundo.

–Lucas, ¿conoces a Cia? –dijo la señora, dirigiéndose a su hijo–. Su abuelo es el dueño de Manzanares Communications.

Cia miró al hombre con el que tenía planeado casarse y fue como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Era tan… hermoso.

–Señorita Allende.

Lucas le dio un beso en la mano.

–Wheeler –Cia la retiró rápidamente–. Creo que nunca he conocido a nadie que se parezca tanto a Ken, el novio de Barbie.

Afortunadamente la señora Wheeler estaba ocupada saludando a otras personas y no llegó a oírlo. La boca de Cia ya empezaba a trabajar más rápido que su cabeza. Las habilidades sociales no se le daban demasiado bien, sobre todo cuando se trataba de hombres.

Lucas ni parpadeó. La miró de arriba abajo y arqueó la ceja con un gesto burlón.

–Bueno, creo que yo le saco ventaja a Ken: me doblo por todos lados.

Cia soltó el aliento y se rio al mismo tiempo. No quería que Lucas Wheeler le cayera bien. No quería encontrarle ni remotamente atractivo. Le había escogido por eso, porque había dado por hecho que no iba a gustarle. Según había leído en la prensa, era como esos casanovas con los que había salido en la universidad: guapísimo y tonto.

No era más que un tipo para pasar un buen rato, un tipo que podía salvar la vida de cientos de mujeres. El matrimonio que tenía en mente ayudaría a mucha gente, pero si ese aliciente no era suficiente, también podía darle otros incentivos.

Ese pensamiento le dio el coraje que le faltaba. Esbozó su mejor sonrisa. Los negocios con Lucas Wheeler no eran más que eso, negocios.

–Bueno, es justo decir también que los trajes te quedan mejor que a Ken.

–Vaya. Yo juraría que eso ha sido un cumplido –Lucas ladeó la cabeza y se inclinó un poco hacia ella–. Si nuestros padres se conocían, ¿cómo es que no nos conocemos nosotros?

Su voz, estimulada por el whisky, tenía un ligero deje tejano, perezoso y sugerente; un acento que sonaba a vaqueros y paseos a caballo bajo un sol de justicia. Cia le miró a los ojos.

–No salgo mucho.

–¿Te gusta bailar? –señaló la pista de baile.

Decenas de invitados bailaban al ritmo de una suave melodía de jazz.

–En público no.

Lucas guardó silencio un momento. La indirecta había surtido efecto.

–¿Seguro que nunca nos hemos visto?

–Seguro que no.

Y si las cosas hubieran sido distintas, jamás se hubieran conocido. Los hombres como Lucas, expertos en engatusar y enamorar, eran peligrosos para las románticas como ella. Pero estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio para abrir ese refugio de mujeres y ver el sueño de su madre hecho realidad.

–En realidad nos hemos conocido hoy porque tengo una propuesta que hacerte.

Una sonrisa lenta y letal le tensó los labios a Lucas Wheeler.

–Me gustan las propuestas.

–No se trata de eso. No tiene nada que ver con eso que veo en tus ojos.

–Bueno, ahora sí que solo hay dos posibilidades. O voy a estar muy interesado, o no me va a interesar en absoluto –se acercó–. No sé qué va a ser.

–Estarás interesado –le dijo ella, y retrocedió.

Tras haber llevado a cabo una meticulosa investigación previa, sabía con seguridad que Lucas Wheeler no podía permitirse no estarlo. Había pensado en decenas de candidatos, pero ninguno encajaba tan bien en el perfil.

–Bueno, voy directa al grano. Muchas mujeres sufren violencia machista hoy en día y yo tengo la idea de construir un lugar donde puedan empezar una nueva vida, lejos de esos hombres que las usan como sacos de boxeo. Los refugios de esta zona están repletos y hace falta uno nuevo, uno muy grande, y caro. Ahí es dónde entras tú en juego.

Ya habían admitido a más mujeres de las que cabían en el refugio, y solo era cuestión de tiempo que se llegara a saber que la capacidad del centro se había visto superada. Lucas Wheeler iba a cambiar el futuro.

Lucas sacudió la cabeza.

–Mi dinero no entra en esta discusión. Te has confundido de ricachón.

–No quiero tu dinero. Ya tengo el mío. Solo necesito tener acceso al mismo para construir el refugio a mi manera, sin necesidad de benefactores, inversores o préstamos.

–Bueno, cielo, entonces parece que no me necesitas. Si decides

hacerme otra clase de propuesta, no dudes en llamarme –Lucas se alejó. Avanzó hacia una esbelta señorita vestida con un traje rutilante.

Sin duda la chica estaba esperando a que el soltero más codiciado de la fiesta le regalara unos minutos.

–No he terminado –dijo Cia, cruzándose de brazos y yendo tras él. Fulminó a la joven del vestido brillante con una negra mirada–. Mi dinero está sujeto a un fondo fiduciario. Para acceder a él, tengo que tener treinta y cinco años, para lo cual me falta una década, o casarme. Mi marido puede pedir el divorcio una vez hayan pasado seis meses desde la boda, y el dinero será mío. Sí que te necesito porque me gustaría que tú fueras ese marido.

Lucas se echó a reír.

–¿Cómo es que todas las mujeres están obsesionadas con el matrimonio y con el dinero? Me he llevado una pequeña decepción al ver que eres como todas las demás.

–No soy como las demás. La diferencia es que tú me necesitas tanto como yo a ti. La cuestión es… ¿estás dispuesto a admitirlo?

Él puso los ojos en blanco.

–Esa es otra forma de verlo. Me muero por conocer todos los detalles.

–¿Has vendido alguna propiedad jugosa últimamente, Wheeler?

Lucas se puso rígido de inmediato.

–¿Y qué tiene eso que ver con tu fondo fiduciario?

–Estás en un pequeño aprieto. Tienes que salvaguardar tu reputación. Yo necesito un divorcio. Podemos ayudarnos mutuamente y yo me aseguraré de que merezca la pena.

Ningún otro soltero daba el perfil. Además, no tenía agallas para acercarse a otro extraño. Solía asustar a los hombres rápidamente, lo cual le ahorraba muchos dolores de cabeza, pero la dejaba sin práctica en el ejercicio de las armas de mujer. Y todo eso significaba que debía ofrecer algo que el futuro marido no pudiera rechazar.

–Un momento –Lucas le hizo señas a un camarero y agarró dos copas de la bandeja–. Tienes mi atención, durante otro minuto más. Vámonos fuera; necesito aire fresco.

Se abrió paso entre la multitud. Su hermano, Matthew, levantó la vista al verle pasar con tanta prisa. Su sonrisa aduladora hablaba por sí sola.

Lucas se la devolvió. Tenía que guardar las apariencias. Un encuentro sexual furtivo y rápido en un rincón oscuro de un balcón era una de sus especialidades, pero en ese momento era lo último que tenía en la cabeza.

–¿Algo de beber? –le dijo a Cia cuando llegaron a la terraza situada al fondo del local.

Ella aceptó la copa.

–Gracias. Mucho mejor que el cóctel insulso que agarré la última vez –bebió un sorbo de bourbon, ganando así un par de puntos a los ojos de Lucas Wheeler–. Bueno, ahora que tengo tu atención, escúchame con cuidado. Lo que te ofrezco es un trato de negocios. Nada más. Nos casamos y dentro de seis meses me pides el divorcio. Eso es todo. Seis meses es tiempo suficiente para recuperar tu reputación, y yo consigo acceder a mi fondo fiduciario.

Reputación. Lucas hubiera querido echarse a reír y decir que le daba igual lo que otra gente pensara de él. Pero era un Wheeler. Su tatarabuelo había fundado Wheeler Family Partners un siglo antes y, casi sin ayuda, había dibujado el paisaje del norte de Tejas. Tradición, familia, comercio… El apellido Wheeler era sinónimo de todas esas cosas. Nada más importaba.

–Estás de broma, ¿no? Mi reputación está perfectamente. No necesito una varita mágica. Gracias.

–¿En serio, Wheeler? ¿Vas a jugártela con esa carta? Si este matrimonio falso va a funcionar, tienes que saber una cosa: no se me da muy bien ser perrito faldero, y no me va a temblar el pulso si tengo que decirte cómo son las cosas y cómo van a ser. Y por último, he hecho bien mis deberes. Perdiste el contrato con el edificio Rose ayer, así que no finjas que tus clientes no se están yendo con otras empresas donde los socios saben mantener la bragueta cerrada. Escoge otra carta, ¿quieres?

–No sabía que estaba casada.

Nada más hablar, Lucas deseó no haber dicho nada. Había sido un idiota, un tonto que no había sabido leer las señalas. Lana iba a verle muy de vez en cuando, le sugería lugares apartados para comer y nunca se quedaba por la noche. Debería haber sido capaz de juntar las piezas del puzle…

–Pero lo estaba. Te ofrezco un pequeño respiro, una forma de poner distancia y alejarte del escándalo con una esposa estable y simpática que desaparecerá de tu vida en seis meses. Insisto en que firmemos un acuerdo prematrimonial. No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo. Ni siquiera quiero caerte bien. Simplemente tienes que firmar un papel y después firmar otro dentro de seis meses.

Lucas empezó a notar una vena que le palpitaba en la sien. Incluso un matrimonio ficticio tendría sus consecuencias. Las cosas no serían tan fáciles como firmar dos documentos. A su madre le

daría un ataque al corazón si se divorciaba seis meses después de la boda. Casi había terminado en el hospital al morir Amber, la esposa de Matthew, y solo llevaban un año casados.

–Cariño, no eres mi tipo. A este Ken de carne y hueso no le gusta Barbie.

–Bueno, precisamente por eso es un trato tan atractivo. No habrá ninguna tentación posible, ni compromisos embarazosos. Es un arreglo de negocios temporal entre dos socios respetables. No me puedo creer que estés rechazando esta oportunidad.

–Que conste que me quita el entusiasmo saber que el factor tentación se sitúa en cero. No puede ser tan sencillo como dices. ¿Y si alguien averigua que no es real? ¿Consigues el dinero igual?

–Nadie lo sabrá. No se lo voy a decir a nadie. Y tú tampoco. Solo tenemos que fingir que estamos locamente enamorados unas pocas veces cuando estemos rodeados de gente, para que mi abuelo se lo crea. De puertas para adentro podemos hacer lo que nos dé la gana.

–¿Cómo es que no puedes conseguir el dinero a menos que te divorcies? Esa es la cláusula más rara que he visto.

–Ya veo que eres muy curioso.

Él arqueó una ceja.

–Bueno, cielo, acabas de hacerme una proposición de matrimonio. Creo que tengo derecho a hacer unas cuantas preguntas.

–Mi abuelo es muy conservador. Cuando mis padres murieron… Mi abuelo quiere asegurarse de que alguien me cuide y, en su mente, eso significa que tengo que tener marido. Se supone que tengo que enamorarme, casarme y tener niños, no divorciarme. El dinero es un colchón de seguridad por si el marido me deja en la estacada, y me costó mucho esfuerzo convencer a mi abuelo para que incluyera la cláusula.

–Tu abuelo te conoce, ¿no? –Lucas sonrió–. Llevo cinco minutos contigo y jamás cometería el error de pensar que no sabes cuidar de ti misma. ¿Por qué treinta y cinco? No me parece que seas de las que se gastan el dinero en cocaína y en la ruleta.

–Doné todo el dinero que heredé de mis padres para el refugio donde trabajo. Y no pienses que estoy buscando donaciones. Mi abuelo creó el fondo fiduciario, y deposita los intereses directamente en mi cuenta. Tengo más que suficiente para vivir, pero no es bastante para construir un refugio. Él espera que a los treinta y cinco ya haya perdido el interés en esas mujeres de vidas destartaladas.

–Bueno, es evidente que eso no va a pasar.

–No. Y no me gusta que me obliguen a casarme. Mira, no es que te esté pidiendo que inviertas en la construcción de una pirámide, o en una perrera. Esto va a salvar vidas humanas. Se trata de mujeres que sufren abusos en el hogar, y no tienen adónde ir. La mayoría de ellas no tiene mucha educación y tienen que trabajar muy duro para alimentar a sus hijos. Piensa en ello como caridad. ¿O es que eres demasiado egoísta?

–Oye… Estoy en el gabinete directivo de Habitat for Humanity. Dono mi diez por ciento religiosamente. Dame un respiro, ¿quieres?

A través de la mampara de cristal que separaba el balcón de la sala de baile, vio bailar a sus abuelos. Una esposa mediática podía servir para mantener a raya al marido de Lana… Y probablemente era una buena idea mantenerse alejado de las féminas durante un tiempo, pero… La idea era una locura.

–Tu propuesta resulta muy interesante, pero me temo que tengo que decir que no.

–No tan rápido, vaquero. Te estoy confiando esta información. No me decepciones o te pasarás los próximos seis meses en los juzgados. Mi abuelo va a vender la filial de telefonía móvil de Manzanares y se va a llevar el resto del negocio a un emplazamiento más pequeño. Seguro que conoces la localización actual.

Se trataba de cuatro edificios que rodeaban un parque central. Estaba situado en una zona muy céntrica y la edificación no tenía más de diez años. El diseño era de Brown & Worthington y había recibido varios premios de arquitectura.

–Puede.

–Mi abuelo estaría encantado de firmar el contrato de venta con mi marido.

Esperó unos segundos, pero Lucas ya había realizado los cálculos mentales pertinentes.

La comisión que podía llevarse con el edificio Manzanares cuadruplicaba lo que hubiera podido sacar con el edificio Rose. Además, el prestigio que se llevaría con un negocio de ese calibre sin duda atraería a muchos clientes nuevos.

–Si contemplara esta idea estrambótica como algo factible, ¿puedo llamarte Dulciana?

–Me llamo Cia, lo cual, para que lo sepas, no se parece en nada a «cielo». ¿Cuento contigo o no?

–¿Por qué yo?

–Juegas bien y a menudo, pero mis investigaciones demuestran que tratas con respeto a las mujeres. Eso es importante para mí.

Además, todo lo que he leído sobre ti me lleva a pensar que mantendrás tu palabra. No puedo ser yo quien pida el divorcio, así que tengo que recurrir a ti.

–¿No tienes un novio o un varón incauto que muerda el anzuelo?

–No tengo a nadie. Desde mi experiencia, te digo que los hombres solo sirven para una cosa –le miró de arriba abajo con descaro–. Para mover muebles.

–Tú ganas. Te llamaré Cia.

–Enseña tus cartas, Wheeler. No tienes nada que perder y muchas cosas que ganar. ¿Sí o no?

Lucas guardó silencio uno segundos.

–No.

–¿No? ¿Me estás rechazando?

–No se me da muy bien ser perrito faldero. Tú quieres hacer negocios, así que lo haremos en mi despacho mañana por la mañana. A las nueve en punto. Con abogados, sin alcohol y no llegues tarde, cielo.

Cia se quedó blanca. La temperatura parecía haber bajado unos cuantos grados. Asintió una vez.

–Hecho –dijo y echó a andar hacia la puerta.

Capítulo Dos

Cia llevaba veinte minutos esperando cuando Lucas Wheeler entró en las oficinas de Wheeler Family Partners a las nueve y ocho minutos de la mañana del día siguiente.

–Señorita Allende –sonrió, como si le resultara de lo más normal encontrar a mujeres sentadas en el sofá de la sala de espera. Se inclinó sobre el mostrador de la recepcionista–. Helena, ¿puedes cambiar la hora de la tasación de las nueve y media y mandarle a Kramer la oferta revisada que te envié por correo electrónico? Dame cinco minutos para ir a por un café y entonces haces pasar a la señorita Allende.

La recepcionista sonrió y murmuró una respuesta. Al ver que Cia se acercaba al mostrador, abrió los ojos.

–Tengo otros compromisos hoy, Wheeler. Sáltate el café y te acompaño a tu despacho.

Nada más hablar, Cia se arrepintió de lo que había dicho. No solo se trataba de una falta de armas de mujer… Había dejado que Lucas Wheeler la sacara de quicio.

Por suerte, él decidió ignorar el comentario. Le dedicó una mirada aguda, calculadora.

–Claro, cielo. Helena, ¿te importa?

Condujo a Cia por el pasillo, cubierto por una mullida alfombra turca. Atravesaron una puerta doble. Cia leyó las inscripciones de las placas: Robert Wheeler y Andrew Wheeler. La puerta siguiente estaba abierta. El despacho era igual que las salas anteriores, pero él lo llenaba con su presencia poderosa y masculina.

Cia tomó asiento frente al escritorio. Tenía que mantener los pies sobre la tierra.

–Mi abogada no pudo cancelar todos sus compromisos matutinos. Espero que pueda ayudarnos en cuanto lleguemos a un lugar común.

En realidad no la había llamado. Gretchen estaba muy ocupada con un caso de custodia de una de las mujeres del refugio. No podía molestarla con algo a lo que Lucas ni siquiera había accedido todavía.

–Los abogados siempre están muy ocupados –dijo él y se sentó junto a ella en vez de hacerlo tras el escritorio.

Recogió un bolso de cuero del suelo y sacó un montón de papeles. Se los entregó a ella. En ese momento entró la recepcionista con una taza.

Lucas agarró el recipiente rápidamente y aspiró hasta llenarse los pulmones. Bebió un sorbo.

–Perfecto. ¿Crees que podría pagarle para que viniera a vivir conmigo y me hiciera el café todas las mañanas?

Cia resopló. Trató de esconder el ligero temblor que tenía en la voz.

–Probablemente lo haría gratis… Ya sabes… Si hubiera otros beneficios…

–¿Tú crees? –le preguntó él, mirándola de arriba abajo–. ¿Tú lo harías?

–Seguro que esos otros beneficios no serían tan buenos como para garantizar que tengas una taza de café esperándote todas las mañanas –miró los papeles–. ¿Qué es todo esto?

–Es un borrador del acuerdo prematrimonial. También hay un contrato en el que se especifican las condiciones de nuestro matrimonio y divorcio. Y otro para la venta de Manzanares.

Sorprendida, Cia se rio y empezó a hojear los documentos.

–No, en serio. ¿Qué es?

Él se echó hacia atrás sin decir ni una palabra.

Cia se dio cuenta de que no estaba de broma. Totalmente desconcertada, arqueó una ceja.

–¿Te acuestas con tu abogada? ¿Es así cómo conseguiste preparar todo esto tan rápido?

–Claro –dijo él con desparpajo–. No se te escapa nada.

–Hazme un resumen de los puntos más importantes, Wheeler. ¿Qué sorpresitas has escondido en toda esta palabrería?

Había aceptado. Había convencido a Lucas Wheeler para que se casara con ella. Una ola de alegría la llenó por dentro. Había encontrado un atajo para conseguir el dinero.

–Nada de sorpresas. Los dos mantenemos el control de nuestros bienes. Todo está bien claro y por escrito –le sonó el teléfono, pero decidió ignorarlo–. Tú has sido directa conmigo, y yo lo valoro. No hay mejor forma de empezar una sociedad que con sinceridad. Voy a remitirte a la página quince.

Esperó a que ella encontrara la citada página.

–Quince. La tengo.

–Quiero que te cambies el nombre y adoptes el apellido Wheeler. Es mi única condición. Y no es negociable.

–No –dijo Cia, casi escupiendo la palabra–. Eso es ridículo. Solo vamos a estar casados durante un breve período de tiempo, y de puertas para afuera solamente.

–Exacto. Eso significa que tienes que hacer lo del apellido.

No podía hacerlo. No podía renunciar al único vínculo que le quedaba con sus padres y declarar que estaba unida a Lucas Wheeler cada vez que diera su apellido.

Cia Wheeler…

Lucas se puso en pie.

–Ven conmigo. Me gustaría enseñarte algo –le dijo, tendiéndole una mano.

Ella se puso en pie, sin aceptar su ayuda. Miró a su alrededor, buscando algo que mereciera la pena enseñar.

–No está aquí. Tengo que llevarte.

–No tengo todo el día para pasear contigo.

–Entonces deberíamos ponernos en marcha.

Sin esperar respuesta alguna, la hizo salir por una puerta trasera. En el garaje les esperaba un flamante coche blanco. Le abrió la puerta del acompañante.

Cia se sentó con cara de pocos amigos en el mullido asiento de cuero color crema. Lucas Wheeler estaba resultando ser una persona difícil de manejar. Según decían las revistas de sociedad, lo único que le importaba era ir de fiesta en fiesta y tener a una mujer hermosa en la cama… aunque quizás no dijeran eso exactamente. Había asumido cosas que tal vez no eran ciertas.

Él arrancó el coche y salió del aparcamiento. Una vez salieron a la calle, aceleró ligeramente hasta alcanzar la velocidad de un caracol.

Unos segundos más tarde, Cia ya no pudo soportarlo más.

–Madre mía, Wheeler, conduces como mi abuelo. ¿Vamos a llegar antes de medianoche?

Él esbozó una de esas sonrisas peligrosas.

–Pero bueno, cielo, ¿por qué tienes tanta prisa? El viaje es parte de la diversión. Hay que disfrutar del camino, ¿no crees?

Cia cruzó los brazos y se hundió un poco en el asiento.

–No. No lo creo. La diversión está en la meta. No se puede dar el siguiente paso a menos que se termine el anterior. Tomarse tanto tiempo es contraproducente.

Lucas sacudió la cabeza.

–No me extraña que seas tan estirada. No te relajas lo suficiente.

–Yo sí que me relajo. Las mujeres sufren. ¿Adónde vamos? ¿Y qué tiene esto que ver con el hecho de cambiarme el nombre?

Guardó silencio durante unos segundos. Algo le decía que esa relación sería un interminable partido de ajedrez, pero se había dejado los peones en casa.

–¿Por qué no escuchamos la radio? –dijo de repente–. Escoge una emisora.

–No quiero escuchar la radio –le dijo.

No podía seguir contestándole de esa manera. No era buena idea dejarle ver lo mucho que la enervaba.

–Entonces escojo yo.

Empezó a sonar una canción de George Strait con un buen colchón de guitarras sureñas y vibrantes.

–¿Quieres que me duerma?

Con la yema del dedo, Lucas apretó el botón hasta encontrar otra emisora en la que sonaba Christina Aguilera.

–Oh, mucho mejor –dijo con sarcasmo, y entonces apagó la radio–. Ya estamos aquí.

–¿Ya? –Cia miró por la ventana.

Lucas había aparcado delante de una impresionante mansión situada en medio de una finca llena de hermosos jardines.

–Highland Park. Más concretamente, nuestra casa de Highland Park.

–¿Ya has escogido una casa? ¿Por qué necesitamos una casa? ¿Qué tiene de malo que vengas a vivir conmigo?

–La casa está a la venta ahora. Está cerca de las oficinas y me gusta. Si este matrimonio falso va a funcionar, todo el mundo se preguntaría por qué no quisimos empezar una nueva vida juntos en nuestra propia casa.

–Nadie se va a preguntar tal cosa. No tendrás pensado compartir dormitorio, ¿no?

–Dímelo tú. Todo este espectáculo está dedicado a tu abuelo. ¿Va a venir a inspeccionar la casa para asegurarse de que todo es real?

–No. Confía en mí.

–Entonces tendremos habitaciones separadas –Lucas se encogió de hombros y esbozó una sonrisa totalmente distinta a las de antes.

Cia no podía defenderse. Dándose por vencida, respiró hondo.

Lucas le abrió la puerta. Erguida como una vara, Cia bajó del vehículo y le siguió hasta la puerta principal. Él abrió la puerta y se guardó la llave. La mansión era extraordinaria: todo era mármol, cristal y madera oscura.

Él pasó por su lado y entró en el salón.

Los muebles estaban cubiertos por guardapolvos y un silencio

sepulcral reinaba en toda la estancia. Había vivido gente allí en el pasado, pero habían salido huyendo, dejando rastros de sí mismos tras de sí.

–¿Y bien? –le preguntó Lucas–. ¿Quieres seguir mirando o te vale esta?

La mueca de sus labios indicaba que ya sabía la respuesta.

–¿Cómo has encontrado este sitio?

Él la miró fijamente un momento y, por un instante, Cia deseó haber visto esa sonrisa depredadora que tanto odiaba. Por lo menos en esos casos sus pensamientos eran evidentes y era fácil esquivarle. Esa seriedad, en cambio, la asustaba.

–Las propiedades vacías son mi especialidad. Es lo más arriesgado del trabajo. El dueño estaba dispuesto a alquilar durante seis meses, así que no tiene mayor complicación. ¿Quieres ver la cocina? Es por aquí.

Señaló el fondo de la casa, pero Cia no se movió.

–No tengo que ver la cocina para detectar una trampa. Vendes inmuebles comerciales, no residenciales. ¿Por qué me has traído aquí?

–Estoy tirando mis cartas.

–Estupendo –dijo ella, y respiró profundamente–. ¿Qué tienes?

Como si de un truco de magia se tratara, hizo un gesto rápido y sacó una cajita negra.

–Tu anillo de compromiso.

El corazón de Cia empezó a latir con más fuerza.

–No hemos hablado de nada de esto. ¿Quieres que pague la mitad?

–No –dijo él–. Considéralo un regalo. Puedes devolverlo al final si eso te hace sentir mejor.

–Ni siquiera es mediodía, Wheeler. Me has dado un contrato, me has enseñado una casa, me has regalado un anillo. O bien tenías pensado pedirle matrimonio a alguien o tienes una secretaria extraordinaria –se cruzó de brazos.

De repente reparó en las ojeras que tenía. Era por eso que estaba cansado. Había pasado horas preparándolo todo.

Cia no quiso dejarse impresionar.

–Anoche me propusiste una sociedad. Eso significa que ponemos nuestras bazas sobre la mesa, y eso es lo que estoy haciendo. La realidad es que tú me necesitas para algo más que poner una firma sobre el papel. Quieres que todo el mundo crea que este matrimonio es real, pero parece que no tienes idea de cómo acometer la tarea.

–Oh, ¿y tú sí?

–Sí. Llevo treinta años cerca de mis padres. Mi hermano está casado. Mi abuelo también. El nombre de la empresa no es Wheeler Family Partners porque nos gustaba cómo sonaba. Trabajo con hombres casados cada día.

Habían vuelto al vestíbulo. Estaba cerca. Demasiado cerca. Cuando extendió el brazo y le apartó un mechón de pelo de la mejilla, Cia se sobresaltó.

–Vaya. Un momento, cielo. Mira, la gente casada no reacciona así. Se tocan los unos a los otros. Y mucho –esbozó una sonrisa demoledora–. Y les gusta hacerlo. Vas a tener que acostumbrarte.

Cia soltó los puños. Retrocedió.

–La casa está bien. Pagaremos la renta a la mitad.

Lucas arqueó una ceja.

–¿Y qué pasa con el anillo? Ni siquiera lo has mirado.

–Si es redondo, me vale.

–A lo mejor tengo que llevarlo para que ajusten la talla. Toma, pruébatelo.

Abrió la cajita y sacó algo que brillaba obscenamente. Se lo puso en el dedo.

Cia se mordió el labio. Le encajaba a la perfección.

–Nada discreto. Es exactamente lo que yo hubiera elegido –ladeó un poco la mano.

–¿Es esa una forma sutil de demostrarme lo mucho que me necesitas? –Lucas dejó escapar una carcajada–. Las mujeres no eligen sus propios anillos de compromiso. Son los hombres quienes lo hacen. Y este lleva escrito el nombre de Lucas Wheeler con mayúsculas.

–Le llevaré el contrato a mi abogada esta tarde.

Cia Wheeler… Con solo pensar en el nombre se le ponía la carne de gallina.

–¿Cuándo podemos mudarnos?

Capítulo Tres

Cia entró de puntillas en el estudio de su abuelo, procurando hacer el menor ruido posible para no molestarle. El anciano tenía la cabeza inclinada hacia adelante; estaba escribiendo algo. A sus setenta años de edad, sus facultades no habían disminuido en absoluto.

De pronto levantó la vista y la invitó a entrar. Hizo un par de anotaciones más en su cuaderno de páginas amarillas.

Benicio Allende era dueño de una de las empresas tecnológicas más importantes del mundo. Sin embargo, seguía firmemente anclado en el pasado.

Cia sintió una punzada de culpa al pensar en la mentira que estaba a punto de decirle.

El abuelo entrelazó las manos y la observó con esos ojos agudos y penetrantes.

–¿Qué te trae por aquí hoy?

El señor Allende siempre iba al grano y en ese momento Cia no podía alegrarse más de que fuera así. A ninguno de los dos les gustaba el exceso de protocolo. En realidad, era lo único que tenían en común. Cuando se había ido a vivir con él, tras la muerte de sus padres, el cambio había sido drástico y duro. Hacía mucho tiempo que había dejado de soñar con un abuelo de esos que llevaban caramelos en los bolsillos.

–Hola, abuelo. Tengo una noticia que darte. Me caso.

Era mejor dejarlo ahí. Él haría todas las preguntas necesarias para obtener información.

–¿Con quién?

–Con Lucas Wheeler. De Wheeler Family Partners.

–Una buena familia. Muy buena elección –asintió.

Cia soltó el aliento. Era evidente que no había oído los rumores sobre Lucas y su aventura con esa mujer casada. El abuelo Benicio rara vez prestaba atención a los cotilleos.

–Me alegra que te parezca bien.

El anciano se echó hacia atrás en su silla. Su pelo, blanco como la nieve, hacía un acusado contraste con el cuero negro de la silla.

–Me sorprende que no haya venido contigo.

Lucas había insistido en acompañarla, pero ella le había

convencido para que no lo hiciera.

–Quería decírtelo yo primero. Nos vamos a casar muy pronto y sabía que quizás te parecería algo impulsivo, pero he salido con él en el pasado. Empecé a centrarme más en otras cosas y nos distanciamos. Él nunca me ha olvidado. Nos vimos por casualidad en un evento la semana pasada, y fue como si nunca nos hubiéramos separado.

Aquello había sonado tan absurdo y romántico. Pero el abuelo nunca se daría cuenta, por suerte.

–¿Otras cosas? ¿Te refieres al refugio? –el abuelo frunció el ceño–. Espero que a partir de ahora te centres en tu marido, como debe hacer una esposa.

El abuelo estaba convencido de que un marido la haría olvidarse por completo del refugio y que la ayudaría a superar la pérdida de sus padres. Él lloraba la muerte de su hijo y de su nuera desterrándolos de su mente, y no era capaz de aceptar que su nieta sobrellevara el dolor persiguiendo la meta de su madre.

–Sé qué se espera de mí en este matrimonio.

–Muy bien. Estoy muy contento con este enlace. La fortuna de los Wheeler está bien consolidada.

–Me alegro de que estés tan contento.

–Dulciana, quiero que seas feliz. Espero que puedas entenderlo.

–Lo entiendo. Te agradezco tus consejos.

Él la observó durante unos segundos. Frunció el ceño.

–No voy a fingir que entiendo ese interés tuyo en las obras de caridad, pero a lo mejor, una vez tengas tu casa, tu hogar, puedes trabajar como voluntaria unas horas a la semana, si tu marido te ayuda.

Cia casi se echó a reír.

–Lucas y yo hemos llegado a un acuerdo en ese sentido. Pero gracias por la sugerencia. Por cierto, vamos a celebrar una ceremonia íntima por lo civil, sin invitados. Eso es lo que queremos.

–¿No os vais a casar por la iglesia?

–Lucas es protestante.

–Siéntate –le ordenó, suspirando.

Cia obedeció y se preparó para lo que estaba por venir. Una vez más, tendría que convencer a su abuelo de que ya no era aquella chiquilla de diecisiete años a la que había que proteger de un mundo malo y peligroso.

Cuatro días, dos llamadas de teléfono y una visita al notario para formalizar los contratos y solicitar una licencia de matrimonio… Lucas se inclinó contra el marco de la puerta de la vieja casa de Matthew, el lugar donde se quedaría con Cia de manera provisional. Ella acababa de aparcar delante. Iba en un flamante deportivo rojo.

Momentáneamente distraído, Lucas casi no leyó el mensaje de texto que su hermano acababa de mandarle: «Hemos perdido Schumacher Industrial, decía. Solo le hubiera faltado añadir «gracias a ti».

Matthew jamás le echaba la culpa a otro, lo cual aumentaba su propia sensación de culpabilidad. Si Wheeler Family Partners se iba a pique, se destruiría la última cosa que le quedaba a su hermano.

Cia bajó del vehículo.

–Vaya. Se podría salvar a un montón de niños hambrientos con todos esos dólares.

–Frena un poco, Wheeler –dijo ella, dando un portazo–. Mi abuelo me dio este coche cuando terminé la universidad. Además, necesito conducir un vehículo.

–Claro. Y tampoco viene mal que se ponga a cien en cuatro segundos. ¿No es así, prometida mía? –Lucas esbozó su mejor sonrisa para recibirla.

Ella subió los peldaños del porche lentamente.

–Vamos, cariño. Alégrate un poco. Los próximos seis meses van a ser largos y aburridos si no lo haces.

–Los próximos seis meses van a ser largos y aburridos hagamos lo que hagamos. Mi abuelo nos va a regalar una casa en Mallorca. En Mallorca, Wheeler. ¿Qué puedo decir? No, gracias, prefiero una vajilla –dijo, imitando una voz aguda y moviendo la cabeza a un lado y al otro.

La coleta que llevaba se bamboleó en el aire.

–Dile a tu abuelo que haga una donación, tal y como les dije yo a mis padres. ¿Cómo es que mi familia tiene que seguir las reglas y la tuya no?

–Lo hice. Intenta decirle a mi abuelo lo que tiene que hacer a ver qué pasa. Es imposible –levantó las manos–. Está encantado porque me voy a casar contigo. Y se tragó toda la historia.

–Oye, espera un momento –dijo Lucas–. Yo soy un miembro notable de la comunidad y provengo de una larga dinastía de hombres de negocios respetables. ¿Por qué no iba a estar encantado?

–Porque eres… –hizo un gesto con la mano y el anillo de compromiso brilló con todo su esplendor–. Tú, siempre en la cama con bellezas despampanantes, y rebosante de chulería. ¿Vamos a entrar? Me gustaría arreglar un poco la casa.

–¿Cariño? –esperó a que ella le mirara–. Escúchame bien. Lo que ves es lo que hay. No me voy a disculpar por incomodarte. Me gustan las mujeres, y tampoco voy a disculparme por eso. Pero no he salido con nadie desde lo de Lana, y tú llevarás mi considerable paciencia al límite si llegas a insinuar que me acostaría con otra mujer mientras tienes ese anillo en el dedo, aunque solo sea para guardar las apariencias.

Cia levantó la mirada. Una brisa ligera le agitó el cabello.

–No. No quería decir eso. Era… eh… Lo siento. No te enfades. Mantendré la boca cerrada a partir de ahora.

Lucas se rio.

–Cariño, yo no me enfado, me vengo.

De repente la tomó en brazos y entró en la casa. Pesaba menos que el algodón de azúcar y su piel olía a una fragancia fresca y frutal. ¿Olería siempre así o solo los días de mudanza?

Sintió el golpe de su puño duro en el hombro, pero hizo caso omiso. Siguió adelante.

–¿Qué es esto? –preguntó ella–. ¿Una exhibición de dominación cavernícola?

Suavemente, Lucas la apoyó en el suelo.

–Los vecinos nos estaban mirando –le dijo sin más.

No era cierto, no obstante.

–Tenemos un acuerdo –le recordó ella–. Nada de dividir la propiedad, nada de líos, y nada de contacto físico. ¿Qué ha pasado con eso último?

Él esbozó una media sonrisa.

–¿Le llamas contacto físico a eso, cielo? Entonces, si fuera a hacer algo como esto… –la agarró de la cintura y tiró de ella–. Me pondría un poquito más caliente.

Cia se retorció un poco, deslizándose contra él, desencadenando una descarga que le atravesó por dentro. Lucas contuvo el aliento.

Era Cia, la mujer más hermosa y menos sensual que había conocido jamás. ¿Por qué se sentía como si su piel estuviera a punto de entrar en combustión espontánea?

–Muy bien. Acurrúcate bien, cielo. Eso sí que es contacto físico.

–¿Qué haces, Wheeler? –a Cia se le atragantó la última sílaba.

Él acababa de pegarse aún más. Deslizó la yema del dedo sobre su barbilla. Estaba a un milímetro de distancia de sus labios.

–Practico.

Si hacía el más mínimo movimiento, terminarían besándose.

–¿Para qué practicas?

–Para que seamos una pareja feliz. Mis padres nos han invitado a cenar esta noche, para celebrar el compromiso.

Cia dejó de moverse automáticamente. Una nueva luz encendió su mirada. Ya no había miedo en sus ojos.

–Tienes los ojos azules, no marrones.

–Mis abuelos eran del norte de España.

–Un hombre debería saber de qué color son los ojos de su esposa. La primera regla del matrimonio –desconcertado, la soltó. Se mesó el cabello, pero la presión que sentía en la cabeza no disminuyó.

Había querido besarla, y había necesitado hacer acopio de todo su autocontrol para no hacerlo. ¿En qué se había metido?

Apenas la conocía. No sabía nada de ella, nada de su pasado, de su presente. Tenía que averiguar cosas, de inmediato.

El contrato con Manzanares sería una inyección vital para la empresa de su familia. Era una oportunidad para arreglar las cosas, sin la ayuda de su hermano mayor. Era el momento perfecto para demostrar que Lucas Wheeler era algo más que un mujeriego.

–¿Hay algo más que deba saber?

–Tengo que trabajar esta noche. No puedo ir a casa de tus padres. Tienes que decirme estas cosas con antelación.

–¿Por qué no llamas? Alguien puede sustituirte. Esto es importante para mi madre.

–El refugio también es importante para mí. Alguien me ha estado sustituyendo toda la semana –apretó los puños–. No es que esté cancelando una partida de golf con un cliente en potencia, Wheeler.

–¿Cómo es entonces? Cuéntame.

–Las mujeres que vienen al refugio están aterrorizadas. Tienen miedo de que sus maridos y novios las encuentren, aunque hacemos todo lo posible por mantener en secreto el emplazamiento del lugar. Sus hijos se ven arrancados de sus hogares y se encuentran de repente en un sitio extraño, lleno de gente. Han perdido a su padre también. Están desesperados por tener a alguien de confianza. Y esa soy yo.

Lucas empezó a ver el brillo de las lágrimas en sus ojos mientras hablaba.

–Entonces, cenamos mañana.

Ella asintió. Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla.

–Gracias.

De repente, Lucas sintió un extraño orgullo.

–Vamos –la agarró de los hombros–. Mucho mejor. No te has encogido ni un milímetro.

–Lo intento.

–Ya llegaremos a eso.

La condujo a la cocina. Había dejado todas las cajas como estaban.

La mayor parte de las cosas de Amber había terminado en la basura. Matthew se había deshecho de casi todo, pero todavía quedaban algunos detalles, como el bol de fruta que su cuñada había comprado en el mercadillo de los granjeros.

Seguramente se lo habían olvidado. Durante las semanas siguientes al funeral, todos estaban adormecidos, y ni Matthew ni él se habían esforzado mucho por cambiar la casa.

–Mira adónde hemos llegado ya –le dijo–. Tú no vas a hacer bromas sobre mis escarceos del pasado, y yo no voy a hacer planes para cenar sin consultártelo primero. Lo demás será pan comido. Solo tienes que fingir que te gusto tanto como te gusta ser defensora de los más desamparados. Es fácil, ¿no?

Ella resopló. Se sonrojó.

Cia pasó unas cuantas horas arreglando la cocina, pero no le dio tiempo a terminar. Tenía que irse al refugio. Además, quería marcharse lo antes posible. La presencia de Lucas en la casa era demasiado. ¿Cómo iba a dormir allí esa noche? ¿O la noche siguiente?

Había llegado el momento. La farsa estaba en marcha. Se había llevado lo imprescindible, algo de ropa y cosas de primera necesidad, y había cerrado su apartamento.

Lucas y ella ya vivían juntos. A la noche siguiente asistirían a la cena de compromiso del señor y la señora Wheeler, y se casarían en el juzgado el lunes por la tarde.

Cia Wheeler… Pasó buena parte de su turno pensando en el nombre, diciéndolo en alto, practicando, mentalizándose. La señora de Lucas Wheeler…

La tarde pasó volando y los voluntarios del turno siguiente no tardaron en llegar. Cia se tomó su tiempo para despedirse y fue a ver a Pamela González dos veces para ver cómo iba su brazo roto.

Como ya no le quedaba nada que hacer, Cia se dirigió hacia esa nueva casa que compartía con su prometido y futuro marido,

preparada para lidiar con cualquier cosa.

La puerta del dormitorio de Lucas estaba cerrada. Siguió adelante, hacia su propia habitación. Soltó el aire y se relajó por fin. Se desplomó sobre la cama, exhausta, y durmió hasta la mañana siguiente.

Cuando salió de su habitación, Lucas ya se había marchado. Tomó un desayuno rápido en la silenciosa cocina y se fue al salón. Después de pasar unos minutos toqueteando la pantalla táctil del mando a distancia del equipo de música, logró encender el aparato. Empezó a sonar una música electrónica potente.

Se dedicó a abrir el resto de cajas.

Un rato después, Lucas la encontró sentada en el suelo, sacando libros. Apretó el botón del volumen.

–Ya te has levantado –dijo él, sentándose en un butacón.

Tenía el pelo mojado y llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de rugby.

–No sabía hasta cuándo dormirías. Traté de hacer el menor ruido posible. ¿Te he despertado?

–No. Siempre duermo hasta tarde cuando hago el turno de tarde en el refugio. Espero no haber hecho mucho ruido cuando llegué.

–No –dijo él, encogiéndose de hombros–. Ya nos aprenderemos los horarios.

–En cuanto a eso…

Se puso en pie y estiró las rodillas.

–Te agradezco mucho el esfuerzo que haces para que esto funcione. Quiero hacer mi parte también, así que busqué un cuestionario *online* que se usa en la oficina de inmigración para conceder permisos de matrimonio. Aquí tienes una copia. Así podremos aprender más el uno del otro.

Él la miraba como si acabara de convertirse en un insecto espachurrado en un parabrisas.

–Ya sabes… Así les haremos creer a todos que estamos enamorados.

–¿Es así como tienes pensado fingir que somos una pareja de verdad. ¿Vas a memorizar la marca de crema de afeitado que utilizo?

–Al departamento de inmigración le vale con eso. Hay muchas otras preguntas aquí: en qué lado de la cama duerme el cónyuge, dónde nos conocimos… Fuiste tú quien me dijo que no tengo ni idea de lo que es estar casado. Esta es mi contribución. ¿Cómo

creías que íbamos a hacerlo si no?

Lucas miró la lista por encima y arrugó los párpados.

–Bueno, pensé que podríamos tener una larga conversación después de cenar, acompañada de una buena botella de vino, lo que suele hacer la gente cuando sale…

–Pero nosotros no estamos saliendo, Wheeler. Y no disponemos de tanto tiempo. La fiesta de tus padres es esta noche.

–Sí, pero no nos van a preguntar en qué lado de la cama dormimos.

–No. Nos preguntarán cómo nos conocimos, o por qué decidimos casarnos tan pronto, adónde vamos a ir de luna de miel. Mira el cuestionario.

–¿Y si no apruebo qué pasa?

–Mi abuelo sospechará. Y entonces no tendré mi dinero. Las mujeres maltratadas no podrán escapar del horror. Tú no conseguirás ese contrato –agitó las páginas–. Pregúntame lo que quieras.

–¿Puedo darme una ducha antes de contarte mi vida por lo menos?

–Solo si me contestas la pregunta número dieciocho.

Él miró el papel. Se puso en pie, listo para salir huyendo nada más contestar.

–¿Qué tenéis en común?

Lucas arqueó las cejas y la miró. Volvió a sentarse.

–Esto nos va a llevar horas.

–Ya te lo dije.

Pasaron el resto de la tarde aprovechando cada minuto para hacerse preguntas, tras ducharse, después de comer, de ir a comprar, mientras la ayudaba a decidir qué ponerse para la cena… Incluso la siguió a su habitación. No quería perder ni un segundo.

Cansada, Cia se dejó caer sobre la cama. Se tapó los ojos con una mano.

–Esto es un desastre.

Lucas empezó a mirar en su armario. Llevaban un rato discutiendo el tema del vestuario. Ya había rechazado sus tres mejores vestidos y ya empezaba a encontrarles defectos a los conjuntos más informales que tenía de fondo de armario.

–Estoy de acuerdo. Tu armario parece el de alguna de las *Chicas de oro* –Lucas salió del armario empotrado, sacudiendo la cabeza–. Tenemos que solucionar este problema.

–En ninguna parte del contrato dice que tengo que vestirme como una de esas *sex bomb* con las que sales. No tienes permiso

para comprarme ropa.

–Que te vistas de forma que no parezcas una bibliotecaria cuarentona es algo para mi propio beneficio, no para el tuyo. ¿Qué podría ser más desastroso que tu fondo de armario?

–¿Te das cuenta de que no tenemos nada en común aparte de haber nacido en Texas y de haber estudiado empresariales?

Él se inclinó sobre la cómoda y Cia trató de no fijarse en cómo se le ceñía la tela de los vaqueros a los muslos.

–¿Y qué pasa con el bourbon? Eso sí que lo bebes.

–Tres cosas en común, entonces. ¿Por qué no me busqué a alguien que por lo menos supiera deletrear la palabra *hip-hop?*

–Porque no. Eso no es relevante. Los matrimonios no se fundamentan sobre las cosas en común. Lo importante es que sus miembros no sean capaces de vivir el uno sin el otro.

–¿Seguro que no eres gay?

–¿Quieres venir aquí y comprobarlo por ti misma? Bueno, cielo, esa es la clase de examen que se me da bien –la miró de arriba abajo.

Cia sintió ganas de esconderse debajo de las sábanas.

–Ahórratelo para esta noche, Wheeler. Vete para que pueda vestirme.

–Ni hablar. Has puesto en entredicho mi hombría y eso no puedo tolerarlo –avanzó hacia ella–. Tiene que haber una forma de aclararte las dudas. ¿Quieres que te llene la cabeza de estadísticas de béisbol? A lo mejor te vale con un discurso técnico sobre el *home cinema* que está en la sala de estar. No. Ninguna de esas cosas es exclusiva de los heterosexuales. Solo hay una forma de aclarar la situación.

Con un movimiento ágil, se tumbó en la cama, la tomó en brazos y rodó sobre sí mismo, enroscándola alrededor de su propio cuerpo. Cia sintió una ola de calor. Cuando sus labios la rozaron justo debajo de la oreja, tomó aliento y lo contuvo. Todo parecía arder a su alrededor de repente.

Lucas enredó los dedos en su pelo y comenzó a besarla a lo largo del cuello. La evidencia inequívoca de su masculinidad le presionaba el muslo. Se suponía que nada de eso tenía que pasar. ¿Cómo podía sentir semejante deseo por un hombre que practicaba el sexo como si fuera un deporte? Ella era mucho más lista.

Ni siquiera la había besado.

–Para –atinó a decir antes de que la rendición fuera inevitable.

Él la miró a la cara y entonces masculló un juramento. Rodó

sobre sí mismo y miró al techo.

–Lo siento. Eso ha sido una tontería adolescente, incluso para mí. Por favor, finjamos que no soy un imbécil.

Cia se levantó de la cama de un salto y se apartó de él.

–No es para tanto. Sé que solo estabas jugando un poco.

–Sí que es para tanto. Ya estás lo bastante nerviosa –la miró a los ojos–. Oh, Dios, soy lento, lo admito, pero no debería serlo tanto. Un hombre te pegó, ¿no? Por eso te tomas tan a pecho lo del refugio.

–¿Qué? No. Yo enseño defensa personal. Si algún desalmado se atreve a ponerme la mano encima terminará con la cabeza del revés.

–¿Entonces por qué te da tanto miedo que los hombres te toquen?

–No me da miedo que los hombres me toquen.

Cia se encogió de hombros y rezó porque su expresión transmitiera aburrimiento, indiferencia o cualquier otra cosa distinta de lo que sentía.

–Es que no estoy interesada en ti de esa manera. Y respecto a lo de antes... Creo que nos confundimos de puerta. Las prácticas se hacen en otra sala. No vamos a tener oportunidad de dejarnos ver en la cama en público.

Su tono de voz era frío como el hielo, pero Lucas sonrió como siempre.

–A lo mejor me confundí de puerta, pero me gustó más lo que hice en la otra sala. ¿Nos vemos abajo a las seis?

Cia trató de mostrarse molesta, pero no pudo. Él se había disculpado y no tenía sentido seguir dándole vueltas al asunto.

–Estaré abajo a las seis. Te espero a las seis y diez más o menos.

Riéndose a carcajadas, Lucas dio media vuelta y se marchó.

Cia se dio una ducha y se lavó el pelo dos veces. En honor a los padres de Lucas, pasó un par de minutos extra arreglándose y maquillándose. Lucas se quejaría de su falta de estilo de una forma u otra, así que por él no lo hacía.

Dejando escapar un suspiro, hizo girar el anillo que llevaba en el dedo, la única pieza de joyería que le habían regalado en toda su vida. Fingió que lo odiaba.

Capítulo Cuatro

Después de enviar por lo menos seis correos electrónicos y de cambiar dos citas con clientes para el lunes por la tarde, Lucas bajó las escaleras a las seis en punto. La cena era importante para su madre y había que ser puntual. Además, ya había provocado bastante a Cia ese día.

Ella ya estaba en el salón, caminando en círculo alrededor del sofá.

–¿Lista? –la agarró de la mano para que parara. Estaba temblando–. Oye… Solo es una cena con gente mayor. No vas a tener que colarte en una fiesta de cumpleaños y declararte ante un desconocido.

–No se trata solo de una cena. Se trata de un espectáculo. Y será el primero para nosotros. Tenemos que hacerlo bien. No tenemos paracaídas de repuesto.

–Ahí es dónde te equivocas, cielo. Yo siempre tengo un paracaídas de repuesto en mi billetera.

–Solo tú podrías sacarle un doble sentido a un comentario inocente –sus ojos brillaron.

–Si no te gusta, deja de darme munición.

Cia fingió estar enfadada, pero Lucas sabía que estaba conteniendo la risa.

Él le guiñó un ojo y le dio un beso en la mano. El anillo emitió un destello fulgurante.

–Ya no estás nerviosa por la cena, así que… Misión cumplida. Antes de que nos vayamos, vas a necesitar unos pendientes a juego.

Cia se tocó las orejas.

–¿Qué?

–A menos que… quieras que mis padres piensen que acabamos de salir de la cama y que nos vestimos corriendo.

Cia hizo una mueca y volvió arriba. El discreto vestido negro que llevaba, el mismo que había llevado la noche anterior, no la favorecía mucho. Solo alguien que hubiera palpado esas curvas sabría que estaban ahí.

Lucas reprimió un gruñido. Pasaría toda la noche pensando en quitarle ese vestido.

En unos minutos estaban en camino.

–Siento mucha curiosidad, ¿sabes? –la miró fugazmente–. No has sufrido abusos personalmente, pero tuvo que haber algo que encendiera ese fuego dentro de ti. ¿Qué fue?

–Mi tía –cerró los ojos un instante y empezó a mover las rodillas arriba y abajo, varias veces–. Un día se presentó en nuestra casa con un corte enorme en la mejilla. Se me grabó con fuego en la memoria. Tenía seis años y al ver toda esa sangre… –se estremeció, pero siguió adelante–. Necesitaba puntos, pero no quería ir a urgencias porque tienen que hacer un informe si ven indicios de maltrato. No quería que arrestaran a su marido. El caso es que mi madre la curó como pudo y trató de hacerla entrar en razón. Le decía que dejara a ese desgraciado, que se merecía algo mejor.

–Pero ella no escuchaba, ¿no?

–No –dijo Cia, mirando por la ventanilla.

–Un día le dio un puñetazo tremendo. Ella se cayó y se dio un golpe en la cabeza. Después de pasar dos meses en coma, la desconectaron –la voz se le quebró–. Él dijo que había sido un accidente, pero por suerte el juez no lo vio de esa manera. Mi madre quedó destrozada. Y la forma que encontró para aliviar el dolor fue trabajar como voluntaria en el refugio. Estaba decidida a salvar a todas las mujeres que pudiera.

–¿Entonces tú sigues los pasos de tu madre?

–Es más que eso. Yo iba con ella. Durante muchos años, vi cómo esas mujeres adquirían las habilidades y la estabilidad emocional que necesitaban para salir de ese círculo vicioso y monstruoso. Eso es algo extraordinario, saber que has ayudado a alguien. Mi madre se dedicó a ello en cuerpo y alma, y ahora ya no está.

Su tono de voz le hizo apartar la vista de la carretera durante una fracción de segundo.

–Tengo que asegurarme de que lo que le pasó a mi tía no le pasará a nadie más. Antes me dijiste algo así como que el matrimonio consiste en que los miembros no pueden vivir el uno sin el otro. Yo he visto la cara más oscura de eso. Las mujeres no pueden dejar a los maltratadores por un sinfín de razones emocionales, y eso me provoca pesadillas.

Lucas sintió una extraña punzada en el pecho.

–La próxima vez que tengas pesadillas, puedes meterte en la cama conmigo.

Ella le miró un segundo.

–Lo tendré en cuenta. Preferiría no depender nunca de un

hombre, y es por eso que no pienso casarme.

–Bueno, pues eso que llevas en la mano izquierda parece un anillo de compromiso, cariño.

Cia puso los ojos en blanco.

–Me refiero a casarse de verdad. Los matrimonios falsos o de conveniencia son otra cosa.

–El matrimonio no es un lazo de dependencia, ¿sabes? Puede ser mucho más que eso.

Y por tanto había mucho que perder. Matthew y Amber estaban tan enamorados, tenían tantos planes…

–Pues eso que no llevas en la mano izquierda me hace sospechar, Wheeler. Tuviste una aventura con una mujer casada. Parece que has evitado a las que están libres a propósito.

–Me voy a casar contigo, ¿no?

Lana estaba disponible, por lo menos en su cabeza.

–Vaya. Eso confirma tu teoría. Yo soy la mujer que te convenció para que te divorciaras antes de llegar al altar. Pero me pregunto qué problema tienes con el matrimonio.

–Bueno, el problema fundamental es una esposa con la lengua bien afilada. Algún día me casaré. Pero todavía no he encontrado a la mujer adecuada.

–Bueno, pues no es que no lo hayas intentado. ¿Qué tenían de malo las otras candidatas?

–Estaban demasiado necesitadas.

Cia soltó una carcajada.

–Exacto. Las mujeres necesitadas dependen de un hombre y esperan que él rellene esas lagunas que tienen dentro.

–¿Pero quién eres tú? ¿Freud?

–Bueno, tengo una licenciatura en empresariales, pero también tengo una diplomatura en psicología. Yo no tengo lagunas. Supongo que soy la cita perfecta, ¿no, Wheeler? –le dio un codazo en las costillas y le sacó una sonrisa.

–Eso no lo discuto.

Los padres de Lucas vivían al otro lado de Highland Park. La casa era una mansión colonial de dos plantas con un enorme jardín lleno de tulipanes, jacintos y salvia. Un hombre de pelo blanco, exactamente igual que Lucas, les abrió la puerta. Cia no conocía al señor Wheeler.

–Hola, soy Andy –dijo el padre de Lucas, y abrió la puerta de par en par.

Lucas le estrechó la mano a su padre e hizo entrar a Cia. Le presentó a su hermano, Matthew, y el señor Wheeler los hizo entrar en el salón contiguo al recibidor.

–Cia, me alegro mucho de que nos acompañes esta noche. Por favor, llámame Fran. Siéntate –La madre de Lucas señaló el asiento al lado del sofá.

Cia se sentó a su lado.

–Tengo que decirte que me sorprende que Lucas y tú hayáis retomado una vieja relación después de mi fiesta de cumpleaños –Fran prosiguió–. No recuerdo que hayáis estado saliendo antes.

–Yo no te lo cuento todo, mamá –dijo Lucas, sentándose junto a Cia en el sofá, muslo contra muslo–. Deberías darme las gracias.

Fran le lanzó una mirada a su hijo que no podía interpretarse de otra manera que no fuera una advertencia.

–Fue hace tiempo. Hace un par de años.

Matthew Wheeler, el hermano menos guapo, menos rubio y menos carismático, se aclaró la garganta. Estaba sentado cerca del hogar.

–Lucas nos dijo que fue hace como cuatro o cinco años.

Cia sintió que se le caía el corazón a los pies.

–Eh, bueno, puede que haga tanto tiempo. Sí –murmuró. De repente tuvo un arrebato de inspiración–. Todavía estaba destrozada por la muerte de mis padres. Estuve así durante toda la universidad. Apenas recuerdo haber salido con Lucas.

De repente sintió sus labios sobre la sien. Un calor abrasador le quemó la piel y se propagó hasta llegar a sus mejillas. Era plenamente consciente del roce de las yemas de sus dedos sobre el brazo.

–Oh, no. Claro –dijo Fran–. Siento mucho haberte recordado cosas tan tristes. Hablemos de algo alegre y divertido. Háblame de tu traje de novia.

En un intento por centrarse, Cia miró a la madre de Lucas.

–Mama, eso no es divertido. Papá, Matthew y yo no queremos hablar del vestido.

–Quiero mucho a mis hijos, pero a veces solo los quiero porque Dios me dice que tengo que quererlos. A ti, en cambio, puedo quererte porque quiero. La próxima semana comemos juntas y dejamos a estos aguafiestas en casa, ¿no? –Le sonrió a Cia con complicidad

Cia asintió. De repente era incapaz de decir nada. Fran ya pensaba en ella como en una hija.

–¿No es hora de cenar ya? –dijo Lucas con entusiasmo.

Fran asintió.

El aroma a pan recién horneado llenaba el ambiente.

Andy y Matthew siguieron a Fran hacia el comedor. Allí los esperaba una mujer de mediana edad vestida con un uniforme blanco y negro. En el medio de la mesa había un pollo asado entero, rodeado de toda clase de manjares deliciosos.

Lucas no se movió.

–Estaré ahí en un minuto –les dijo a sus familiares, y le tomó la mano a Cia. Deslizó las yemas por sus nudillos–. ¿Te encuentras bien? No tienes por qué comer con mi madre. Tiene buena intención siempre, pero a veces es un poco pesada.

–No –Cia sacudió la cabeza. Apenas era capaz de formar las palabras–. Tu madre es encantadora. Yo… bueno… Le estamos mintiendo. Les estamos mintiendo a todos tus familiares. Mentirle a mi abuelo es una cosa porque fue él quien se sacó de la manga esos absurdos requisitos, pero esto…

–Es necesario –dijo él–. De momento es importante aparentar ser una pareja normal. Ya me ocuparé de ellos más tarde. Ya se me ocurrirá algo.

Él no lo entendía, porque había tenido una madre a su lado durante toda su vida.

–Más mentiras. Es evidente que todos estáis muy unidos. ¿Cuántos hijos adultos conoces que vayan a la fiesta de cumpleaños de su madre y que luego asistan a una cena en su casa la misma semana? –Cia se levantó del sofá.

Lucas hizo lo mismo.

–Siento haberte puesto en esta situación. ¿Cómo vamos a hacer esto? ¿Cómo voy a entrar ahí y a fingir que somos una pareja feliz y que estamos muy enamorados?

–Bueno, cuando me encuentro en una situación imposible, y no tengo ni idea de cómo hacer las cosas, pienso: ¿qué haría Scooby?

A pesar del picor que sentía en los ojos, Cia no pudo hacer otra cosa que no fuera reírse.

–Scooby comería en este momento.

–Claro –dijo Lucas, sonriente–. Bueno, aquí está la idea loca. No te tomes esto tan en serio. Pasémoslo bien esta noche. Comamos con personas que son mis familiares y, cuando todo termine, tú estarás más cerca de tu dinero, y yo estaré más cerca de Manzanares. Tú ganas, y yo gano también. Ya está. Ahora somos una pareja feliz. ¿De acuerdo?

Cia respiró profundamente. Solo sería una cena, una ceremonia, y entonces todo habría terminado.

–A lo mejor necesitas algo en qué pensar durante la cena.

Con un movimiento completamente natural, Lucas la estrechó entre sus brazos y la besó. El tacto de sus labios desencadenó una onda expansiva que se propagó por su cuello, su abdomen… La habían besado antes, pero nunca de esa manera, con tanta habilidad. La agarró de la barbilla con firmeza. Ella se estremeció, así que la sujetó con más fuerza y la besó más profunda y lentamente.

De pronto acabó. Él se echó hacia atrás y ella estuvo a punto de perder el equilibrio.

–Ahora, cariño, piensa en cómo vamos a terminar eso más tarde. Yo no voy a pensar en otra cosa.

Tiró de ella y la guió hacia el comedor.

Después de cenar, Fran les invitó a salir al porche para tomar el café. Andy, Matthew y Lucas pasaron un buen rato charlando de trabajo, así que Cia se sentó en el sofá de mimbre que estaba frente a la piscina con su taza de café en la mano.

Después de ausentarse unos minutos, Fran reapareció.

–Esto es para ti –le dijo. Le entregó una cajita pequeña de terciopelo–. Ábrela.

Cia dejó a un lado el café y levantó la tapa. Dentro había un flamante collar de diamantes y perlas grises.

–Oh, Fran, no puedo aceptar esto.

Fran le cerró el puño sobre las frías perlas.

–Era de mi madre, y antes perteneció a mi abuela. El anillo de boda de mi madre fue para Ambe… –se detuvo y miró a Matthew–. Pero he guardado esto para Lucas. Quiero que lo tengas. Así tienes algo viejo. Te va a quedar muy bien con ese pelo negro que tienes. Oh, sé que no está muy de moda –añadió Fran, riendo–. Son joyas de las señoras mayores, pero, compláceme, por favor, y llévalo en la ceremonia. Después lo guardas y ya está. Ya le diré a Lucas que te compre cositas más modernas.

Cia tocó el collar con las yemas de los dedos.

–Muchas gracias.

Fran sonrió.

–De nada. No quisiera inmiscuirme mucho, pero lo cierto es que me llevé una pequeña decepción cuando supe que no queríais familia en la boda. Yo estaría encantada de echar una mano como madre de la novia, si se trata de eso. Seguro que echas mucho de menos a tu madre.

Lucas apareció de repente, justo antes de que Cia se derrumbara. La hizo ponerse en pie.

–Mamá, ya te dije que Cia no quiere una ceremonia por todo lo alto. Ni siquiera le gustan las joyas.

Era evidente que había estado escuchando la conversación. Cia retrocedió unos pasos y trató de mostrarse agradecida.

Los ojos le ardían. No habría una gran boda para ella, ni damas de honor, ni música, ni vestidos de princesa…

–Gracias –dijo, con el corazón hecho pedazos. Se quitó el collar–, pero no puedo llevarlo. No es apropiado en una ceremonia sencilla y civil. Y me temo que no voy a poder comer con usted, señora Wheeler. Tengo muchísimo trabajo.

Fran aceptó la caja con pesadumbre.

–Me he excedido un poco. Te pido disculpas.

–No tiene importancia, mamá. Creo que es hora de irse –dijo Lucas, mirando al resto de la familia.

Todos observaban a Cia con un gesto frío en el rostro. La joven se despidió escuetamente y fue tras Lucas.

–Gracias, Lucas –le dijo, ya en camino–, por haberme sacado de esa pequeña encrucijada con tu madre. Fue…

–No fue nada. Hacen falta dos para hacer funcionar un matrimonio, ya sea de verdad o de mentira. Ya me ocuparé de mi madre por la mañana. Y, por cierto, tengo que confesar que me encanta que me llames Lucas.

La miró a los ojos. Una corriente vibrante hizo chisporrotear el aire en el habitáculo del coche. Cia sintió la carne de gallina. El pulso se le aceleró.

Y de repente, ya era demasiado tarde.

Capítulo Cinco

Lucas pasó todo el viaje de regreso a casa puliendo su estrategia. En cuanto entraron en el garaje, le agarró la mano.

–Gracias por haber venido a la cena.

Ella se puso tensa. Le miró, sorprendida.

–Lo has dicho como si hubiera tenido elección.

–Y la tenías. Conmigo, siempre tendrás elección. Somos compañeros, no dueño y esclava. Y por eso te doy las gracias por haber decidido pasar la noche conmigo y con mi familia. Fue difícil para ti y te lo agradezco.

Ella le miró fugazmente.

–De nada entonces.

Él la soltó para abrir la puerta.

–Bueno, no sé tú, pero yo siempre tengo ganas de relajarme un poco cuando salgo de la casa de mis padres. Casi me da miedo moverme, por si tiro al suelo alguno de esos adornos de mamá.

Cia sonrió.

–Es más fácil respirar en nuestra casa. Vamos a hacer algo divertido.

–¿Como qué?

En vez de contestar, Lucas fue hacia el equipo de música y apretó el botón de play. Empezó a sonar la música que ella había puesto antes, una especie de canción electrónica bastante ruidosa.

–Baila conmigo –le dijo él, golpeándose el pecho al ritmo de la música.

–¿Con esto? –preguntó ella, estupefacta–. No habrás estado bebiendo, ¿no?

–Vamos –le dijo él, tendiéndole una mano–. No vas a tener que bailar en público. Nadie te está viendo, excepto yo, y yo no sé bailar lo bastante bien como para reírme de ti.

Ella se encogió de hombros y se unió a él.

–No me gusta que la gente me vea, pero nunca he dicho que no supiera bailar.

Para demostrarlo, empezó a menear el torso y dio una vuelta completa.

Él sonrió y se cruzó de brazos. Prefería quedarse quieto y verla

abandonarse al ritmo de la música. Un minuto más tarde, ella se detuvo y le dedicó una mirada.

–No estás bailando.

–Es que es difícil seguirte el ritmo. Me lo estoy pasando muy bien. En serio. Sigue con lo tuyo.

–No si te vas a quedar ahí parado. Me pediste que bailara contigo.

Lo mejor era dejarla reírse un poco de él. Empezó a mover los brazos y las piernas de tal forma que bien podría haber estado sufriendo un ataque epiléptico. Ella se echó a reír a carcajadas.

–Muy bien. Si no quieres que termine en el suelo con un desgarro muscular, será mejor que frenemos un poco.

Ella se rio.

–¿Pero cuántos años tienes? ¿Sesenta?

Sin darle tiempo a protestar, Lucas la agarró de la mano y la estrechó entre sus brazos, cuerpo contra cuerpo.

–Tengo otra idea.

Ella le agarró de la cintura y se aferró a él.

–¿Bailamos lento?

–Ya lo creo. Lo que sea, pero lento –enredó los dedos en su cabello y le acarició la mejilla con el pulgar.

Ella tenía la piel húmeda de tanto bailar. De repente se la imaginó en la cama, sudorosa y radiante, después de haberle hecho el amor… La visión le provocó una reacción instantánea en el cuerpo, y ella lo notó. Abrió los ojos. Se quedó blanca como la leche. Le soltó como si acabara de quemarse con una sartén ardiente.

–Es tarde. Tengo turno de mañana.

Lucas no tuvo más remedio que dejarla ir. Debería haber puesto esa balada después de todo. Por lo menos ella seguiría en sus brazos.

–Claro. Mañana es un gran día.

La boda. Cia cayó en la cuenta.

–Oh. Claro. Bueno, buenas noches.

Salió huyendo.

Lucas se fue a la cama, pero el sueño se le resistió durante un buen rato. Pasó un par de horas viendo las noticias y finalmente se dejó vencer por el agotamiento. Visiones de Cia, desnuda en su cama, le atormentaron toda la noche.

Por la mañana, se despertó con los ojos cansados, pero decidió

adelantar un poco el trabajo.

Se oía el ruido del agua de la ducha.

Cia, desnuda y empapada… Era igual que lo que había soñado.

Se saltó el desayuno. Ya no soportaba estar en la casa por más tiempo. Además, le convenía llegar pronto al trabajo, sobre todo porque los lunes siempre había mucho que hacer. En los semáforos en rojo, aprovechó para enviar numerosos correos electrónicos a clientes potenciales. Su agenda era una locura esa semana. Tenía que enseñar muchas propiedades, tasar, acudir a eventos sociales…

Las cuatro de la tarde llegaron demasiado rápido. Tal y como esperaba, Cia le esperaba fuera del juzgado, con uno de sus vestidos de domingo, o de reuniones, digno de la abuelita más adorable. Y tampoco le faltaban los tacones bajos y cómodos.

Nada más verle acercarse, se fijó en el ramo de flores que llevaba en la mano.

–¿Vienes de un funeral, Wheeler?

–Son para ti –se las ofreció.

Cia miró las flores un instante y entonces las tomó en las manos. Aspiró su aroma lentamente.

–Si me lo hubieras preguntado, hubiera dicho que no. Pero es todo un detalle después de todo.

Lucas se llevó la mano al pecho con dramatismo y sonrió de oreja a oreja.

–Es por eso que no pregunté. Todas las novias deben tener flores.

Ella se rió con nerviosismo. Había un atisbo de sonrisa en sus labios.

–Yo no tengo escogido el vestido de princesa ni espero que llegue mi príncipe azul un día de estos, como suelen hacer las mujeres. Yo no tengo problema con lo de quedarme soltera el resto de mi vida.

–Espera un momento. ¿No eres una romántica? Todas mis ilusiones acaban de hacerse añicos –la agarró de la cintura y la condujo al interior del juzgado antes de que fuera a arrepentirse.

La ceremonia fue rápida. Cia ni siquiera parpadeó cuando le puso el anillo de platino y diamantes. Se dieron un beso insulso y quedaron convertidos en el señor y la señora Wheeler.

La fría alianza de metal era difícil de ignorar. Lucas no podía dejar de girarla una y otra vez con el dedo meñique; trataba de acostumbrarse al peso. Se hizo un silencio incómodo cuando salieron del juzgado. Ninguno de los dos se atrevía a romperlo.

Lucas llamó a su madre antes de salir del aparcamiento del juzgado y cuando llegaron a la casa, la noticia ya estaba en las redes sociales.

Empezaron a llegar los mensajes de texto… Apretó el botón de apagado y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Dejó el coche en la entrada en vez de meterlo en el garaje para que Cia pudiera bajar con comodidad.

–Cena conmigo esta noche. Para celebrarlo.

Antes de que pudiera hacer el más mínimo movimiento, ella abrió la puerta y salió. Él la siguió por la acera, pasando por el jardín de flores hasta llegar al porche de Amber.

–¿Qué hay que celebrar? Yo estaba pensando en meterme en la bañera durante un par de horas e irme a la cama pronto.

Lucas le puso una mano firme en el hombro.

–Espera.

–¿Qué? –dijo ella con un suspiro de impaciencia.

–Que tengas tu licencia de matrimonio no significa que vayamos a entrar por esa puerta sin volver a hablarnos nunca más. Este es el principio, no el fin. Hemos estado fingiendo que éramos unos novios felices. Ahora tenemos que fingir que somos una pareja de recién casados felices. No. No tenemos que montar un espectáculo ahora mismo, cuando no hay nadie. Pero hacerlo en público será mucho más fácil si no pasamos las veinticuatro horas a la defensiva en privado.

Varias emociones distintas desfilaron una tras otra por el rostro de Cia. La última fue una expresión de resignación.

–Sí. Lo sé. Te debo una disculpa. Ha sido un día muy duro.

–¿Porque no querías casarte?

Cia se encogió un poco, como si no pudiera soportar un peso pesado sobre los hombros, como si fuera a romperse en mil pedazos si llegaba a tocarla.

–Es solo que… No tenía ni idea de lo difícil que sería casarse sin que mi padre me acompañara hasta el altar. Yo, que nunca iba a casarme… ¿No es absurdo?

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Lucas sintió que tenía que hacer algo.

–Oye –le dijo, rodeándola con los brazos. Ella no opuso resistencia–. Está bien llorar. Llora todo lo que quieras. Después te emborracharé y me aprovecharé de ti, para que te olvides de todo.

Cia dejó escapar una carcajada.

–No me vendría mal una copa de vino –admitió ella.

–Pues eso es exactamente lo que tengo. Ven adentro –se retiró

un poco y sonrió–. Puedes beberte la copa y ver cómo cocino mientras.

–¿Sabes cocinar? ¿Con horno y todo?

–Claro que sí. Incluso puedo encenderlo yo solo –la condujo a la cocina.

Al entrar ella dejó escapar un pequeño grito.

–Oh, bien. Tu regalo de bodas ya está aquí.

Cia arqueó las cejas. Había una enorme caja sobre la isla situada en medio de la cocina.

–Eso es un pájaro.

–Sí. Es un loro gris africano –Lucas se quitó la chaqueta del traje y la colocó sobre una silla–. Los loros grises africanos pueden vivir hasta cincuenta años, así que tendrás compañía durante toda esa vida solitaria que tienes pensado llevar. Y pueden hablar. Me imagino que una persona a la que le guste tanto discutir como a ti necesita una mascota que pueda contestarle. Le he puesto Fergie –se encogió de hombros–. Como te gusta el *hip-hop.*

–Yo no te he comprado nada –atinó a decir Cia.

–No tiene importancia –se remangó la camisa y empezó a sacar platos tapados de la nevera–. No esperaba que me compraras nada.

Se acercó a la jaula. La criatura plumosa parpadeó varias veces y la miró con unos ojos inteligentes, llenos de curiosidad, sin miedo. Cia se enamoró del animalito de inmediato.

–Es el mejor regalo que me han hecho nunca. Gracias, Lucas.

Lucas se detuvo en seco, a medio camino entre la cocina y el lavavajillas, con la sartén en la mano, olvidada de repente.

–De nada, cielo.

–¿No me dijiste que tenías vino? –le preguntó ella, cambiando de tema. Se sentó en uno de los taburetes situados frente a la isla.

Había algo extraño en el ambiente esa noche, pero Cia no sabía muy bien qué era.

Lucas sacó una botella del frigorífico.

–*Sauvignon blanc,* ¿de acuerdo?

Ella asintió y le observó mientras descorchaba la botella con manos expertas.

Esas manos increíbles… se deslizarían sobre su cuerpo desnudo…

Lucas rodeó los taburetes y le entregó la copa. Sus dedos rozaron los de ella durante una fracción de segundo. Él agarró su propia copa y, mirándola fijamente, la hizo chocar contra la de ella.

–Por nuestra sociedad. A lo mejor resulta ser una unión afortunada y placentera.

–Exitosa, querrás decir. Yo brindo por una unión exitosa.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Cia se dio cuenta del error que había cometido. Lucas y ella no veían las cosas desde la misma óptica. Él se tomó su tiempo para saborear el sorbo de vino y entonces… Le sujetó la barbilla con la punta del dedo y le rozó los labios con la yema del pulgar. Atrapó su labio inferior.

Cia contuvo el aliento.

–Cariño –le dijo, deteniéndose muy cerca–. Si nuestra unión te parece tan placentera como yo tengo pensado que sea, lo consideraré todo un éxito. La cena estará lista en cuarenta y cinco minutos.

Cia se sonrojó violentamente. Lucas siguió preparando la comida.

La cena de celebración se convirtió en toda una experiencia de placer. Lucas la condujo al patio adoquinado situado junto a la piscina. El espacio estaba rodeado de palmeras que ondeaban al ritmo de una suave brisa nocturna.

–¿Qué clase de pollo es este? –le preguntó ella mientras él servía la comida. Tomó un bocado para probar. Una exuberante mezcla de especias con un ligero toque a lima le estalló en la lengua.

Él se encogió de hombros.

–No lo sé. Acabo de inventármelo. La cocina es uno de esos lugares donde doy rienda suelta a la creatividad.

–Oh, entiendo –asintió–. Es parte de tu repertorio para las noches de cita. ¿Las mujeres prueban un bocado y caen en tus brazos?

–Nunca lo he preparado para nadie más –le dijo él, mirándola con esos ojos incandescentes e inquietantes.

Se llevó un bocado de cuscús a la boca y Cia fingió que no le observaba mientras comía.

–¿En serio? ¿Qué es lo que sueles preparar cuando tienes una cita y quieres impresionar?

Él dejó de comer un momento. Se echó atrás en la silla, tomó su copa de vino, la balanceó entre dos dedos y la miró con unos ojos atrevidos.

–Nunca he cocinado para nadie.

Cia dejó caer el tenedor. Eso era absurdo.

–¿Y qué se supone que tengo que inferir a partir de esa afirmación?

–Bueno, podrías inferir que te he preparado la cena porque

quería hacerlo.

–¿Por qué? El loro, la cena y este… –señaló los quinqués de gas que delimitaban el perímetro del patio y de la piscina–. ¿Y este entorno romántico? ¿Es que tienes pensado llevarme a la cama?

–Eso depende.

–No podemos tener esa clase de relación –le dijo ella con firmeza–. Tenemos un acuerdo.

–Los acuerdos se pueden cambiar.

Esa copa que se balanceaba entre sus dedos la alteraba sobremanera.

–Pero este no. ¿Y si me quedo embarazada?

Con las manos temblorosas, agarró su propia copa de vino y se bebió lo que quedaba. Tomó la botella rápidamente.

–Bueno, eso me lo puedo tomar como un insulto incluso. ¿Cómo puedes insinuar siquiera que puedo ser tan descuidado?

Cia se puso en pie demasiado deprisa; tanto así que golpeó el borde de la silla con la parte de atrás de las rodillas y la hizo caer hacia atrás.

–Bueno, eso es un alivio.

Él también se puso en pie. La conversación no parecía turbarle en absoluto. Para él debía de ser como hablar de colores para pintar el cuarto de baño.

De repente dio un paso adelante y se situó a su lado, a unos centímetros de distancia. Le tocó la sien y deslizó la yema del dedo por el rostro y el cuello hasta llegar a la base de la garganta.

–¿Qué pasa ahí dentro? No tendrás miedo de quedarte embarazada.

–Deja de tocarme –Cia arqueó una ceja–. No pasa nada, aparte del hecho de que no me siento atraída por ti.

–No te creo.

–¿Qué? ¿Crees que vas a demostrar algo besándome?

–Sí –dijo, y la besó antes de que pudiera protestar.

Cia sintió cómo le enredaba los dedos en el pelo, cómo deslizaba las manos a lo largo de su espalda, apretándola contra su miembro potente, recordándole lo bien que encajarían el uno en el otro si la ropa no fuera un impedimento.

Cia se apartó con brusquedad.

–Lo único que demuestras es que tienes práctica en desnudar mujeres.

–Cia, ¿por qué te resistes con tanta fuerza? Al principio pensaba que era porque habías visto mucho dolor, pero hay algo más.

–Sí. Hay algo más, como que… No quiero. ¿Tienes un ego tan

grande que no concibes que una mujer no pueda estar interesada en ti?

Él se echó a reír.

–Si es así cómo besas a un hombre en el que no estás interesada, entonces no sé cómo besarás a uno en el que sí lo estés. Será mejor que busques otro argumento.

–A lo mejor eres el tipo más guapo del planeta, pero no estoy dispuesta a convertirme en tu última conquista, Wheeler –apretó los puños.

Él quiso tocarle el rostro, pero se detuvo.

–¿Es tan difícil de creer que me intrigas profundamente y que quiero descubrirlo todo de ti?

–Sí que lo es –Cia se cruzó de brazos–. Te sientes privado de algo. Vete a buscar a una de esas mujeres que te mandaron mensajes esta tarde y te quitas el gusanillo con ellas, porque yo no pienso acostarme contigo.

Él esbozó una media sonrisa, pero no había humor alguno en su mirada.

–Por si lo has olvidado, te recuerdo que estoy casado. La única persona con la que voy a acostarme durante los próximos seis meses será mi esposa.

Cia sintió una ola de pánico.

–Tu esposa acaba de rechazarte rotundamente.

–Esta noche.

Esa confianza absoluta en sí mismo la enervaba.

–Esta noche y siempre. Sinceramente, me trae sin cuidado si te acuestas con otra o no.

–Pues a mí sí que me importa.

–¿Por qué? Esto es un matrimonio de verdad. No estás enamorado de mí. Pero si apenas te gusto.

–Estamos legalmente casados.

Cia no puso qué decir. La rabia era un sentimiento tan ajeno a Lucas.

–¿Y tú me has entendido a mí?

–Completamente.

–Muy bien. Me alegro de que hayamos hablado de esto. Es importante que manejemos esta pantomima de matrimonio como adultos. Ahora que hemos discutido el asunto, podemos seguir adelante como socios de negocios, sin ninguna complicación extra. ¿Estamos de acuerdo?

La luz de los quinqués se reflejaba en sus pupilas, ocultando sus verdaderos pensamientos. Se acercó.

–Cariño… –le dijo, rozándole la oreja con los labios–. Lo único que tengo pensado hacer para seguir adelante es reorganizarme. Y entonces, mi querida señora Wheeler, ya no valdrán las reglas de antes.

Dio media vuelta y la dejó allí.

Capítulo Seis

Lucas esperó casi una semana antes de acorralar a la leonesa en su guarida, sobre todo porque se había matado a trabajar las veinticuatro horas del día para asegurarse a alguno de esos clientes esquivos por lo menos.

Todo el esfuerzo había sido en vano, no obstante.

La rutina de Cia no había cambiado en nada durante esos días, así que llegaría a la casa alrededor de las cuatro. Normalmente a esa hora siempre le encontraba trabajando en el estudio, en una conferencia telefónica o tomando un aperitivo mientras preparaba una reunión con un cliente en potencia. Todas esas cosas podría haberlas hecho en el despacho, pero había tomado la costumbre de vigilarla. Escuchaba atentamente el ruido del motor del coche, el sonido de la llave al entrar en la cerradura…

Ese día esperó en la cocina, hablando con Fergie. Hasta el momento el animalito no había dicho más que «hola» y «adiós», y también imitaba a la perfección el timbre del microondas.

Cuando Cia entró por la puerta, la recibió con una sonrisa.

–Hola –dijo ella, sorprendida.

No habían hablado desde aquella cena junto a la piscina.

–¿Qué pasa?

–Tengo un favor que pedirte –dijo él. Era mejor ir al grano lo antes posible.

–Dime. ¿Qué es?

–WFP le vendió un edificio a Walrich Enterprises hace unos meses, y hoy es la inauguración. Me gustaría que me acompañaras.

–¿En serio? –Cia frunció el ceño, confusa–. ¿Por qué?

Él se tragó una risotada.

–Eres mi esposa. La gente suele acudir a esos eventos con sus cónyuges. Además, la gente sospecharía si voy solo estando recién casado.

–Diles que tenía que trabajar –Cia ladeó la cabeza. Su coleta se movió como un péndulo.

Parecía que tenía ganas de jugar.

–Ya usé esa excusa en el último evento al que fui. Si la gente sentía curiosidad antes, ahora ya estarán sedientos de cotilleo. No tienes mucha presencia social que digamos, y te van a colgar una

mala etiqueta si sigues escondiéndote.

–No me pediste que te acompañara al evento anterior –sonrió con dulzura–. Si me ganó una reputación de misántropa, a lo mejor hay que replantearse de quién es la culpa.

–El último evento fue muy aburrido. Te hice un favor dejando que te lo saltaras, así que me debes una. Vente a la inauguración conmigo mañana.

–Vaya. Eso ha sido tan sutil, que no lo vi venir –Cia cruzó los brazos–. Preferiría saltarme este también, si no te importa.

Pasó por su lado con dos pasos ágiles. Trató de escabullirse.

–Cia –Lucas se detuvo delante de ella y la hizo parar.

–Me has llamado «Cia». ¿Te encuentras bien?

–Esto es importante. Si no, no te lo hubiera pedido. Me propusiste este matrimonio como una forma de reparar mi reputación. Eso no va a pasar si no nos hacemos una foto de nuestra licencia de matrimonio y la colgamos en Internet. Si tengo a mi agradable esposa a mi lado esta noche, la gente empezará a olvidarse de Lana.

Cia suspiró y cerró los ojos un momento.

–¿Por qué tenías que escoger ese argumento contra el que no tengo réplica posible? Supongamos que digo que sí… ¿Vas a pasar toda la noche quejándote de mi vestido?

–No si te pones el que te he comprado.

Cia sintió una llamarada de fuego en las mejillas.

–Te pedí expresamente que no me compraras ropa –le dijo en un tono cortante.

–No. Me ordenaste que no lo hiciera, y yo te ignoré. Ponte el vestido. Los invitados son la flor y nata de la alta sociedad.

–Y no quieres sentir vergüenza cuando te vean conmigo –Cia sintió un río de furia que corría por sus venas.

–Vamos, Cia –Lucas sacudió la cabeza–. Vas a estar radiante con ese vestido rosa y verde azulado. Y yo estaré a tu lado, orgulloso. Pero quiero que te sientas cómoda entre toda esa gente tan bien vestida. La apariencia lo es todo para ellos.

–Para ellos. ¿Y qué me dices de ti? ¿Tú también eres tan superficial?

–Las apariencias no lo son todo, pero son importantes. Y la reputación de una persona descansa bastante sobre ellas. La forma en que te ve la gente, lo cual puede reflejar la realidad o no, puede marcar la diferencia. Lo único que puedes hacer es presentarte de la mejor manera posible.

La ira de Cia se diluyó. Una chispa de comprensión se encendió

en su mirada.

–Es por eso que te enfadaste tanto cuando te dije que no me importaba si te acostabas con otras mujeres, por la imagen que ibas a dar en ese caso.

–La gente habla y hace daño, lo pongas como lo pongas. Yo nunca dejaría que te pasara eso por mi culpa.

Si Lana hubiera sido de la misma opinión, jamás hubiera conocido a la señora de Lucas Wheeler. ¿Era una bendición o una maldición?

–Siento haberlo sugerido. Fue una insensatez –soltó el aliento y le miró a los ojos–. Iré contigo. Pero quiero echarle un vistazo a ese vestido antes de acceder a ponérmelo. Seguro que me queda demasiado grande.

–Está en tu armario. Pruébatelo. Póntelo si te gusta. Tíralo a la basura si no es así. Deberíamos irnos alrededor de las siete, y te llevaré a cenar después –se atrevió a apretarle la mano.

Sintió la fría alianza en la palma.

–Gracias. Te prometo que lo vas a pasar bien.

Ella puso los ojos en blanco.

–No quiero ni imaginarme cómo vas a garantizarme eso.

Cia se soltó de él con sutileza y pasó por su lado, rumbo a la puerta de la cocina.

–Te veo a las siete y diez entonces –le dijo por encima del hombro.

Cuando Cia bajó las escaleras, a las siete en punto, sintió que el corazón le daba un vuelco. Nada más verlo en el escaparate, había sabido que ese vestido le iba a quedar muy bien, pero jamás se hubiera imaginado lo que estaba viendo en ese momento. Ella se había recogido el pelo y se había puesto unas medias negras que se dejaban ver discretamente por la abertura del traje.

–Cariño, me dejas sin aliento –le dijo, sonriendo para ocultar que hablaba muy en serio.

–Sí, bueno, tengo la sensación de que cuando me tropiece con este vestido, yo también me quedaré sin aliento –le dijo, al llegar a la planta baja–. ¿Me decías de verdad lo de tirarlo a la basura?

Lucas percibió esa fragancia tan característica a lima y coco.

–No –tenía la boca seca. Necesitaba una copa, muchas copas–. Sabía que te iba a gustar.

–No empieces a echarte flores tan rápido. Solo lo llevo porque el precio es igual al producto interior bruto de algunos países

pequeños. Estaría muy mal tirarlo a la basura.

Él la miró de arriba abajo. Incluso con los tacones altos, no le llegaba ni a la nariz.

–Todavía tengo el recibo. Seguro que no tendrías problema para devolverlo. Vete arriba y cámbiate. Yo te espero.

–Muy bien. Muy bien –suspiró–. Es precioso y me encaja de maravilla. Como veo que tu ego no es tan grande todavía, tengo que admitir que tienes muy buen gusto y estilo. Si eres capaz de desvestir a una chica tan bien como las vistes, entonces te mereces la fama que tienes entre las féminas.

Él se echó a reír. De repente se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos esa lucha verbal, esa gimnasia mental… Definitivamente, algo no iba bien en su cabeza.

–Bueno… Resulta que creo que ambas cosas se me dan muy bien. Cuando quieras tener tu propia opinión, házmelo saber. ¿Lista?

Ella se rio. Asintió.

Las nuevas instalaciones de Walrich estaban atestadas. La gente hablaba con Lucas, y él les contestaba, pero era incapaz de recordar las conversaciones. La mujer que estaba a su lado le cautivaba.

–Vámonos –le dijo.

Matthew podía ocuparse de los clientes potenciales. Eso era lo que mejor se le daba.

–Ya nos hemos mezclado bastante con la *jet set.*

–¿Ya nos vamos? –le miró a los ojos–. Muy bien. ¿Dónde vamos a cenar?

Lucas masculló un juramento. Cada vez que la tocaba pasaba algo y la sensación se resistía a desaparecer.

¿En qué estaba pensando? No podía dejarle esa tarea a su hermano, como siempre solía hacer.

La mejor forma de ocuparse de ese acuerdo de divorcio y de la turbadora atracción que sentía por la mujer que iba a su lado era recordar la filosofía de Lucas Wheeler para las relaciones personales. Las reglas de oro eran tener mucho sexo y pasarlo muy bien.

–En un sitio donde haya comida.

Cia miró a su guapísimo marido. Esperó unos segundos, pero la segunda parte de la broma nunca llegó.

–Estupendo. Los sitios donde hay comida son mis favoritos.

Matthew Wheeler apareció en ese momento.

Lucas miró a su hermano.

–¿Cómo ves lo de Moore?

Como Matthew Wheeler parecía fingir que no la veía, Cia se dedicó a observarle con atención. Era un hombre autoritario, distante, viudo, según le había dicho Lucas. Solía ir solo, como esa noche.

–Mejor de lo que yo esperaba –Matthew le hizo señas a un camarero y puso su copa vacía de champán sobre la bandeja–. Creo que le hemos captado. He reservado mesa para cuatro en Mansion, a tu nombre. Llévate a Moore y a su esposa a cenar. Yo invito. Cerrar el trato es tu fuerte, así que es mejor que me quite del medio. Cierra la cosa, Lucas.

Como si lo hubieran practicado una docena de veces, Lucas le dio un beso en la sien a su esposa, y ella fingió que sus labios no le abrasaran la piel.

–Hazme un favor. Quédate con Matthew un momento. Parece que tenemos planes distintos para la cena.

Se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia ese tal Moore, listo para obrar su magia.

Matthew la observaba con frialdad.

–¿Lo estás pasando bien, Cia?

La pregunta la sorprendió. De repente había dejado de ser invisible, pero el tono no era amigable.

–Sí, gracias. Tus clientes son impresionantes.

–Los pocos que tenemos. Te seré sincero. No sé qué bicho picó a Lucas para que se casara contigo, pero he visto cómo te mira, y solo espero que le hagas feliz.

¿De qué manera la miraba Lucas? ¿Como mira una araña a una mosca?

–¿Entonces irás a por mí si le hago daño?

Él se rio con sorna.

–Dudo mucho que tengas la capacidad de hacerle daño a Lucas. Se le da muy bien poner distancia entre las mujeres y él. Por ejemplo, cuando se enteró de lo de Lana, ni parpadeó. Simplemente fue a por la siguiente.

–¿Y con cuántas de esas se casó?

–Vaya. Ahí me has dado –Matthew la miró fijamente y entonces saludó a una pareja de señores mayores que pasaba por su lado en ese momento, de camino a la barra–. Sé que no vas detrás del dinero de Lucas. Te he investigado bien, y sé que tienes ese fondo fiduciario. No obstante, siendo curiosidad por saber por qué no te quedaste en Manzanares.

La pregunta hizo mella en las defensas a Cia.

–Trabajé en la empresa durante un año para complacer a mi

abuelo. Creo que soy la única en quien confiaría para tomar las riendas del negocio –se encogió de hombros y zanjó el tema–. Pero esa no es mi pasión, así que mi abuelo tiene pensado vivir para siempre, supongo.

Matthew no sonrió. Afortunadamente era Lucas quien necesitaba una esposa y no su hermano. Había una acritud inconfundible en Matthew Wheeler, una amargura que nacía del hecho de haber perdido a alguien muy querido.

–A lo mejor la familia no significa mucho para ti, Cia, pero para nosotros lo es todo –la expresión de Matthew se endureció–. Lana hirió el orgullo de Lucas, pero eso no tiene mucha relevancia. Lo importante es que en el proceso estuvo a punto de destruir el trabajo que mi familia llevó a cabo durante más de un siglo. Eso no es fácil de superar. Tienes que apoyarle. Eso es todo lo que digo.

Matthew cerró la boca al ver que Lucas regresaba.

–Nos vamos a cenar. Te llamo luego –le dijo a su hermano.

Con el consejo de Matthew en la cabeza, Cia se dejó guiar hasta el coche.

Al final de la velada, Lucas no trató de besarla. La distancia que trataba de poner entre ellos estaba surtiendo efecto por fin.

Esa noche, no obstante, la pasó entre sueños inquietos. Por la mañana, el cielo estaba totalmente encapotado, en consonancia con su estado de ánimo.

Una empleada de aspecto latino, vestida de uniforme, estaba limpiando el fregadero cuando entró en la cocina.

–Buenos días, señora –dijo la joven en español y con una sonrisa.

Cia miró por encima del hombro de forma casi automática. Era cierto. Ella era la señora de la casa, al menos durante los seis meses siguientes.

–Buenos días –le contestó Cia–. Lo siento, no me había dado cuenta de que el señor Wheeler había contratado a una empleada doméstica.

–Vengo tres días por semana. El señor Wheeler quiere que usted quede satisfecha con mi trabajo.

La joven se quitó los guantes de látex y los echó al fregadero.

–Ya he limpiado el dormitorio principal. Con su permiso, me gustaría enseñarle lo que he hecho, para ver si le parece bien.

–Oh, claro –Cia ya estaba a medio camino de las escaleras. Se detuvo en seco–. Tú, eh, ¿has limpiado el dormitorio principal? ¿Y el cuarto de baño?

La empleada había limpiado el cuarto de baño, donde no había ni un signo de presencia femenina. Bien podrían haber puesto un anuncio en el periódico para informar de que el señor y la señora Wheeler no dormían juntos.

La joven le enseñó los azulejos relucientes y el impecable tocador de mármol del dormitorio grande. Cia escuchaba, pero su cabeza estaba en otra parte. ¿Cómo iban a arreglar el problema?

–¿Entonces vuelves el miércoles? –le preguntó cuando la chica dejó de hablar.

–Mañana, si le parece bien. Esta semana tengo el miércoles libre. Y después vuelvo el viernes.

–Muy bien. Me parece estupendo. Tu trabajo es excepcional, y estoy muy contenta con ello. Por favor, avísame antes de irte.

La empleada asintió y siguió con sus quehaceres de limpieza, ajena a las inquietudes de Cia.

Después de llamar al refugio para decirles que llegaría un poco tarde, le envió un mensaje a Lucas: «Ven a casa antes de las ocho. Tengo que hablar contigo».

Cuando vio salir a la empleada en su coche, empezó a trasladar toda la ropa a la habitación grande. No tenía más remedio que dormir con él, en el suelo, porque no estaba dispuesta a dormir con él en la misma cama.

Le sonó el teléfono. Era un mensaje de Lucas: «¿Qué sucede? ¿De qué quieres hablar?».

Cia le respondió sin perder tiempo: «Tenemos que hablarlo en persona. Y por cierto, ¿cómo encontraste a la empleada?», le preguntó.

«Acaba de empezar a trabajar para mi madre y viene muy bien recomendada por tu abuelo. ¿Por qué?», le dijo él en el siguiente mensaje.

El abuelo…

Cia dejó escapar un gruñido y apoyó la frente contra uno de los cajones de la cómoda.

No había duda. La empleada debía de ser una espía de su abuelo… Haciendo una mueca, se puso en pie y empezó a sacar camisetas del cajón.

Cia se encogió por dentro. Lo último que se imaginaba Lucas en ese momento era la sorpresa que se iba a encontrar al llegar a casa…

Capítulo Siete

Lucas cambió las fechas de tres citas con clientes que no podía cancelar y se las arregló para estar en casa a las cinco, sobrepasando el límite de velocidad durante buena parte del camino. Algo iba mal, y que Cia guardara silencio al respecto no hacía sino empeorar la sensación.

La esperó en la cocina. Y esperó… Después de cuarenta y cinco minutos, quedó claro que debía de trabajar hasta tarde ese día. Un poco irritado, subió al piso de arriba para cambiarse. Al quitarse la camiseta por la cabeza, algo le llamó la atención en el cuarto de baño. La puerta estaba entreabierta.

No había nada encima del lavamanos esa mañana… Pero de repente el espacio estaba repleto de cremas y otros productos femeninos. Agarró un bote de loción corporal y aspiró el aroma; coco y lima.

En cuestión de segundos fue capaz de encajar las piezas del puzle. Al ver a la empleada, Cia se había asustado y había decidido mover todas sus cosas a la habitación principal, sobre todo porque la muchacha había sido recomendada por su abuelo.

Volvió a la cocina canturreando una melodía. No era de extrañar que Cia tratara de estar en la casa lo menos posible. Su resistencia al matrimonio se estaba debilitando, lentamente.

A las siete, le envió un mensaje de texto para preguntarle a qué hora llegaba. No recibió respuesta.

A las ocho la llamó, pero nadie contestó. En uno de sus mensajes mencionaba que llegaba tarde al trabajo. A lo mejor se había quedado un rato más para recuperar el tiempo perdido. Se preparó un sándwich y se bebió una cerveza negra. Entre bocado y bocado intentaba convencer a Fergie para que dijera su nombre. Pero cada vez que le decía «Lucas», el animal graznaba y se frotaba las plumas. En ocasiones imitaba el timbre del teléfono de Cia.

A las nueve y media, se dio cuenta de que no conocía el nombre de ningún amigo de Cia, así que no podía llamar a nadie para saber dónde estaba.

A las once, mientras veía la televisión y contemplaba la posibilidad de llamar a la policía, la puerta del garaje empezó a abrirse. Cia entró en la cocina, con los hombros caídos y el pelo

alborotado.

–Hola.

–Hola –repitió ella, con un hilo de voz–. Lo siento. He recibido tus mensajes.

–Estaba preocupado.

–Lo sé. Lo siento –repitió–. Fue inevitable. Seguro que viste mis cosas en tu habitación.

Nada de lo que estaba ocurriendo parecía conducir a una noche de pasión.

–Sí. ¿Entonces vamos a compartir habitación a partir de ahora?

Cia se frotó las sienes, con tanta fuerza que las yemas de los dedos se le pusieron blancas.

–Solo porque es necesario. Dame quince minutos y entonces puedes entrar.

Lucas decidió no insistir. La dejó marchar sin decir ni una palabra más y le dio veinte minutos.

Cuando entró en el dormitorio, todo estaba oscuro, así que tuvo que abrirse camino hasta el cuarto de baño a ciegas. Se preparó para irse a la cama y optó por dormir desnudo, como siempre. Esa era su habitación y, dado que ella se había cambiado sin pedir permiso, tendría que adaptarse.

Apretó el botón de encendido del mando de la televisión. La suave luz de la pantalla plana se propagó por la pared hasta llegar a la cama. Lucas miró a su lado. No había nadie. ¿Dónde estaba ella?

De repente reparó en un montón de sábanas junto a la ventana.

–Cia, ¿qué haces ahí?

–Estoy durmiendo.

Estaba de cara a la pared. Lucas bajó el volumen de la televisión.

–No puedes dormir en el suelo.

–Sí que puedo.

–Esta cama es enorme. Pueden dormir dos personas en ella sin tocarse.

–Es tu cama. No quiero molestar. El suelo está bien.

Lucas puso los ojos en blanco. Era evidente que su esposa tenía madera de mártir.

–Métete en la cama. Yo dormiré en el suelo.

–No. Eso no es justo. Además, me gusta el suelo. Esta alfombra es muy suave.

–Bueno, entonces… Ya que es tan cómodo, dormiremos los dos en él.

De un tirón sacó la sábana que estaba debajo del edredón, se la puso alrededor de las caderas y puso una almohada en el suelo, a

menos de medio metro de ella. Cuando se agachó sobre la alfombra, ella se volvió hacia él y le fulminó con la mirada.

–Deja de ser tan testarudo, Wheeler. La cama es tuya. Duerme en ella.

Lucas sintió ese aroma a coco y lima.

–Cariño, puedes seguir pataleando y refunfuñando, pero no pienso dormir en la cama mientras tú duermes en el suelo. No está bien.

–¿Por qué tienes que ser tan caballeroso?

–Porque me gusta fastidiarte.

Cia se volvió hacia la pared. Lucas estaba listo para seguir con la batalla verbal, pero entonces vio que ella movía los hombros como si le temblaran.

–Oye… ¿estás llorando?

–No –mascculló, pero no pudo reprimir un sollozo.

–Oh, por favor, no llores. Si eso te hace sentir mejor, puedes llamar a mi madre y echarle la bronca por haberme enseñado buenos modales. De una forma u otra no voy a dormir en la cama a menos que tú lo hagas también.

Cia empezó a llorar más. Todo el enfado se desvaneció de golpe.

Lucas se echó hacia delante y logró recogerla entre sus brazos.

–Shh. Todo está bien.

Se puso rígida. Estaba librando una batalla en su interior… De repente pareció rendirse. Apoyó la cabeza en el hombro de Lucas y se acurrucó contra él, rozándose contra su erección a través de las sábanas. Él respiró profundamente, pero no sirvió de mucho. Cerró los ojos y la atrajo hacia sí aún más para que pudiera llorar tranquila. Empezó a acariciarle el cabello y siguió haciéndolo hasta que se calmó, un siglo más tarde.

–Lo siento –dijo ella, rompiendo el silencio–. Es que estoy muy cansada.

Él siguió acariciándole el pelo.

–Yo creo que más bien estabas muy triste.

–Sí –suspiró–. Pero también estoy cansada. Estoy tan cansada que no puedo fingir que no me gusta cuando me consuelas. No sé qué es peor, si el día que he pasado o tener que admitir que se te da muy bien consolar.

Lucas dejó de acariciarla.

–¿Pero qué tiene de malo que me dejes hacerte sentir mejor?

Ella se zafó de él y le clavó la mirada.

–No me gusta sentirme débil. Odio que veas mis debilidades. Odio…

–No ser capaz de hacerlo todo sola –apoyó la cabeza en una mano–. Odias no poder ser la heroína. Lo entiendo. Túmbate y respira hondo. Dime qué edificio no fuiste capaz de salvar de un salto; ese que te ha hecho llorar.

Con un suspiro tembloroso, Cia se acostó sobre la almohada, de cara a él. El resplandor de la televisión iluminaba sus pómulos.

–Una de las mujeres del refugio…

Lucas entrelazó sus dedos con los de ella, animándola a seguir.

–Pamela. Volvió con su marido. Ese bastardo le rompió un brazo cuando la tiró contra la pared, pero ha vuelto con él. Traté de convencerla para que no lo hiciera. Pasé horas intentándolo. Courtney habló con ella también. Le dio igual todo.

Lucas recordaba a Courtney vagamente. Era su amiga y compañera en el refugio, psicóloga.

–No puedes salvar a todo el mundo.

Ella separó la mano de la de él.

–No estoy tratando de salvar a todo el mundo. Solo quiero salvar a Pamela. Trabajo con estas mujeres todos los días, les doy confianza. Les ayudo a ver que pueden ser autosuficientes… –la voz se le quebró–. Lo tiró todo por la borda para volver con un hombre que le hace daño. A lo mejor la próxima vez la mata. ¿Pero qué podría ser tan importante como para arriesgar la vida de esa manera?

–La esperanza –dijo Lucas–. La esperanza, la ilusión de que la gente pueda cambiar, de que las cosas puedan ser distintas la próxima vez.

–¿Pero por qué? Ella tiene que saber que las cosas van a terminar mal casi con toda seguridad.

–Cariño, no quiero aguarte la fiesta, pero las personas somos seres gregarios, buscamos compañía. No estamos hechos para estar solos, por mucho que tú te empeñes en lo contrario. Pamela quiere creer que la persona a la que escogió puede redimirse, y que pueden seguir con su vida juntos. Sin esperanza, no tiene nada.

Cia sacudió la cabeza. El cabello le cayó en la cara.

–Eso no es cierto. Se tiene a sí misma, y ella es la única persona en la que puede confiar de verdad. Solo ella puede cuidarse bien a sí misma. Nadie lo va a hacer por ella.

–¿Estás hablando de Pamela todavía?

–No te creas muy listo por ponerme un espejo delante de la cara. Es cierto para ella y para mí, y yo nunca he albergado ilusión alguna, sobre todo en lo que se refiere a los hombres.

–Ilusiones, no. Lagunas, sí –se acercó un poco más–. Eres

demasiado cuadriculada. Todo es blanco o negro. Viste la cláusula del fondo fiduciario y pensaste que tu abuelo quería manipularte para que te casaras con un hombre que trataría de dominarte. Lo has dicho tú misma. Él quiere que te cuiden. Permitir que alguien cuide de ti no es mostrar debilidad.

–Yo sé cuidar de mí misma. Tengo dinero, tengo la facultad de…

–Cariño, hace falta algo más que dinero para cuidar bien de uno mismo –le apartó un mechón de pelo del hombro y aprovechó para deslizar las yemas de los dedos por su piel suave y aterciopelada–. Tú también tienes necesidades físicas.

–Oh, Dios mío. Sí que tienes un don. ¿Cómo te las has ingeniado para meter el asunto del sexo en esta conversación?

Él sonrió de oreja a oreja.

–Oye, yo no he dicho nada respecto al sexo. Has sido tú. Yo hablaba de abrazarte mientras lloras. Pero si quieres hablar de sexo, seguro que puedo hacerte un hueco en mi agenda. A lo mejor puedes empezar diciéndome cuál es el lugar más sensible de todo tu cuerpo. Ten en cuenta que voy a querer comprobarlo, así que tienes que ser sincera.

Ella le dio un golpecito en el brazo.

–Eres increíble. No voy a tener sexo contigo simplemente porque nos hemos visto obligados a compartir habitación.

Él la miró a los ojos.

–Entonces hazlo porque quieres.

Cia sintió que se le ponía la carne de gallina. La sábana se deslizó un poco, dejando al descubierto unos cuantos centímetros más de piel.

–¡No quiero, Wheeler! Te crees que eres un regalo de Dios para las mujeres y nunca se te ha ocurrido pensar que algunas de nosotras somos inmunes a tus encantos y… y… –le miró el pecho.

Él sí que no trataba de esconderse debajo de las sábanas.

–No te vas a apuntar un tanto hoy.

–Muy bien.

–¿Muy bien? ¿Así de fácil? ¿Te rindes?

–Yo no he dicho eso. Simplemente he accedido a cambiar de tema. Date la vuelta.

–¿Qué? ¿Por qué?

Lucas dejó escapar un gruñido.

–Porque lo digo yo. Tienes que relajarte o no vas a poder dormir. Si no te duermes, seguirás discutiendo conmigo, y entonces seré yo quien no pueda dormir. Solo voy a darte un masaje en los hombros, así que cierra la boca y date la vuelta.

No sin reticencia, ella obedeció. Lucas le quitó la sábana de encima y se la puso a la altura de la cintura. Llevaba una camiseta con tirantes finos. No era precisamente la ropa más sexy del mundo, pero cuando le levantó el pelo y dejó al descubierto la piel de su cuello y parte de la espalda, no pudo resistir la tentación de tocarla. Primero, deslizó las puntas de los dedos por su columna vertebral, grabando la textura en las yemas. Después siguió la línea de su omoplato hasta llegar al frente y entonces volvió atrás. Ella era increíble. Quería sentir toda su piel desnuda bajo los dedos, bajo su cuerpo, moviéndose, rodeándole. Deslizó una mano por su brazo. ¿Se daría cuenta ella si le bajaba el tirante del hombro?

–¿Qué estás haciendo exactamente? –casi se dio la vuelta hasta ponerse de frente a él–. Este es el masaje menos relajante que me han dado nunca.

–¿En serio? –le preguntó él en un tono casual, pero no la dejó escapar–. Alguien que sea inmune a mis encantos no debería tener ningún problema para relajarse mientras le froto los hombros.

Cia se volvió hacia la pared de nuevo.

Lucas sonrió de oreja a oreja y empezó a frotarle los músculos del cuello.

–Cariño, no tiene nada de malo disfrutar cuando alguien te toca.

Cia soltó el aliento, pero se atragantó un poco cuando sintió su mano por la cara interna del brazo. Empezó a acariciarle un pecho con la yema del dedo.

–Pero es que tú lo haces de una manera…

–Ya sabes… –le dijo, salvando la distancia que quedaba entre ellos. Se acurrucó contra su espalda y le murmuró algo al oído, a un milímetro de la oreja–. Ni por un momento se me ocurriría pensar que soy un regalo de Dios para las mujeres. Las mujeres son un regalo para los hombres en realidad. El cuerpo femenino es lo más bonito de este mundo, la curva de tu cuello, por ejemplo.

Se apartó un poco y deslizó los labios a lo largo de su cuello.

–Podría quedarme así diez años y nunca llegaría a saber del todo qué es lo que más me gusta –le dijo, formando las palabras contra su piel.

Estaba tan excitado, tan preparado para hacerle el amor…

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Tenía los ojos cerrados, pero movía las pestañas. Arqueó el cuerpo contra él, invitándole, tentándole.

–Lucas… –le susurró–. No podemos. Tienes que parar.

–¿Por qué? –él le metió una mano por debajo de la camiseta y empezó a acariciarle el vientre–. Y si me mientes y abres la boca

para decirme que no estás interesada, encontraré algo mejor que hacer con ella.

–Ya no podría sacar adelante esa mentira.

La forma en que admitió la verdad fue tan dulce que Lucas no pudo resistirse.

Buscó sus labios y la besó con toda la pasión contenida que llevaba dentro. De pronto ella entreabrió la boca, así que le metió la lengua y probó su sabor. Durante unos pocos segundos, Cia le devolvió el beso con la misma intensidad, desatando una llamarada de lujuria que la recorrió por dentro.

–Ya basta –dijo al sentir el roce de sus dedos a un lado del pecho. Se apartó bruscamente.

Lucas sintió cómo palpitaba su erección. Ella estaba tan receptiva, como si hiciera mucho tiempo que no…

La agarró de la barbilla y la miró a los ojos.

–Espera un momento. No serás virgen, ¿no?

Ella se incorporó.

–Mis experiencias pasadas no importan. Acordamos mantener esta relación en un plano profesional.

–¿Y por qué estás aquí, en mi dormitorio? Podías cambiar las cosas y seguir durmiendo en tu habitación. Pero no lo hiciste. Las señales que envías son tan confusas que incluso te has confundido tú sola. Habla conmigo, cariño. Ya basta de fingir. ¿Por qué hay que levantar estas barreras cuando es evidente que los dos queremos lo que queremos?

Ella cruzó los brazos y cerró la boca.

–No me gusta ser un desafío. Si me rindo, tú ganas. Y después te irás a tu cueva a darte golpes en el pecho y a fardar de la presa que te has llevado.

–¿Rendirse? –Lucas sacudió la cabeza para aclararse un poco–. Eres tú quien me desafía a mí. Y no es cualquier desafío el que me propones. Lo admito. Me retas a ser mejor de lo que jamás he sido. Mira lo que me haces, Cia.

Cia le puso la palma de la mano sobre el corazón. Palpó el músculo y cuando se contrajo, cerró los dedos, intentando capturar la respuesta. Se acercó más. Unos hilos invisibles tiraban de ella.

–Eres muy lista. ¿Cómo es que no te has dado cuenta de que eso te da todo el poder? Yo solo soy un pobre hombre patético que se arrodilla y reza ante el altar de la diosa.

Ella vaciló un instante.

–Eres la mujer más fuerte que he conocido jamás, y eso me gusta de ti. Los dos sabemos que el compromiso no forma parte del trato.

Solo se trata de una cosa. Sexo. Sexo del bueno, para pasarlo bien. Nadie sale herido. Todo el mundo disfruta. A mí eso me suena perfecto para una mujer que espera divorciarse pronto, ¿no?

–Seducción a base de lógica. Un poco retorcido, ¿no?

–Pero es efectivo.

Ella esbozó una sonrisa incrédula.

–No vas mal encaminado.

–Entonces escúchame bien. Déjame cuidar de ti, físicamente. Tú se lo das todo a esas mujeres del refugio. Deja que te den algo a ti por una vez. Déjame hacerte sentir bien. Déjame ayudarte a olvidar el resto del mundo por un rato. Úsame. Insisto. ¿Me beneficio yo también? Por supuesto. Y eso es lo que nos convierte en la sociedad perfecta… Y ahora, cielo, tengo que decirte que este suelo es muy incómodo. Me voy a meter en esa cama tan apetecible, y si quieres que te den placer durante el resto de la noche, vente conmigo. Si no, no lo hagas. La decisión es tuya.

Capítulo Ocho

Cia se puso en pie y atravesó la alfombra con paso seguro hasta que sus rodillas golpearon un lado de la cama. Lucas estaba recostado sobre una almohada, observándola, con la sábana hasta la mitad del torso. La tela cortaba por la mitad un trío intrigante de tatuajes circulares de aspecto tribal que tenía en el lado izquierdo, justo debajo de las costillas.

Parecía que le ardían los ojos.

Era glorioso… y era suyo por una noche. Cia sintió un escalofrío que le subía por la espalda; nervios, expectación…

–¿Quieres saber qué me hizo decidirme? –le dijo, cruzando los brazos. De alguna manera tenía que esconder el temblor de las manos.

–Me muero por saberlo.

Ella le miró de arriba abajo.

–Pues, curiosamente, fue el hecho de que estuvieras dispuesto a dormir en el suelo.

Él se rio.

–¿Entonces me estás diciendo que te tenía en el bote desde el principio?

–No. Me tuviste en el bote en el momento en que me diste ese vestido de firma. Me duele tener que admitir que me dejé comprar fácilmente con un traje de alta costura.

–Me alegra que uno de los dos piense que esto fue fácil. Nunca me he esforzado tanto para llevarme a una mujer a la cama.

–Eso habrá sido todo un golpe para tu ego. No me cabe duda –dijo Cia, ladeando la cadera y apoyando una mano en la cintura. Y es curioso, pero juraría que todavía no estoy en la cama, así que a lo mejor todavía tienes trabajo que hacer.

Lucas dejó escapar un gruñido, se quitó la sábana de encima y se incorporó de un salto. Fue hacia ella. Se apoyó sobre las rodillas, completamente desnudo. Le tendió una mano. Ella la tomó y se preparó para recibir un tirón y aterrizar sobre el colchón. Pero él no hizo lo que esperaba, sino que se llevó su mano a los labios y le besó los dedos uno a uno. Cuando llegó al meñique, ya había empezado a lamerla.

Cia apretó la palma de la mano contra su pecho y la dejó allí. Él

le sujetó las mejillas con ambas manos.

–Preciosa. Preciosa.

Antes de que pudiera decirle nada, él capturó sus labios con un beso fiero, arrebatador, un beso que paraba el tiempo. Lentamente ladeó la cabeza y la obligó a abrir los labios. Buscó su lengua, echándose adelante y atrás con un baile sensual. Ella le clavó las uñas en el pecho. El beso se prolongó y avivó la llama del deseo más y más.

Lentamente… Todo era lento con Lucas. Era una tortura exquisita. Necesitaba más. Le necesitaba dentro de ella.

Se apartó de golpe, trató de agarrarle, pero él sacudió la cabeza, deslizando las manos por sus brazos y su espalda. Le agarró el borde de la camiseta con los dedos pulgares y comenzó a subírsela poco a poco.

–Eh… ¿No vas a hacer que me meta en la cama?

–No –le quitó el top y lo tiró por encima del hombro.

Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Contempló sus pechos desnudos.

–Tú no quisiste meterte en la cama, y yo quiero darte placer donde estés.

Cia sintió el roce de su pectoral sobre los pezones. Notó cómo se le endurecían. Él le agarró el trasero y empujó. Capturó uno de sus pezones entre los labios.

Ella le agarró de los hombros y se dejó llevar por ese remolino de sensaciones abrumadoras. De repente sintió su mano por dentro de los pantalones, deslizándose a lo largo de sus nalgas, entre ellas... La agarró con fuerza y la elevó un poco, aplastándola contra su pecho duro.

–¡Madre mía! –exclamó en español.

Lucas gruñó sobre sus pechos.

–Me encanta cuando dices palabrotas.

Ella se rio.

–Eso no ha sido una palabrota.

–Me da igual. Cualquier cosa que me digas en español me va a sonar así. Dime algo más –empezó a lamerla en el pecho y descendió hasta el vientre. Le mordió el cordón del pantalón. Soltó el nudo con los dientes.

–Quiero que ahora… –dijo ella, todavía en español.

Pero Cia ya no pudo pensar más. Su mente se cerró cuando sintió cómo le quitaba los pantalones y las braguitas. La hizo darse la vuelta y se apretó contra su espalda, rozándose contra sus nalgas. La agarró con un brazo firme por debajo de los pechos,

manteniéndola en el sitio, y con la otra mano buscó el centro de su feminidad.

Empezó a besarla en el cuello al tiempo que frotaba el nudo duro que se encontraba entre sus pétalos más íntimos. Ella comenzó a moverse, deslizándose contra su brazo. De repente, él metió un dedo dentro, y después dos. Los sacó y volvió a introducirlos. Ella movía la cabeza sobre su hombro, abandonándose al placer. Podía sentir su erección contra el trasero, y eso la cautivaba. Él masajeaba su sexo con movimientos circulares, hacía crecer la tensión. De repente, el torbellino de sensaciones se concentró en un punto luminoso. Cia tuvo un orgasmo tan intenso que no pudo evitar gritar.

La onda expansiva se propagó por todo su ser. Él volvió a meter los dedos para prolongar el clímax lo más posible hasta que, finalmente, terminó en una explosión espectacular.

Cia se dio cuenta de que ya no volvería a sentir lo mismo con otro hombre. Agotada, se relajó en sus brazos. Las rodillas le fallaron, pero él no pudo aguantarla esa vez. Cayeron al suelo. Se golpearon contra la alfombra y Lucas se rio, tomándola de nuevo entre sus brazos.

–Ahí lo tienes –le dijo–. Ahora no tenemos que mentir. La próxima vez que alguien nos pregunte por qué nos casamos, les decimos que tropezamos dos veces con la misma piedra.

Cia se rio a carcajadas. Él la tomó en brazos y la acostó sobre la cama con cuidado.

–El primero es para ti. El segundo es para mí.

–Me parece justo –ella se aclaró la garganta–. ¿Lucas? Yo no tengo tanta… práctica como tú en esto. Sin embargo, te prometo que lo voy a intentar con todas mis fuerzas.

Cia se apoyó en un codo, pero él se lo apartó y la hizo caer sobre las sábanas. Se puso sobre ella a horcajadas. Todo en él era hermoso, pero en esa posición realmente podía verle en toda su plenitud masculina. Cia no dudó ni por un momento. Deslizó las palmas de las manos sobre sus piernas.

–No –él sacudió la cabeza–. Tu próximo orgasmo es para mí. El primero no cuenta. Solo es para romper el hielo. Él esbozó una sonrisa pícara y entrelazó sus manos con las de ella. La hizo levantar los brazos por encima de la cabeza y le sujetó las muñecas con una sola mano. Con la otra empezó a acariciarla de arriba abajo, desde el hombro hasta la cadera.

–Oh, sí. Hay mucho, mucho más. Pero esta vez, elijo yo el sitio donde vas a estar, y va a ser aquí mismo, donde pueda verte.

Empezó a tocarla, observándola. Después de una deliciosa tortura que pareció durar horas, se puso entre sus piernas y puso su boca allí donde había puesto los dedos un rato antes. Con los labios, los dientes y la lengua, empezó a acariciarla y a lamerla, y así la llevó al cielo una vez más.

Sus ojos no se apartaban de ella ni un solo segundo.

–Ya basta. Lo admito. Tenías razón. Podría haber dormido en mi habitación, pero supongo que una parte de mí quería forzar la situación, para poder seguir fingiendo que no me sentía atraída por ti. Ya basta de fingir. Te deseo. Ahora.

–Esa puede haber sido la confesión más dulce que he oído jamás –Lucas se levantó y le dio un beso fugaz–. Pero tenemos toda la noche. Y la noche de mañana, así que, frena un poco, cariño. Llegar ahí es parte de la diversión.

–¿Cómo es que no te vuelves loco esperando tu turno?

Él se rio a carcajadas y le enredó las manos en el pelo.

–Las buenas cosas son para los que saben esperar. Además, ya estoy en mi turno. Cada vez que veo ese destello de deseo en tu mirada, me excito un poco más. Cada gemido que sale de tu boca es como música para mis oídos. Podría pasar horas mirándote mientras te doy placer.

Lucas estuvo a punto de perder el control durante su tercer clímax. Ella era tan hermosa, tan sensible… El tercer orgasmo le llegó de forma accidental, cuando sopló sobre su piel. Ella gritó su nombre y explotó, arqueando la espalda y gimiendo sin parar. Él sintió algo que vibraba en su interior. Apretó los dientes para mantenerlo todo bajo control. Sus músculos se tensaron. Estaba haciendo un gran esfuerzo para no entrar en su sexo en ese mismo instante, sin protección.

La batalla amorosa duró una eternidad y, por un momento, Lucas creyó que iba a hacerlo. Se apartó y contempló el ventilador del techo durante unos segundos, conteniendo el embiste del deseo.

Ella cayó sobre la almohada con un suspiro sexy. Levantó los pechos.

–Me has derretido los huesos esta vez. En cuanto pueda andar, te voy a preparar la mejor taza de té que has probado en toda tu vida.

El comentario le arrancó una risotada.

–Los beneficios son lo bastante buenos como para que te hayas replanteado tus principios acerca de prepararle el café a un hombre, ¿no?

–No puedo creerme que no haya habido amantes que no hayan hecho cola frente al juzgado el día que nos casamos.

–Qué graciosa. Creo que hay muchas más que se alegrarían de asistir a mi funeral.

–Eso lo dudo. Pero como esposa tuya que soy, creo que tengo derecho a reclamar ciertos privilegios.

–¿Sí? ¿Como cuáles?

–Como el derecho a decir «más tarde».

Sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta y se puso encima de él, deslizándose sobre su cuerpo, caliente como un torrente de lava. Tenía los ojos tan oscuros que casi parecían negros. Le besó, tirándole de los labios, chupándole la lengua… Él dejó escapar un jadeo gutural y ella lo absorbió por completo.

Él la hizo echar la cabeza a un lado y siguió la línea de su cuello con los labios. Podía sentir su piel por todas partes, sus pechos, sus manos en la cabeza… Ella apoyó una pierna a un lado, colocándose a horcajadas. Giró las caderas y empezó a rozarse contra la punta de su miembro erecto. Comenzó a frotarse arriba y abajo.

–Espera –dijo él, sin saber si hablaba con ella o consigo mismo.

Atinó a abrir un cajón de la mesita de noche. Con manos torpes logró sacar un condón y se lo puso.

En cuanto estuvo protegido, ella volvió a ponerse encima y le absorbió del todo de un golpe. Lucas cerró los ojos al entrar dentro de ella. Su cuerpo le pedía a gritos que empezara a moverse, pero prefirió concederse unos segundos para acomodarse.

Era extraordinario estar dentro de ella. Su miembro palpitaba; podía sentir cómo se estiraba para él. Tentativamente, ella comenzó a moverse adelante y atrás, meneando la pelvis, llevándole más adentro.

Poco a poco, Lucas empezó a moverse en sincronía, cada vez más rápido.

–Lucas –dijo ella con un suspiro–. Yo… ¿Me-me miras? Me gusta cuando me miras.

Él abrió los ojos y contempló su perfección femenina. Su torso parecía bailar al ritmo de una cadencia instintiva. Tenía los pezones de punta. Sus pechos de alabastro capturaban la poca luz que había en la habitación. Echó la cabeza atrás y le aceptó aún más adentro.

Una presión creciente comenzó a propagarse bajo el vientre de Lucas. Tratando de contenerla, la agarró de un muslo, frenándola, amortiguando sus embestidas juguetonas. Pero era inútil. Ella empujaba con fuerza y la tensión le arrastraba al borde del abismo. No podía parar. No podía esperarla… Pero no tuvo que hacerlo. Ella

se rompió en pedazos en ese instante y las ondas de un orgasmo arrebatador la sacudieron de arriba abajo. Alcanzaron el placer más absoluto al unísono.

Con un gemido de satisfacción, Cia se desplomó a un lado. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Lucas y él la agarró con fuerza, absorbiendo hasta la última gota de calor. Seguían unidos.

Cia solo podía ser así con él. Quería apartarse, poner distancia, pero no podía. No tenía energía para hacerlo. Se había demostrado algo a sí mismo, algo que daba un poco de miedo.

No había tenido sexo con una mujer… Le había hecho el amor a su esposa.

Capítulo Nueve

Por la mañana Cia se despertó medio enterrada bajo el peso de Lucas. Sonrió. Logró apartarse sin despertarle y se levantó de la cama. Necesitaba una ducha caliente desesperadamente. Se vistió con rapidez y salió del dormitorio de puntillas.

Cuando llegó al refugio vio que Pamela se había ido para siempre. Las otras mujeres parecían tristes y decepcionadas. Al igual que el día anterior, se había quedado hasta tarde y esa mañana había llegado a las siete, así que decidió marcharse a las tres.

Durante el camino de vuelta a casa, solo hubo un pensamiento en su cabeza.

Lucas. Quería verle lo antes posible. No podía dejar de fantasear con él, sobre esos tres tatuajes que tenía en el torso…

Al llegar a casa se detuvo un momento en la cocina para servirse un vaso de agua. Se la bebió delante del fregadero. Antes de poder tragar el segundo sorbo, le oyó entrar por la puerta. El vaso se le cayó en el fregadero.

–¿Qué haces en casa tan pronto? –le preguntó.

Lucas fue hacia ella. Llevaba un traje oscuro que le encajaba a la perfección. Su expresión era sombría, indescifrable. La tomó en brazos y la besó con hambre, empujándola hacia atrás hasta hacerla golpearse contra el borde de la encimera. Estaba atrapada entre la mesa de granito y unos músculos de acero. Él la devoraba a besos. De repente le metió la mano por dentro de la camisa. Le bajó el sujetador y empezó a masajearle los pechos. Hizo saltar los botones de un tirón. Cuatro segundos más tarde ya la tenía completamente desnuda. Se quitó la chaqueta sin perder tiempo, se deshizo del resto de la ropa y la subió en la encimera.

Cia sintió el frío de la piedra sobre el trasero. Menos de cinco minutos después de haber entrado en la cocina la hizo abrir las piernas y entró en su sexo. Ella se enroscó alrededor de su cintura. Podía sentir su boca en todas partes, caliente e insaciable. Sus embestidas eran potentes, continuas. Punzadas de placer la recorrían por dentro y convergían en un punto único que se hacía cada vez más grande. En cuestión de segundos la llevó al clímax, y ella le arrastró a su vez.

¿Qué había pasado con lo de ir despacio?

Cayeron el uno sobre el otro, jadeantes. Ella apoyó la cabeza sobre el hombro de él.

–Eh, hola –le dijo ella.

–Hola –repitió él.

–¿Qué tal el día?

Él se rio.

–No muy productivo hasta hace diez minutos. Me has tenido distraído todo el día. No desaparezcas mañana por la mañana. Me gustaría despertarme contigo.

–No es culpa mía que duermas tanto. Pon la alarma.

–A lo mejor lo hago –con cuidado se separó de ella y tiró el condón a la basura.

La ayudó a ponerse en pie y recogió la ropa. Se vistió.

–Tengo otro favor que pedirte. Juro que iba a preguntártelo primero, pero tienes que dejar de mirarme así cuando llego.

–Fuiste tú quien me miró primero. ¿Cuál es el favor? ¿Me vas a comprar otro vestido?

Él sonrió de oreja a oreja y le dio un beso en la mano.

–Claro. Pero esta vez tengo intención de quitártelo después.

–O durante… –ella se encogió de hombros y optó por tirar a la basura la camisa rota–. Ya sabes… Si te aburres y ves un ropero por ahí o lo que sea.

Los ojos de Lucas emitieron un destello de luz.

–Vaya, señora Wheeler. Es una oferta muy tentadora. Sin duda la tomaré en consideración. Venga conmigo para ver ese vestido.

Él la tomó de la mano y la condujo al piso superior. Las hadas de la alta costura habían dejado una bolsa colgando de la puerta del armario.

–Por cierto –dijo Lucas–. Cuando me encontré con la empleada, hace un rato, le dije que habíamos tenido un pequeño malentendido respecto a una antigua novia mía, pero que tú decidiste olvidarlo todo sin más. Espero que te parezca bien. Me pareció mejor dar una excusa para justificar el hecho de que no dormíamos juntos. Mejor eso que nada, ¿no?

–Perfecto. Gracias.

El vestido, azul intenso, le hacía juego con los ojos y sin duda superaba al rojo en estilo y entalle. Lucas se apoyó contra la puerta del cuarto de baño y la contempló unos segundos. Su atención la hacía sentir hermosa y deseada, cosas que nunca antes había experimentado.

Cuando llegaron a la gala benéfica de la fundación Calliope, se

vieron rodeados por un pequeño grupo de miembros de la familia Wheeler. Ya conocía a los padres de Lucas, pero no había tenido oportunidad de conocer a sus abuelos hasta ese momento.

Matthew se unió a ellos en mitad de las presentaciones. Saludó con su fría sonrisa de siempre.

Aquel era un evento social en el que el dinero sobraba por todas partes y las oportunidades para hacer el ridículo abundaban. Mientras se abrían camino, mantuvo su mano dentro de la de Lucas. Se reía de sus bromas, les sonreía a los hombres con los que él hablaba y les regalaba halagos a las rutilantes esposas. Pero tenía que haber algo más que pudiera hacer.

–¿Estos son clientes o posibles clientes? –le preguntó a su marido después de unas cuantas rondas de protocolo social.

–Sobre todo posibles. Imagino que ya te has dado cuenta de que nuestra lista de clientes no es muy larga ahora mismo.

–¿Hay alguien que te interese en particular?

–Moore. No ha firmado todavía. Matthew ha invitado a otro posible cliente más. Viene desde Houston. Se llama George Walsh. Tiene pensado ampliar el negocio, y si no me equivoco, acaba de llegar.

–¿Industria?

–Construcción, ladrillo, tuberías, cimientos, esa clase de cosas. Está buscando instalaciones, pero tampoco se opone a construir –sacudió la cabeza y se rio–. Seguro que todo esto no te interesa.

–Pues sí que me interesa. O no te habría preguntado. Preséntame a ese tal Walsh.

Lucas la miró de arriba abajo y asintió. La condujo a donde estaba Matthew, conversando con un hombre de unos cuarenta años.

Tras las presentaciones, Cia se dedicó a evaluar a George Walsh. Llevaba un traje muy mal hecho. Era un hombre de clase trabajadora, con callos en las manos. Llevaba su propia empresa y prefería mancharse las manos en el día a día.

Le preguntó qué quería beber y le hizo señas a un camarero, charlando animadamente.

–Bueno, señor Walsh, háblame del negocio del ladrillo. Es un sector en auge, ¿no? Todo edificio necesita un cimiento sólido.

Al hombre se le iluminó la cara. Habló durante más de diez minutos, le dio un sinfín de razones para establecerse en el norte de Tejas.

–¿Lo he hecho bien? –le susurró a Lucas cuando Matthew se llevó a George Walsh.

En vez de contestar, Lucas la acorraló en un rincón, detrás de una palmera, y la estrechó entre sus brazos.

La besó con desenfreno.

Ella se aferró a sus hombros poderosos y le dejó explorar cada rincón de su boca. Cuando por fin retrocedió, la sonrisa que tenía en los labios la hizo contener el aliento.

–Más que bien. ¿Tienes pensado unirte a la empresa?

–Bueno, me apellido Wheeler –le dijo de broma, pero las palabras sonaron serias.

–Sí. Sí que lo es –la agarró de la barbilla y le dedicó una mirada cargada.

La luz de la sala de fiestas se reflejaba en sus ojos. Se inclinó hacia ella, el mundo se encogió de repente a su alrededor, y entonces le dio un beso. No era un beso de amante. Era un beso de amor.

Cia dejó caer los brazos a ambos lados.

–Tenemos que encontrar ese ropero. Ahora –le susurró sobre los labios.

Eso era todo lo que había entre ellos, todo lo que permitiría. No podía haber ternura, ni afecto, ni temblores de adolescente.

Él arqueó las cejas.

–¿Ahora? Acabamos de… ¿Por qué estoy discutiendo sobre esto? –la agarró de la mano y tiró de ella.

Cia se dejó llevar, casi riéndose. Era divertido verle buscar una habitación vacía con tanto empeño. Más allá de una esquina del largo pasillo del hotel, encontraron una especie de almacén vacío. Nada más entrar, Lucas la acorraló contra la pared y la devoró a besos. Se apretaba contra ella, dándole todo el calor de su cuerpo.

–Condón –susurró ella.

Él lo sacó en menos de cuatro segundos.

Le arrebujó el vestido alrededor de la cintura y un segundo después caían al suelo las braguitas. Lucas la levantó en el aire sin esfuerzo, la apretó contra la puerta y la hizo enroscar las piernas alrededor de su cintura.

En cuanto entró en su sexo, Cia echó atrás la cabeza. Su potente miembro llegaba hasta el fondo y palpitaba en su interior. En cuestión de minutos la llevó al clímax más absoluto.

Cuando volvió a apoyarse en el suelo, miró a su marido a los ojos un instante. Una descarga de algo poderoso pasó entre ellos.

Pero ella siguió fingiendo que no se había dado cuenta.

La luz del sol, cálida y brillante, se colaba por la ventana del despacho de Lucas. Giró la silla y se apartó de ella. Intentó concentrarse una vez más en el contrato de venta que tenía en la pantalla del ordenador.

Moore había firmado, Walsh también… Cia había sido un factor determinante. Las semanas anteriores habían sido las mejores de toda su vida, y las siguientes podían serlo aún más, siempre y cuando la relación se mantuviera en un plano superficial. Cada vez que hacían el amor, los lazos se apretaban un poco más… Pero si lograba ignorarlo todo, entonces sería como si no estuviera pasando.

Matthew llamó a la puerta en ese momento. Tenía la cara blanca, rígida.

–Papá ha llamado. El abuelo está en el hospital. Ha tenido un ataque al corazón. No tiene buen aspecto la cosa. Papá quiere que vayamos y que acompañemos a mamá.

Lucas se sintió como si acabaran de soltarle un ladrillo en el estómago. Se puso en pie.

–¿Qué? No puede ser. El abuelo siempre ha estado muy sano, más que tú y que yo. Me ganó al golf hace un mes.

–Yo conduzco –dijo Matthew. Dio media vuelta y echó a andar sin esperarle.

Lucas metió el portátil en su bolsa y le envió un mensaje a Helena para que cancelara las reuniones de ese día. Una vez subió al coche, le envió otro a Cia.

Durante el camino ninguno de los dos hermanos dijo nada. Nunca hablaban mucho, excepto de trabajo y de béisbol. Cuando estaba Amber, sin embargo, las cosas eran distintas…

Lucas se sentó con su familia en la sala de espera. Envió unos cuantos correos electrónicos desde el teléfono móvil y charló un poco con su madre. Su padre andaba de un lado para otro, gritaba y exigía hablar con un médico. Las noticias resultaron ser malas.

El señor Wheeler abrazó a su esposa con cariño. Ella se echó a llorar sobre su hombro. De repente no parecían sus padres, sino dos personas desconocidas, que se amaban y se apoyaban el uno en el otro.

Matthew estaba junto a la ventana, impasible, como siempre.

La escena transcurrió casi a cámara lenta. Lucas no podía hacerse a la idea de que su abuelo ya no estaba.

Cia irrumpió en la sala en ese preciso instante y corrió directamente hacia Lucas. Él la tomó en brazos.

–Me alegro de que hayas venido. Ha muerto.

–Lo siento. Lo siento mucho –murmuró ella, escondiendo el rostro contra su camisa y deslizando las manos por su espalda.

Permanecieron así durante unos segundos, abrazados, entregados el uno al otro. En un momento dado Lucas apoyó la mejilla sobre la cabeza de Cia y entonces vio a su hermano. Matthew los observaba con atención, de brazos cruzados, con una extraña expresión en el rostro. Echaba de menos a Amber. No había duda.

Soltó a Cia. Ella le agarró de la mano y fue tras él en silencio. Cia le llevó a la casa de sus padres, conduciendo despacio, con cuidado.

Permaneció a su lado toda la noche. Tenía las llaves del coche en el bolso, pero no se marchaba...

En un momento dado Matthew le hizo señas a su hermano para que saliera fuera. Lucas fue hacia la puerta y siguió a su hermano hasta el porche cubierto. Ella estaba en la cocina, sirviéndole algo de beber a su madre.

Matthew sacó un botellín de una pequeña nevera que estaba en un rincón y la abrió con un movimiento ágil. Se sentó en una silla de mimbre y empezó a beber.

Lucas pensó que una cerveza con su hermano tampoco le vendría mal.

Botella en mano, se sentó frente a Matthew.

–Un día largo.

–Vida larga. Se hace más larga cada día.

–Eso es muy triste –Lucas vaciló, pero siguió adelante–. ¿Quieres hablar de ello?

–No. Pero tengo que hacerlo –suspiró–. Primero Amber. Y ahora el abuelo. Estoy cansado. Esta es la gota que colma el vaso. Ya no lo soporto más.

–¿Necesitas unas vacaciones?

–Sí –Matthew se rió con sarcasmo–. Necesito unas vacaciones para descansar de ser yo mismo. El problema es que eso no está incluido en los paquetes turísticos. No sé qué va a hacer falta para volver a encarrilarme, pero sea lo que sea, no lo tengo aquí.

–¿Y dónde está?

Encogiéndose de hombros, Matthew se terminó la cerveza en un tiempo récord.

–No tengo ni idea, pero tengo que buscarlo, así que me voy. No por unos días, sino de forma permanente.

–¿Permanente? –Lucas sacudió la cabeza–. No puedes irte. Tómate un poco de tiempo libre. Has trabajado demasiado, y eso es

mi culpa. Déjame ocuparme de los clientes durante un par de semanas. Vete a hacer senderismo por el Himalaya o tómate unos cuantos margaritas en Belice. Pero tienes que volver.

–No. No tengo que volver. No puedo volver.

–Wheeler Family Partners no es cosa de uno solo. Acabamos de perder al abuelo. Papá lleva varios años en un segundo plano, y ahora va a ser el albacea del abuelo. Solo quedamos nosotros.

–Tú puedes hacerlo todo sin mí. Has cambiado mucho este último año. A lo mejor Lana te hizo ganar algo de sentido común, o a lo mejor empezó a ocurrir mucho antes y yo no me había dado cuenta. Sea como sea, te has convertido en mí. Eres responsable. Te has casado. Siempre pensé que sería yo quien sentaría la cabeza y tendría una familia. Pensé que sería yo quien tendría a la siguiente generación de Wheelers para que tomaran el relevo en WFP. Pero al final no voy a ser yo. Vas a ser tú.

Lucas dejó caer la botella al suelo. El vidrio dio contra el cemento del patio y se rompió en muchos pedazos.

–¿De qué estás hablando? Yo no voy a sentar la cabeza. No hay familia alguna en mi futuro.

–Ya. Que me cuelguen si Cia no se queda embarazada en menos de un mes.

–Eh, tenemos cuidado. Ella no está interesada en tener hijos.

–Sí, bueno, a veces hay accidentes. Y seguro que con todas las veces que lo estáis haciendo… No eres tan sutil como te crees que eres cuando te vas de una reunión de repente y vuelves luego. Estáis locos el uno por el otro. Eso se ve. Saltan chispas entre vosotros.

–Lo siento si te he molestado. Tenemos una relación normal, saludable.

Matthew arqueó las cejas.

–No hay problema... ¿Por qué estás tan a la defensiva? Te estoy diciendo que por fin has puesto los pies en la tierra. Y me alegro por ti. Tengo que admitir que al principio pensé que te habías dado prisa para casarte por lo de Lana, o porque habías dejado embarazada a Cia tras una aventura de una noche. Claramente me equivoqué. Cia te conviene. Es evidente que os queréis mucho.

–Gracias.

–Aunque… Probablemente deberías habértelo pensado mejor antes de casarte con alguien que no quiere niños. ¿La familia no es importante para ti?

–¿No es importante para ti? Eres tú quien habla de abandonar a todo el mundo.

–Solo porque tú puedes ocupar mi lugar. Puedes ser yo y yo puedo ser tú. Yo voy a divertirme y a tener experiencias sin sentido, sin preocuparme por nada más que no sea yo mismo.

–Oye… Eso ha sido un golpe bajo –dijo Lucas.

–Lo siento. Hace seis meses, no habrías parpadeado siquiera al oír un comentario como ese. Es curioso lo que está pasando. No tienes ni idea de lo duro que es para mí pensar en casarme de nuevo, en tener un bebé con alguien que no sea Amber. Hay algo dentro de mí que se ha roto, y ni se puede arreglar. Nunca.

Matthew dejó de hablar al ver aparecer a Cia. Ella le puso una mano en el hombro.

–No quería interrumpir –dijo–. Solo quería ver cómo estabas. ¿Todo bien?

–Muy bien. Gracias, cariño. Gracias.

–Muy bien. Voy a acompañar a tu madre un rato más. Está muy afectada –ella sonrió y le dio un beso en la cabeza.

Era como si fueran una pareja de verdad, para lo bueno y para lo malo.

El presente y el futuro chocaron de repente. Una idea radical acababa de tomar forma en la mente de Lucas. ¿Y si no se divorciaban al final?

Capítulo Diez

Un ruido despertó a Cia en mitad de la noche. Miró el reloj. La una de la mañana… Al meterse en la cama, él la estrechó contra su cuerpo cálido.

–Lo siento. Perdí la noción del tiempo.

–No importa. Te has acostado antes que anoche.

Y antes que la noche anterior, y antes que todas las noches de esa semana.

Habían pasado semanas desde la muerte de su abuelo, y desde la desaparición de Matthew. Lucas estaba tenso, preocupado, pero no decía nada.

Ella se dio la vuelta en sus brazos y se pegó a él, ofreciéndoselo todo en silencio. Él a veces la abrazaba con fuerza y se quedaba dormido, otras veces estaba nervioso y quería hablar… En otras ocasiones, se ponía a ver la televisión.

Pero esa noche le dio un beso apasionado. Deslizó las manos por su espalda y la agarró del trasero. Se coló en los rincones de su cuerpo. Caricias lentas, sensuales, deliciosas… Durante esas noches se susurraban cosas al oído en la oscuridad y se daban placer por medio del tacto.

–Mi amante… –murmuró, y se quedó dormido con los labios apoyados contra la sien de Cia.

A la mañana siguiente Cia se despertó escandalosamente tarde. Todavía seguía acurrucada en los brazos de Lucas, por primera vez en mucho tiempo.

–Mmm… Cariño, esta es la mejor manera de despertarse –murmuró él, sintiendo sus caricias.

–Quédate en la cama mañana por la mañana, y a lo mejor vuelves a tener lo mismo –encendió la televisión y vio el pronóstico del tiempo mientras pensaba en desayunar–. ¿Tienes tiempo para comer algo, o vas a meterte directamente en el trabajo?

–Esta mañana me voy a tomar algo de tiempo para mí. Me lo merezco, ¿no crees?

–Sí. ¿Eso quiere decir que yo voy a ser el desayuno?

Él se rio.

–Sí. Entonces quiero llevarte a un sitio.

No quiso decirle adónde iban hasta haber llegado al lugar. Se

trataba de un edificio medio derruido que estaba a unos cuantos kilómetros de la autopista, en una zona vieja de ciudad, llena de residencias para mayores y centros de día.

–Esto acaba de ponerse en venta –le dijo al tiempo que la ayudaba a bajar del coche.

La llevó al borde del aparcamiento.

–Es un viejo hotel.

Ella le miró y entonces contempló el edificio.

–Lo siento. No te sigo.

–Para el refugio. Se puede reformar y he mirado bien el emplazamiento. No hay problema.

–El refugio… ¿Te refieres a mi refugio? Yo tengo pensado construirlo.

–Lo sé. Esta es otra alternativa, una que cuesta menos dinero. Si ponemos un treinta y cinco por ciento por adelantado, conozco a un par de personas que estarían dispuestas a hablar de financiación.

–¿Financiación? No voy a pedir un préstamo. Es por eso que quiero tener acceso al fondo fiduciario, para poder pagar en metálico. No quiero verme bajo la amenaza de una hipoteca.

Él le agarró la mano.

–Te daré el dinero para el pago por adelantado.

El aire se volvió pesado. Cia sintió una presión en el pecho.

–¿Qué? ¿De qué va todo esto?

–Me has servido de inspiración. Tu compromiso con esas mujeres es extraordinario. Si te ayudo a hacer esto, podrías empezar con el refugio ahora en vez de tener que esperar a tener tu propio dinero una vez nos hayamos divorciado. Podrías salvar a unas cuantas mujeres más.

–Oh, Lucas.

Cia sintió que el corazón se le caía a los pies y se le hacía añicos.

–Te agradezco lo que me estás diciendo. De verdad que te lo agradezco. Pero no puedo conseguir un préstamo, no si hablamos de una suma como esa. Ya te lo dije. Courtney y yo lo intentamos. Nuestro plan de negocios no era viable, y los capitalistas quieren ver beneficios. Pedirte que te casaras conmigo fue el último recurso. Afortunadamente salió bien. Si tenemos un préstamo, siempre existe la posibilidad de que haya que cerrar si las donaciones disminuyen, y no puedo tener esa preocupación constante.

–Muy bien. Entonces nada de préstamos –una extraña luz apareció en su mirada–. Por lo menos piensa en esta posibilidad. El dueño tiene muchas ganas de vender. Con las reformas incluidas, el precio de la compra será un tercio del coste de una nueva

construcción. Podrías ahorrarte millones.

Cia examinó el lugar de nuevo. El hotel estaba apartado, rodeado de una zona boscosa, alejado de todas las zonas de tránsito.

–Sí que me gusta el emplazamiento. El hecho de sentirse seguras es importante para las mujeres que han dado el paso de dejar a los maltratadores. Un sitio apartado como este es ideal. Dime cómo lo ves tú. Lucas empezó a hablar. Su voz la acariciaba. Le habló de muchos aspectos técnicos y le dio detalles concretos que demostraban un riguroso trabajo de investigación previo.

Cia sentía que su mente y su corazón libraban una batalla encarnizada. No había duda. Se había puesto en una situación en la que jamás hubiera querido estar. Dependía de un hombre para sentirse completa y feliz.

Pero eso era inaceptable. Se había casado con Lucas Wheeler para sacar adelante el refugio. Tenían un trato, no un futuro juntos.

Lucas se dio cuenta de que hacía cuatro días que no pasaba tiempo con su esposa fuera de la cama.

Agarró el teléfono.

–¿Puedes cancelar todas mis reuniones a partir de las cinco de hoy?

–Claro. Pero la reunión de las cinco y media es con el señor Moore, y es el único día de esta semana que puede reunirse. La contraoferta fue un desastre, ¿recuerdas?

Lucas lo recordaba muy bien. En otra época le hubiera pasado el problema a Matthew, pero en ese momento todo el peso de la responsabilidad recaía en él.

Echaba de menos a Cia. Apenas tenía tiempo para ella.

–Cancela todo lo demás entonces. Gracias.

Si se saltaba la comida y pedía un par de favores que le debían, podría tener listo un contrato infalible a eso de las cinco y media. Moore podría salir por la puerta a eso de las seis con los documentos bajo el brazo y una sonrisa en los labios. Podía cenar con Cia a las siete.

Le mandó un mensaje a su esposa en el que la invitaba a cenar y la respuesta que obtuvo le sacó una sonrisa que le duraría el resto del día.

Moore aceptó el contrato y salió del despacho a las cinco y cuarenta y cinco, dándole tiempo de sobra para prepararle una cena espectacular a Cia. El patio de la piscina era mucho mejor que cualquier restaurante y el calor del verano todavía no se había

hecho insoportable.

Se sentaron al aire libre e intercambiaron anécdotas del día. La brisa acariciaba el pelo de Cia.

–¿Has pensado lo del hotel? –le preguntó él cuando llegaron al postre.

Los ojos de ella se iluminaron.

–No he pensado en otra cosa. Courtney y yo hemos sacado todas las cuentas de nuevo, y ella está muy entusiasmada. Voy a comprarlo. Fue una gran idea y te agradezco todo el trabajo que has hecho –vaciló un instante y entonces le miró a los ojos–. ¿Sería raro si te pido que seas mi agente aún cuando estemos en mitad de un divorcio?

–Respecto a eso… No puedes esperar a tener el dinero del fondo fiduciario para comprar. Hay otras partes interesadas. Un préstamo del banco está fuera de toda discusión, lo sé, pero yo puedo tener todo el dinero. ¿Lo aceptarías?

Ella se le quedó mirando.

–¿La suma entera, más los costes de las reformas? ¿No solo el treinta y cinco por ciento? Lucas, estamos hablando de millones de dólares. ¿Harías eso por mí?

–No es un préstamo. Es un intercambio.

–¿Intercambio? No tengo nada que valga tanto, excepto mi fondo fiduciario.

–Sí que lo tienes. Tú.

–Ya estamos casados. No es que te veas obligado a hacerme una proposición indecente –dijo ella, soltando una carcajada.

–Siento curiosidad. ¿Qué te parece esta casa?

–¿Pero cómo puedes cambiar de tema tan rápido? –Cia abrió los ojos–. Oh, ¿lo preguntabas en serio? Me encanta esta casa. Será difícil volver a mi diminuto apartamento después de esto. ¿Qué pasa? ¿Es que nos van a echar o algo así?

–Antes de irse, Matthew me la vendió.

–¿Esta es la casa de Matthew? Es curioso que no me lo hayas dicho antes. Pero no me sorprende que la hayas comprado. Es una casa preciosa, y estoy segura de que serás muy feliz en un sitio como este.

–En realidad… –trazó una línea sobre la mano de Cia y puso todas las cartas sobre la mesa–. Me gustaría que fueras feliz aquí también, casada conmigo. A largo plazo.

Cia se atragantó. El sorbo de vino que había tomado acabó en el suelo.

–Eso no ha tenido gracia.

–No era una broma. Somos socios, y nos va muy bien juntos. ¿Por qué vamos a arruinar algo que funciona con un divorcio?

–¿Por qué? ¿Por qué? –la mirada de Cia echaba chispas–. Porque así lo acordamos. Si no pides el divorcio, no puedo acceder a mi dinero, y terminaré con el contrato Manzanares. Ambos tenemos mucho en juego.

–Pero el divorcio no es necesario si te doy el dinero para el refugio.

Ella se puso en pie y golpeó la mesa con las palmas de las manos.

–¿Seguro que tienes una licenciatura en empresariales, Wheeler? Te has olvidado de un pequeño detalle llamado «gastos de mantenimiento». Sin el fondo fiduciario, no tendré ni un centavo una vez abramos las puertas del refugio. Las mujeres tienen que comer. Hay costes de administración, facturas que pagar…

Lucas soltó el aliento.

–¿Y si conseguimos donaciones para esos gastos? ¿Seguirías queriendo el divorcio?

Cia abrió los ojos aún más. Su mirada era de absoluta estupefacción.

–¿Pero qué has estado bebiendo, Wheeler? ¿Estás borracho o qué pasa? Todo el acuerdo se centra en el asunto del divorcio.

Con el pulso acelerado, Lucas se levantó y la acorraló contra la mesa.

Ella alzó los brazos y le puso las manos en el pecho.

No iba a ceder ni un centímetro.

–Cariño –le dijo él, sujetándole la nuca con una mano–. He estado borracho de ti desde el momento en que me dijiste que parecía un muñeco Ken. Relájate un poco. Solo estamos hablando.

Ella estaba tensa, rígida bajo sus dedos.

–Hablando de lo del divorcio… –se acercó, le puso los labios sobre la frente y siguió hasta su oreja–. Bueno, no hay que darle más vueltas. Solo estoy presentando una alternativa posible. No puedes culparme por eso. Cielo, las cosas que me haces son abrumadoras. Sería tonto si no luchara un poco para no perder lo que tengo ahora.

Buscó sus pechos y ella gimió.

–Háblame así un poco más –Cia dejó caer los brazos a los lados al tiempo que él la besaba en el cuello.

–¿Te gusta así? ¿Y así? –echó los platos al suelo de un golpe y la subió a la mesa.

Le arrebujó el vestido a la altura de las caderas. Llevaba unas

braguitas de color rosa.

Él capturó sus labios. La hizo entreabrirlos y probó su sabor a vino.

Cia se arqueó contra él y empezó a frotarse contra su poderosa erección. Él la agarró del trasero y empujó, apretándose contra su sexo.

–¿Lo sientes? Eso es lo que me haces. Quiero estar dentro de ti todos los días, a todas horas. Quiero sentirte desnuda debajo de mí, gimiendo de placer, diciendo mi nombre. Nunca tendré bastante de ti.

Cia temblaba de deseo. Jadeó de nuevo. Su pecho vibró contra el de Lucas. Él le quitó el vestido por la cabeza. Debajo llevaba un conjunto de lencería de color rosa intenso.

Tenía que quitárselo rápido. Necesitaba tocarla.

Agarró el sujetador con la punta del dedo y se lo bajó un poco hasta liberarle los pezones. Tomó uno de ellos en los labios y empezó a chuparla, deslizando la lengua sobre él, mordisqueando y lamiendo. Ella se apretaba contra sus dientes. Él empezó a lamerla con más fuerza. Ella le clavó las uñas en la nuca, instándole a seguir. Lucas sentía cómo palpitaba su miembro erecto, pidiéndole a gritos que se deshiciera de la ropa.

Pero aún no era el momento. Deslizó la lengua por el abdomen de Cia y palpó sus braguitas. Se agachó entre sus piernas y le dio placer en ese lugar.

–¿Te gusta? ¿Te gusta cómo te hago sentir?

Le dio un beso francés justo en el centro de su sexo húmedo y caliente. Ella meneó las caderas, buscando más.

–Sí. Sí.

Estaba tan receptiva, tan excitada… Introdujo los dedos en ella y empezó a lamer su clítoris con suavidad.

–¿Qué necesitas?

Ella gimió, se retorció.

–A ti. A ti, Lucas. Te necesito.

Él se puso en pie de inmediato. Sacó un preservativo en una fracción de segundo.

Su preciosa esposa le observaba con unos ojos oscuros, tormentosos, con la barbilla apoyada en una rodilla y la otra pierna colgando del borde de la mesa.

La besó. Cubrió su boca y su cuerpo a la misma vez, entrando en ella con un gemido gutural. Sin darle tregua, la llevó al borde del éxtasis y se precipitó al abismo con ella.

Más tarde, Cia yacía acurrucada en sus brazos, en la cama.

–El divorcio se va a llevar a cabo. No importa cómo sea el sexo entre nosotros. Te pedí que te casaras conmigo porque eres de los que cierran los tratos y siguen adelante. Deja de tener ideas peregrinas y haz lo que se te da bien hacer.

Lucas la estrechó entre sus brazos. No dijo nada.

Capítulo Once

Cuando sonó el timbre de la puerta, Fran Wheeler era la última persona a la que Cia esperaba ver por la mirilla. Abrió la puerta de par en par y recibió a su suegra con una sonrisa en los labios.

–Señora Wheeler, entre, por favor.

–Siento haberme presentado de forma inesperada –Fran pasó al recibidor y comentó algo sobre la decoración del salón–. Y, por favor, llámame Fran. La formalidad me hace sentir muy mayor.

–Claro, Fran. Me temo que Lucas no está –señaló el sofá–. Siéntate, por favor. ¿Te apetece algo de beber?

–Bueno, en realidad he venido a verte a ti –dijo Fran, ladeando la cabeza con ese estilo tan característico de la alta sociedad de Dallas–. Lucas está con su padre en unas conferencias sobre patrimonio, así me arriesgué a venir porque pensé que estarías sola en casa.

–Pues llegas en buen momento. Me he tomado el día libre hoy. Todavía puedo traerte algo de beber, si quieres.

De repente se oyó una especie de graznido. Fergie no soportaba que alguien mantuviera una conversación sin hacerle caso.

Fran miró hacia el fondo de la casa.

–¿Eso era un pájaro?

–Un loro.

Se oyó otro graznido aún más fuerte.

–Fergie. Fue un regalo de bodas de Lucas.

–Oh –Fran arqueó las cejas, pero no hizo más preguntas.

–Seguramente Fergie quiere conocerte –Cia sacudió la cabeza–. Le gusta estar rodeado de gente. Si no te importa, podemos irnos a la cocina. Se tranquilizará si estamos allí con él.

–Muy bien –Fran siguió a Cia hasta la cocina y fue directamente hacia la jaula del pájaro–. Oh, es precioso. ¿Habla?

–Cuando le apetece. Dile hola. A veces eso funciona.

Cia sirvió dos vasos de té helado.

Fran y Fergie intercambiaron saludos unas cuantas veces, pero finalmente el loro se fue por la tangente. Primero se puso a cantar el himno nacional, y después empezó a decir algo así como «jugar pelota» a todo volumen. Fran parecía encantada.

–Las últimas semanas han sido complicadas y quería darte las

gracias por tu apoyo –dijo Fran, sentándose junto a Cia frente a la mesa de desayuno–. Ha significado mucho para mí que quisieras quedarte con nosotros la tarde en que murió el padre de Andy, y después durante el funeral y… –respiró profundamente–. Bueno, ya sabes. Estabas ahí, así que gracias.

–Oh, eh, no hay nada que agradecer. Sé lo que siente cuando pierdes a un padre o a una madre. Me alegro de haber sido de ayuda.

–Eres la chica perfecta para Lucas. ¿Lo sabías? Andy dice que no habla de otra cosa que no seas tú en el trabajo. Mis chicos lo son todo para mí, y me alegro de que Lucas haya encontrado a alguien que le haga feliz –Fran le agarró la mano–. No empezamos con buen pie porque yo me precipité un poco, pero espero que podamos empezar de cero ahora.

Cia cerró los ojos un instante. ¿Qué se suponía que debía hacer? No solo se acostaba con Lucas. Estaban casados, y las cosas no habían terminado aún. Su abuelo podía llegar a sospechar si Fran llegaba a mencionarle algo… Dallas era una ciudad muy pequeña.

–Fran, la culpa no es tuya. Es mía. Es que no sé muy bien cómo comportarme delante de mi suegra, o delante de una madre, ya que estamos –dijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Fran se suavizó.

–No hay reglas establecidas, cielo. Simplemente sentémonos aquí, nos bebemos este té y charlamos. Eso es todo lo que quiero.

–Eso suena bien. ¿De qué quieres hablar?

–Háblame del refugio. He querido hacerme voluntaria y he estado buscando sitios. ¿Puedo ser de ayuda en algo?

Cia le habló de sus planes y le dio hasta el último detalle. Cuando la acompañó a la puerta, le prometió comer con ella al lunes siguiente.

El vestido verde que Lucas le compró para la gala benéfica del museo de arte de Dallas era su favorito. La fina seda le acariciaba la piel y el cuello transformaba sus pechos pequeños y le daba un escote insinuante. Se había hecho un recogido. Algunos mechones rebeldes le caían alrededor de la cara, dándole un aire… sexy.

Lucas, impresionante con un esmoquin, entró en el cuarto de baño cuando se estaba poniendo las sandalias negras. La besó en el dorso de la mano.

–Señora Wheeler, está arrebatadora –se sacó una cajita plana del bolsillo de la chaqueta. La abrió.

Cia miró dentro y el corazón le dio un vuelco.

Él sacó el collar y la guio hasta el espejo. Se paró detrás de ella y le puso el collar. La pieza se componía de esmeraldas engastadas en una delicada filigrana de platino.

–Me recuerda a ti –le susurró al oído, sin llegar a tocarla–. Un infierno encerrado en un precioso envoltorio. Todas esas aristas han sido pulidas y han revelado un auténtico tesoro. ¿Te gusta?

–No puedo quedármelo –fue a quitárselo, pero él puso su mano encima y la hizo detenerse.

–Sí, sí que puedes. Insisto.

–Es demasiado… Caro. Seguro que todavía tienes el tique. Devuélvelo.

–El artista lo hizo especialmente para ti. No se admiten cambios.

Cia cerró los ojos un instante.

–Esa no es la clase de cosa que haces por una mujer de la que estás a punto de divorciarte. ¿Cómo vamos a hacer ver que estamos pasando por una crisis si me compras joyería por encargo?

–A lo mejor trato de ganarme tu perdón –le dijo, mirándola a los ojos a través del espejo.

–¿Perdón por qué? ¿Por haber tenido una aventura? Tú no harías eso.

–¿Pero cómo sabes de qué soy capaz?

Ella se dio la vuelta. Quería recordarle que había sido él quien la había convencido de que jamás la engañaría. Pero algo en la expresión de su rostro la hizo permanecer callada.

–Porque yo sí que lo sé. Solo alguien con un ego enorme y una buena dosis de egoísmo es capaz de ser infiel de esa manera. Y tú no reúnes las condiciones.

Se miraron durante una eternidad y finalmente fue Lucas quien parpadeó primero. Su expresión se aclaró. Esbozó una sonrisa lenta.

–Así que a lo mejor solo trato de ganarme tu perdón por haberme entregado al trabajo durante las últimas semanas. Y por haberte dejado sola durante días, llorando contra la almohada porque tu marido ya no te hacía caso.

–Eso podría funcionar –dijo ella y entonces dejó escapar un grito.

Él acababa de acorralarla contra el tocador y deslizaba las yemas de los dedos por su pierna.

–Ha pasado tanto tiempo. ¿Tienes ganas de mis caricias? ¿Así? –la agarró del trasero y metió los dedos por dentro de las braguitas.

Los introdujo en su sexo húmedo rápidamente. Ella contuvo el aliento.

–Tenemos que irnos, o llegaremos tarde –atinó a decir, frotándose contra su mano–. Lo posponemos. Tú, yo y el ropero. A las nueve. Fingiremos que es la primera vez que conectamos en mucho tiempo.

Con los ojos llenos de fuego, Lucas le tiró de las braguitas y las dejó caer al suelo.

–¿Y si conectamos ahora mismo y me encuentro contigo en el ropero? Pero solo si llegas a las ocho y media y dejas la lencería en casa.

Cia no pudo resistirse más. En cuestión de segundos, él estaba dentro de ella, dándole placer. Se aferró a él. Enroscó las piernas alrededor de su cintura y se abandonó al frenesí de la pasión. Después de todo no había podido evitarlo. Él se había llevado un pedazo de su corazón. Cuando le hacía el amor, olvidaba todo lo demás.

Lucas empujaba lentamente, observándola con una expresión grave, intensa.

¿Y si no se divorciaban después de todo?

Llegaron a la gala benéfica veinte minutos tarde. Se convirtieron en el centro de atención nada más entrar por la puerta.

–¿Qué están mirando? –susurró ella.

–A lo mejor saben que no llevas bragas.

Cia le dio un golpecito en el brazo con el bolso de fiesta.

–A lo mejor saben que las llevas guardadas en el bolsillo.

De repente se toparon con la madre de Lucas. Estaba justo delante de ellos. La sonrisa de Cia se desvaneció. Una ola de calor inundó sus mejillas.

–Me alegro de verla, señora Wheeler. Lo siento, Fran. Debería ser fácil de recordar, pero… A mí tampoco me gusta que me llamen señora Wheeler. Me hace sentir como una impostora.

¿De dónde habían salido esas palabras? Apretó los labios con fuerza.

Fran parecía haberse sonrojado, pero su comentario aligeró la situación.

–No te preocupes. Yo pasé todo un año sin responder cuando me llamaban así cuando me casé con Andy. Es un cambio muy grande de identidad. Ya verás cuando tengas niños y empiecen a llamarte mamá.

Otra pareja se unió a ellos y Cia se vio inmersa en las presentaciones. El comentario de Fran, no obstante, no pasó

inadvertido.

Un bebé de Lucas…

Era mejor no tener hijos. Era la única forma de evitar sufrimientos innecesarios. Ahuyentó las ideas peregrinas y se concentró en el presente. Los amigos de Fran se dirigían a la pista de baile. La mujer sostenía una tarjeta de Lucas. En breve apareció otra pareja que buscaba un agente inmobiliario.

–Esta es mi esposa, Cia Wheeler –dijo Lucas.

–Robert Graves –dijo el hombre, y le estrechó la mano a Cia–. Antes eras Allende, ¿no?

–Sí. Benicio Allende es mi abuelo.

Los ojos de Robert se llenaron de comprensión.

–Eso me pareció. Mi empresa se ocupa de la publicidad de Manzanares. Estamos que no paramos.

–Oh –dijo Cia. La exclamación era más bien una pregunta.

Siempre le resultaba sorprendente ver cómo se esforzaba la gente por dejar caer el apellido de su abuelo. Nunca dejaban pasar la oportunidad de hacerse notar ante un miembro de la familia Allende, y Robert Graves no era ninguna excepción. Le dio una buena charla acerca de los negocios y operaciones de su abuelo y no tardó mucho en decir claramente que estaba interesado en hacer negocios con Lucas.

Era evidente que su vínculo con la familia Wheeler había sido un factor determinante. Su presencia le aportaba estabilidad a Lucas. Ella era la tierra firme en la que podía apoyarse.

En cuanto los Graves se alejaron, Fran le hizo señas a un camarero. Andy Wheeler se unió al grupo justo a tiempo para tomar una copa de champán de la bandeja.

–Un brindis –dijo Lucas, levantando la suya–. Por todos estos cambios y por los que están por llegar.

Cia levantó su copa y bebió un buen sorbo.

–Oh, estás bebiendo –dijo Fran, visiblemente decepcionada–. Supongo que todavía no sabéis nada.

Lucas le dedicó una sonrisa radiante a su esposa.

–Serás la segunda en saberlo, mamá.

–¿Por qué me siento como si estuvierais hablando en un código secreto? –le susurró Cia a Lucas.

–A lo mejor mencioné de manera accidental que estamos intentando quedarnos embarazados. No te preocupes. Solo es de cara a la galería.

–¿De cara a la galería? –dijo Cia a un volumen normal–. ¿Pero qué clase de cara a la galería es esa?

–Disculpadnos un momento, por favor –le dijo Lucas a sus padres, y se la llevó a un rincón discreto.

–¿Embarazada? ¿En serio? –dijo Cia, perpleja–. No me extraña que tu madre se haya pasado por casa y me haya dado conversación sobre todo eso de la identidad y que te llamen mamá.

–Bueno, ya veo que no tengo que preguntarte qué te parece la idea –le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–No tiene importancia. No tenemos un matrimonio de esos que quieren quedarse embarazados y nunca lo tendremos. ¿Te lo repito? –le clavó un dedo en las costillas–. ¿Por qué les dijiste algo tan absurdo a tus padres? No necesitamos más exhibiciones de cara a la galería. De hecho, ya nos tiene que dar igual la galería.

–Dado que en este momento varias personas nos están viendo discutir, me da la sensación de que la galería se está derrumbando rápidamente. Cálmate un poco, cielo. Matthew se ha ido. Yo soy el único Wheeler que tiene oportunidad de perpetuar la dinastía.

Cia tragó en seco.

–¿Entonces se supone que yo voy a ser la fábrica de hijos para el clan Wheeler? ¿Es esa la idea?

–Me pregunto por qué estás armando un lío tan grande ante la idea de tener hijos cuando ya me has dejado bien claro que nos vamos a divorciar –la taladró con la mirada–. Mi madre se quedó muy afectada cuando Matthew se marchó, y yo le dije que estábamos intentando tener un niño para suavizarle un poco el golpe. No es que tenga un plan malvado y que vaya a empezar a hacerle agujeros a los condones, ¿de acuerdo?

–Podríamos haber acordado una historia común. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Lucas miró el reloj.

–Se me pasó. Casi son las ocho y media. Te echo una carrera hasta el ropero.

Cia se cruzó de brazos.

–Son las siete y cuarto, Wheeler. ¿Qué pasa contigo? Querías ver mi reacción en un lugar donde no podía arrancarte la piel a tiras. ¿No es así?

Un destello de culpa cruzó la mirada de Lucas. Ella tenía razón. Lo del matrimonio a largo plazo parecía una broma de repente. Cia dio media vuelta.

Quince minutos más tarde, Cia oyó una conversación entre cuatro millonarios de mediana edad. Estaban hablando del refugio con entusiasmo.

–Una exposición excelente para los donantes –decía uno.

Otro asintió.

¿Donantes? A lo mejor había entendido mal la primera parte de la conversación. Quizás no estaban hablando del emplazamiento del hotel, o del refugio. No podían tratarse de eso. Le había dejado muy claro a Lucas que no quería depender de donaciones para sacar adelante el lugar.

–Cualquier vínculo profesional con Allende es una mina de oro –dijo el tercer individuo–. ¿Cómo no ibas a querer subirte al carro después de ese bajón de ventas de Wheeler? La propiedad está en muy buenas condiciones. La mayor parte de las reformas van a ser cosméticas, y el contrato ya está sobre la mesa de mi abogado.

¿La propiedad? ¿Lucas había llevado a gente a ver el lugar?

–Lo de la violencia de género es un asunto un poco, rústico, digamos, ¿no? –sugirió el cuarto, riéndose–. Pero la comunidad hispana constituye una franja demográfica que merece la pena tantear desde una perspectiva caritativa. Reforzará mi candidatura a la alcaldía. Esa es la clase de cosa que los votantes quieren ver en el currículum.

Cia se sintió como si acabaran de quemarle el estómago con ácido. No había oído mal. Lucas había puesto en marcha los trámites sin ella, sin su permiso y sin su conocimiento. Había revelado la localización, lo cual estropeaba todo el proyecto.

¿Qué más había hecho? ¿Le había presentado una alternativa al divorcio o un trato que ya estaba hecho? ¿Por qué le había regalado el collar? ¿Por qué se tenía que disculpar?

Capítulo Doce

Lucas y Cia llevaban unos veinte minutos en casa, pero ella seguía sin decir nada. En el coche, le había echado un buen rapapolvo a raíz de una conversación que había oído fuera de contexto.

–No sabía que iban a exagerar tanto –le dijo él, echándose hacia el borde de la cama.

Ella estaba en el centro, hecha un ovillo, inmóvil.

Volvió a intentarlo.

–Háblame. Grítame si quieres. Me da igual, siempre y cuando no sigas torturándome con ese silencio. Todo ha sido un gran malentendido. Puedo arreglarlo.

–¿Arreglarlo? –ella se incorporó–. Ya has arreglado bastante cosas hoy, Maquiavelo. Estoy cansada. Vete y duerme en otro sitio.

–Vaya. ¿Estoy en un lío tan grande? –sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa–. La he fastidiado. No debería haber llevado gente al sitio. Buscaré otro emplazamiento si ese ya no sirve. No merece la pena enfadarse tanto.

–¿Parezco enfadada? –le clavó la mirada.

–No. ¿Eso quiere decir que me has perdonado ya?

Ella se tocó la frente y se dio un pequeño masaje con los dedos.

–Verdaderamente no lo entiendes, ¿no?

–Sí, lo entiendo. Estás molesta porque intenté buscar patrocinadores para el refugio, y ahora el emplazamiento está comprometido. Me dedico al negocio inmobiliario. Buscaré otro lugar mejor.

–Seguro que sí –Cia volvió a tumbarse y se tapó la cara con un brazo.

–Cia.

Esperó a que ella le mirara, asomándose por debajo del codo–. Debería haber hablado contigo antes de hablar de dinero con la gente. Lo siento. Hagamos las paces, por favor.

–No. Nada de eso. No se trata solo del refugio. Se trata de ti. Intentas tomar las riendas por tu cuenta. Dices que tengo elección, pero solo si es una elección que tú apruebas. Ya no pienso hacer esto más. Por la mañana, vuelvo a mi apartamento.

–¿Qué? No puedes hacer eso. Tenemos un trato.

Ella se quitó el brazo de la cara. Dejó escapar una risotada amarga.

–Oh, eso tiene gracia. Tenemos un trato cuando te conviene a ti. En otras circunstancias, no haces más que intentar modificar el acuerdo, presentas alternativas, tratas de darme dinero, hablas de bebés con tu madre y me convences para que piense que realmente me comprendes. Solo se trata del trato, ¿no? Siempre y cuando sea el mejor trato para ti. ¿Pero qué pasa con lo que yo quiero?

Lucas masculló un juramento. Algunas cosas de las que decía podían ser válidas si se miraban desde otra óptica, pero su perspectiva estaba equivocada. Las condiciones del trato eran beneficiosas para todos.

–¿Qué quieres?

–¡El divorcio! Lo que he querido desde el primer día. No entiendo en qué momento empezaste a tener problemas para comprenderlo.

–No tengo problemas para comprenderlo.

Lucas no quería perder el control de la discusión. Ella le necesitaba y tenía que hacérselo ver.

–Sé que es eso lo que crees que quieres. Pero no lo es.

–Oh, bueno, entonces todo está muy claro. ¿Eres consciente de que no haces más que darle vueltas al mismo tema? ¿O es que lo haces a propósito, para confundir al oponente?

–Te voy a dejar las cosas claras. Estamos bien juntos. Lo pasamos bien y me gusta estar contigo. Eres fascinante, deslumbrante y me inspiras, en la cama y fuera de ella. En la cama… Eres increíble. No tienes comparación. Ya te lo he dicho otras veces, así que no estoy dando ningún rodeo. ¿Por qué no ves que un divorcio no es lo que quieres?

–¿Pero te estás oyendo? Todo el argumento gira en torno al hecho de que tú no necesitas un divorcio. Mis necesidades te son totalmente ajenas. Y te has pasado los últimos meses haciéndome creer lo contrario, con esos vestidos, fingiendo interés en el refugio porque querías ayudarme.

–Sí que quiero ayudarte. ¿Estás furiosa porque el arreglo fue mutuamente beneficioso? Eso es lo que hizo que el acuerdo original resultara tan atractivo. Los dos sacábamos algo. ¿Por qué sería tan malo continuar con esa pauta?

–¡No son más que mentiras! Matthew se fue y ahora estás desesperado por conseguir una esposa que te dé un hijo. Eres demasiado perezoso para salir a buscar una, así que has pensado:

oye, ya tengo una esposa. Voy a seguir con ella.

–Tengo la sensación de que cualquier cosa que diga en este punto te va a parecer mal.

–Bueno, ahora sí que empiezas a entender. No hay defensa posible para todo lo que has hecho, y mucho menos para lo que has hecho con el refugio. Si un maltratador encuentra el refugio, puede llegar a matar a su mujer. ¿Te das cuenta de lo absurda que es esa actitud caballerosa tuya? ¿Tienes idea de cómo me hiciste sentir cuando me di cuenta de que esos hombres estaban hablando del refugio?

–Lo siento. Entiendo lo importante que es la discreción en este caso. Fue un error. Pero mi oferta de buscar otro lugar sigue en pie.

–Qué generoso eres –dijo Cia con una sonrisa mordaz–. No soy estúpida, Wheeler. Ahora me tienes toda emocionada y un momento después… Oh, no. Tráete a toda la flor y nata de Dallas, para que sepan dónde está el refugio. ¡Oh! Has saboteado el emplazamiento, y lo hiciste con la idea de ganar tiempo para convencerme de que no siguiera adelante con lo del divorcio. Además, a lo mejor me quedaba embarazada de manera accidental durante todo el proceso.

–Puede que haya comprometido el emplazamiento, pero desde luego no era mi…

–Traicionada. Así fue cómo me sentí mientras escuchaba a esos hombres.

–Tampoco hay que ponerse tan dramático, ¿no crees?

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

–¿Dramática? ¡Me has roto el corazón, Lucas!

–¿Qué?

Ella se secó la lágrima, pero otras cayeron rápidamente.

–Y también me has sorprendido.

–Vaya. ¿Pero qué me estás diciendo?

–Lo mismo que he estado diciendo hasta ahora. Como tienes que solicitar el divorcio, yo no tengo poder en este asunto. Por tanto, me voy, y tengo que confiar en que finalmente encontrarás a otra madre potencial para tu descendencia, y en ese momento conseguiré mi divorcio. ¿Te ha quedado lo bastante claro?

–No. Espera un momento. Ahora eres tú quien está dándole vueltas a lo mismo. Te he hecho daño. ¿Cómo ha pasado eso?

–Porque soy una idiota. Tenía expectativas de ti que no podías cumplir. No eres el hombre que yo pensaba que eras.

–Espera un momento. ¿Qué es lo que esperabas?

–Esperaba que fueras sincero, y que no escondieras tus

verdaderas intenciones. Dios, ¿cómo he podido ser tan ingenua? Me metí en la trampa yo sola, con los ojos bien abiertos, convencida de que no perdería el corazón por el camino. Tú dabas y dabas, y yo nunca supe ver de qué se trataba en realidad. Era un intercambio… Burlaste la guardia, pero tenías pensado cobrármela desde el principio. Me traicionaste, no una, sino dos veces, con esas alternativas, con los patrocinadores. No vas a tener otra oportunidad para fastidiarme.

–Basta –dijo él por fin. Finalmente le había hecho perder los estribos–. He oído todo ese discurso retorcido, y déjame decirte que me impresiona tu capacidad para manipular los hechos y convertirlos en otra cosa. Pero ahora me toca a mí. ¿Estás enamorada de mí?

–Eso es irrelevante.

Él le sujetó la barbilla y la atravesó con esos ojos azules. Temerosa de dejarle ver demasiado, Cia se apartó con brusquedad y escondió el rostro contra la almohada.

–Para mí no es irrelevante. Me gustaría saber qué te pasa de verdad.

–¿Por qué?

–Porque me preocupo por ti.

Ella se volvió hacia él.

–Tienes una forma muy curiosa de demostrarlo.

–¿En serio? Yo podría argumentar exactamente lo contrario.

–Puedes discutir sobre ello todo el día, pero te equivocarías. Te gusta cuidar de mí. Eso es distinto a preocuparse por alguien.

Él dejó escapar una risotada sarcástica.

–A lo mejor deberíamos empezar de nuevo esta conversación. Lo de comunicarnos no se nos da muy bien.

–Y es por eso que hemos terminado con esa parte de nuestra relación.

Él suspiró.

–Mira, he metido la pata. Pero estoy aquí, hablando contigo, tratando de arreglarlo. Y todavía no me has contestado a la pregunta. ¿Estás enamorada de mí?

–¡Deja de preguntarme! –exclamó ella–. Solo es un cariño por el hombre con el que comparto cama porque es extraordinario en ella, ¿de acuerdo? Tú no estás enamorado de mí. Y yo necesito un divorcio, y no un puñado de complicaciones.

–Las complicaciones son desafíos pendientes –dijo él. La tensión que le atenazaba se disipó de repente.

Ella también se relajó.

–No me apetece tener más complicaciones o desafíos. Gracias. ¿Podemos ir al grano? –se incorporó y le hizo frente–. ¿Vas a pedir el divorcio o no?

Él le sostuvo la mirada sin parpadear, sin revelarle ni un solo pensamiento.

–No.

Ella cerró los ojos.

–No puedes hacerme esto, Lucas Wheeler.

–¿Que no puedo hacer qué? ¿Darte lo que realmente quieres en vez de acceder a un divorcio del que te vas a arrepentir? Eres una mujer hermosa, vibrante, y sin embargo tienes pensado marchitarte sola durante el resto de tu vida. Eso no está bien –deslizó una mano por su cabello y dejó que se le escurriera entre los dedos–. Cia, te ofrezco una sociedad a largo plazo, con ventajas para ambos. Ya sabemos que nos gustamos mucho. El sexo es genial entre nosotros. Ya encontraremos la forma de construir el refugio sin el dinero del fondo fiduciario. Juntos, somos imparables. ¿Por qué no puedes pensarlo siquiera?

–Porque no es suficiente. Hay una razón por la que me voy a quedar sola durante el resto de mi vida. No sé cómo tener una relación a largo plazo.

Él quiso decir algo, pero ella le interrumpió.

–Y tú tampoco. El sexo no basta. Que nos gustemos no basta…

Lucas se frotó la nuca.

–Fantástico. Lo único que sé es que no quiero que termine lo que tenemos ahora –la agarró de los hombros con cuidado.

La ternura que había en sus ojos hizo vacilar a Cia.

–Y sé que tú necesitas lo que yo aporto a esta relación. Me necesitas.

–No –dijo ella, mirándole fijamente. Su corazón acababa de romperse de nuevo–. La necesidad es peligrosa. Crea una dependencia, una adicción. De repente, ya no puedes vivir sin aquello que deseas. ¿Pero qué pasa cuando ya no está? No necesito ese egoísmo que me quieres vender bajo la etiqueta de una sociedad profesional. No necesito a alguien que no me entienda. No te necesito, Lucas Wheeler. Déjame ir.

El rostro de Lucas reflejó dolor de repente.

–Sí… De acuerdo. Será mejor así.

Se levantó de la cama y fue a sacar algo de ropa del vestidor.

Mientras tanto, Cia no dejaba de retorcerse los anillos. Se los quitó y los colocó sobre la mesita de noche. La luz le quemaba los

ojos. Apagó la lámpara y contempló los anillos, invisibles en la oscuridad, hasta que se vio obligada a parpadear.

Lucas se detuvo en la puerta del dormitorio.

–Te ayudaré a hacer las maletas por la mañana –le dijo, sin darse la vuelta–. Será mejor que nos separemos ahora para que el divorcio no sorprenda tanto.

Se volvió un momento, buscó su mirada.

–¿Podría haberte ofrecido algo para que volvieras a pensarte lo del divorcio?

Cia sintió un nudo en la garganta. Si trataba de hablar, se echaría a llorar.

No contestó. Él asintió y siguió su camino.

–Podrías haberme ofrecido tu amor –susurró ella en la oscuridad.

Capítulo Trece

Los papeles del divorcio estaban en el escritorio de Lucas. Llevaban ahí más de una semana. La firma de Cia estaba en la última página, donde no podía verla. Solo faltaba su propia firma.

Lucas gruñó y apoyó la cabeza en las palmas de las manos, ignorando el documento que tenía en la pantalla del ordenador.

Lo peor era tratar de dormir solo después de haberse acostumbrado a tenerla en sus brazos, noche tras noche. No importaba cuántas veces lavaran las sábanas. Ese aroma sutil a lima y coco seguía impregnándolo todo.

Estaba equivocado. Ella no le necesitaba. ¿Qué podía hacer? No tenía lugar en su vida, por muy duro que fuera de aceptar.

Por lo menos podía entregarse al trabajo dieciocho horas al día, sin distracciones. Nadie le esperaba en casa.

Todas esas reuniones a puerta cerrada con Matthew estaban dando sus frutos. Había nuevos clientes que estaban interesados en hacer negocios con Wheeler Family Partners. Los contratos se le salían del maletín. Lo de Manzanares era la guinda de la tarta. El éxito y el reconocimiento habían llegado por fin. Era eso en lo que debía pensar, pero no era capaz.

Tenía que salir de allí, dar un paseo o conducir un rato para aclararse la cabeza. Cuando volviera firmaría los papeles y se los enviaría al abogado para que los llevara al juzgado. Quedaría libre rápidamente. Se quitaría de encima ese dolor que le corroía por dentro y podría perseguir… otra meta, cualquier cosa… El mundo estaba ahí fuera, esperándole.

Pero no había nada que le interesara, nada en absoluto. Tocó la cajita que tenía en el bolsillo, la cajita que contenía los anillos de Cia. Era hora de sacarlos de ahí, pero siempre que pensaba en deshacerse de ellos, le temblaba el pulso.

Cuando rodeó la esquina que daba acceso al área de recepción, Helena le dedicó una sonrisa que hablaba por sí sola.

Había alguien esperándole, y no era un cliente. El estómago le dio un vuelco. Un sudor frío le surcó la frente.

Hizo todo lo posible por esbozar una sonrisa y se preparó para recibir el embate de ese huracán llamado Cia Allende.

–Lana. Vaya sorpresa.

–Tal y como tenía que ser. Hola, Lucas.

Lana se puso en pie, balanceándose sobre sus tacones de aguja y vestida con un carísimo traje de firma.

–¿Pasa algo?

Ella miró a Helena un instante.

–¿Te puedo invitar a un café?

–El café de Helena es mejor que el de cualquier cafetería. Tengo solo unos minutos. Vamos a la sala de reuniones.

Lana le siguió hasta la sala de reuniones que estaba enfrente del mostrador de recepción. Tenía puertas de cristal.

Helena entró con dos tazas de café y las colocó sobre la mesa, junto con unas galletas y azucarillos. Lucas esperó a que Lana se sentara y entonces se sentó frente a ella.

–¿Qué puedo hacer por ti?

Ella se tomó su tiempo para mover el café y entonces levantó la vista.

–He venido a disculparme.

–¿Por qué? –le preguntó Lucas, frunciendo el ceño.

–Por todo. Estaba sola. Cansada. Tenía ganas de aventuras. Di lo que quieras. Mi psiquiatra estaría de acuerdo con cualquiera de las opciones. No te estoy pidiendo que entiendas por qué lo hice. Solo quiero que creas que siento haberte hecho daño.

–No me hiciste daño –él se rio. Por desgracia, su risa sonaba forzada–. Me mentiste. Me utilizaste. Y entonces me echaste a tu marido encima para que finiquitara lo que tú habías empezado. Eso fue lo que no pude perdonar.

Respiró profundamente.

Ella bebió un sorbo de café y parpadeó.

–Estoy aquí para disculparme por eso también. Y para decirte la verdad. No te eché a mi marido encima para que fuera a por ti. Todos los rumores y los problemas que tuvo tu negocio… fueron cosa mía. No fue Henry.

–¿Qué?

–Henry cumple cincuenta y ocho años en diciembre. No tenía ilusión de enamorarme cuando me casé, ni él tampoco. Cuando le hablé de ti, me dio una palmadita en la mano y me dijo que era más barato que un divorcio y volvió al trabajo. Yo le hice parecer un marido celoso porque quería hacerte creer que era valiosa para él.

–¿Por qué?

–Porque eres impasible, Lucas. Emocionalmente. ¿No sientes nada? Quería que me quisieras, y no lo hiciste. Pensé que a lo mejor si creías que él me amaba, verías algo deseable en mí también. Pero

no funcionó. Yo terminé con el corazón roto, destrozada, porque para ti solo era diversión y juego.

–Fue divertido –le recordó él con dureza–. Podría haber sido algo más al final. Por lo menos, yo pensé que podía serlo.

La sonrisa de Lana se tiñó de tristeza.

–Podría haberlo sido. A lo mejor. Al final. Así son las cosas contigo. No hay compromiso, así que me fui. Traté de arruinarte. Y tú, en cambio, te enamoraste de otra persona, echaste por tierra todos mis esfuerzos para destruirte y fuiste feliz sin mí –se detuvo, visiblemente afectada.

Lucas estuvo a punto de decir que no, pero la palabra nunca llegó a formarse.

No era feliz en realidad. El resto de cosas eran ciertas, no obstante. Estaba enamorado de Cia, y la necesitaba. Ella sacaba lo mejor de él. Le desafiaba y le hacía sentir vivo.

Ella tosió y se llevó un dedo al lagrimal.

–Lo siento. Ya no voy a molestarte más. Ahora estoy en un sitio donde puedo ser feliz por ti.

–Muy bien –Lucas se puso en pie con rapidez–. Gracias por venir. No tenías por qué hacerlo, y te lo agradezco.

Sorprendido, ella levantó la mirada.

–¿Ya me estás echando? Supongo que no puedo culparte. Buena suerte, Lucas. Te mereces una vida mejor de lo que yo podría haberte dado.

Algo le pasaba a Fergie. Cia lo había intentado todo, pero el pájaro no quería comer. Todas las mañanas iba a verle corriendo, temerosa de encontrárselo con las patas para arriba, tieso como un palo.

–Tienes que comer alguna vez –le dijo.

Ella tampoco tenía apetito. Después de pasar tiempo cocinando en la cocina de Amber, la de su apartamento ya no era lo mismo.

–Lo intentaremos de nuevo mañana.

A las nueve menos cuarto, se fue a la cama. Seguramente tardaría mucho en quedarse dormida. De repente oyó que llamaban a la puerta. Mascullando una protesta, se puso la bata y fue a abrir. Cuando miró por la mirilla, el pulso se le aceleró.

Lucas tenía un montón de papeles en la mano. El divorcio. ¿Se los llevaba personalmente, tan tarde?

Con las manos temblorosas, quitó el cerrojo y abrió la puerta de par en par.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Hola –Lucas la miró a los ojos.

Tenía ojeras y las líneas de fatiga empezaban a asomar en su frente. Cia apretó los dientes. Tenía que dejar de preocuparse.

–Entra, antes de que entren todos los mosquitos de la ciudad –retrocedió y le dejó el paso libre.

De repente se oyó un graznido. Lucas se detuvo de golpe. Fergie empezó a mover las alas y a correr por uno de los palitos de madera que estaban anclados encima de su jaula.

–Lucas, Lucas, Lucas.

Cia miró al loro, atónita.

–No sabía que podía decir eso.

–Le llevó bastante tiempo –Lucas sonrió y sus ojos se iluminaron–. Hemos estado trabajando en ello.

Cia suspiró. Señaló el sofá.

–Siéntate.

–¿No te sientas conmigo? –le preguntó él, sentándose en el enorme sofá blanco.

–Prefiero quedarme de pie. Gracias. Además, no te vas a quedar mucho tiempo. ¿Me vas a dejar los papeles?

–Digamos que sí. Pero primero, me gustaría decirte algo. Ya sabes que mi tatarabuelo fundó Wheeler Family Partners en el siglo XIX, ¿no?

Ella asintió.

–Entonces, no había muchos edificios. Casi todo estaba sin urbanizar… Eso lo llevo en la sangre. Pensaba que el negocio inmobiliario se trataba de cerrar tratos sobre el papel, firmarlos, archivarlos e ir a por el siguiente. Pero ya no soy esa persona. Ahora estoy en un negocio en el que me he asociado con alguien para construir algo real, algo permanente. Es por eso que conseguí sacar adelante la empresa sin Matthew. No fue porque tuviera suerte, o porque trabajara duro. Me enamoré de alguien que me desafiaba a ser mejor persona, alguien que me enseñó cuál es el valor de un compromiso auténtico.

–¿Has venido a traerme los papeles del divorcio y a decirme que has decidido que estás enamorado de mí?

Lucas se levantó rápidamente. Tenía los ojos brillantes, encendidos. Estaba furioso.

–He venido a traerte los papeles del divorcio –se los mostró.

De repente Cia vio una chispa en la otra mano de Lucas, una luz intensa. Las llamas se propagaron con rapidez. Un segundo más

tarde, los papeles ardían. El papel se consumía sin tregua… Lucas apagó el fuego antes de que le llegara a los dedos. Tiró los pedazos calcinados sobre la mesa. Cia vio un destello en su dedo anular. Todavía llevaba la alianza.

–¿Por qué has hecho eso? Tengo una copia en la habitación, y no te vas a ir hasta que la firmes.

–No me voy a divorciar de ti. Punto –respiró hondo–. Cia, escúchame un momento. Lo he hecho todo mal. Lo siento. Te quité lo que más te importaba e infravaloré tus metas de cara al refugio. Trataba de forzarte a que me necesitaras. Fui demasiado estúpido para darme cuenta de que lo había hecho todo excepto la única cosa que tú realmente querías.

–Oh, ¿y qué es eso? –preguntó ella. Tenía lágrimas en los ojos. Le abrasaban la garganta.

–Me enseñaste tu corazón y entonces me lo arrebataste tan rápido que casi no lo vi. No le das oportunidad a un hombre para que piense qué puede hacer con ese regalo, y siento que me haya llevado tanto tiempo averiguarlo –avanzó hacia ella–. Quieres que alguien te quiera. Quieres que yo te quiera.

Cia sintió que los pulmones se le contraían. Le estaba hablando con el corazón en la mano. De repente se dio cuenta de que él siempre le había hablado así. Siempre la había mirado así.

Se detuvo frente a ella. Ya no podía avanzar más… La tomó en sus brazos.

–Cariño… –le susurró al oído–. Déjame quererte.

Ella cerró los ojos y aspiró su aroma.

–No es eso lo que quiero –dijo, apartándose.

–Deja de fingir. Tienes tanto miedo que, o bien finges o luchas contra ello, como si eso te fuera a proteger del daño. Nada te va a proteger. Pero estar solo hace daño de otra manera –la atravesó con la mirada.

–Tengo miedo.

De pronto Cia se dio cuenta de que había hablado en alto.

–Lo sé. Lo sé todo sobre el miedo. ¿Crees que fue fácil para mí venir aquí con las manos vacías? Cuando las joyas y el sexo están incluidos en el pack, hay más garantías de éxito. Pero tengo la esperanza de que te baste conmigo, porque no puedo vivir sin ti.

–Querías que te necesitara. ¿Pero ya no es así?

–Sí. Quería que me necesitaras, y me dije a mí mismo que mi parte del trato consistía en satisfacer tus necesidades. Una mentira absoluta. Solo quería ahorrarme el trabajo. No quería invertir esfuerzo emocional. Y lo peor es que, ya estaba implicado a fondo,

pero no era capaz de decir lo mucho que te necesitaba. Tienes razón. La necesidad es peligrosa –inclinó la cabeza con deferencia–. No puedo sobrevivir sin ti. Soy adicto a ti sin remedio. Y te quiero demasiado como para dejarte ir.

Esas palabras tan sinceras la atravesaron de un lado a otro, rompiendo las barreras que había puesto en pie.

–¿Y cómo sé que esto no se va a esfumar de un día para otro?

–No tengo una bola de cristal. Lo único que tengo es el presente –abrió las manos, levantó las palmas–. ¿Puedes perdonarme?

Ella cerró los ojos.

–Esto es mucho para asimilarlo de golpe. Sin el divorcio, no consigo mi dinero. ¿Cómo puedo vivir así?

–¿Y cómo vas a vivir contigo misma si consigues el dinero? No querrás ser esclava de una dependencia, y sin embargo estás dispuesta a ser esclava de tu abuelo.

Cia se encogió por dentro.

–¿De qué estás hablando?

–Dependes de tu abuelo y de su dinero. Solo así tienes algo de control sobre una vida que no se puede controlar –dio un paso adelante y la acorraló contra la pared–. Voy a hacer todo lo posible por conseguir lo que quiero, y te quiero a ti, Cia. Te reto a que te arriesgues con lo nuestro. Te reto a que mires a tu abuelo a los ojos y le digas que se quede con su dinero, porque no piensas divorciarte.

–¿Pero cómo voy a hacer eso? –susurró ella.

–Es muy sencillo. Tienes necesidades, te gusten o no. Eres humana, como todos, así que tienes que elegir. ¿Necesitas a tu abuelo para que te apoye con su dinero? ¿O prefieres arriesgarte haciendo un trato distinto conmigo? Será un trato mutuamente beneficioso porque tú me necesitas tanto como yo a ti. La cuestión es… ¿Vas a admitirlo?

–¿Y si no quiero niños?

Él esbozó una sonrisa.

–¿Y si yo sí los quiero? ¿Y si quiero que renueves del todo tu armario? ¿Y si quiero disfrazarme de payaso y unirme al circo? ¿Y si…?

–Muy bien. Lo entiendo. Me estás diciendo que ya veremos qué hacemos.

–Ya lo veremos… juntos. Te quiero y eso no va a cambiar nunca. Esa es la única garantía que tengo. Bueno, también puedo garantizarte que vamos a tener una pelea respecto a las emisoras de radio, pero estoy dispuesto a pasar por alto ese gusto terrible que

tienes en cuestiones musicales si consigo esposa. ¿Va a ser así?

–No –decidida, le miró fijamente, de brazos cruzados–. ¿Es eso justo? Tú consigues una esposa a cambio de tener que sufrir mis preferencias en el tema de la música. Y yo me veré obligada a escuchar canciones sobre traiciones de amor. Ni hablar. Busca un bolígrafo y firma a menos que estés dispuesto a buscar un tipo de música que nos guste a los dos.

Lucas sonrió. Cia sabía que le había entregado un pedazo enorme de su corazón hacía ya mucho tiempo.

–¿Ópera? –sugirió él, tomándola en brazos.

Capturó sus labios rápidamente, antes de que pudiera objetar algo.

–De verdad espero que hables en serio cuando dices que me quieres, porque si quieres a una esposa de verdad, tendrás que soportar una boda por todo lo alto y muy formal. Y le voy a pedir a tu madre que me ayude a prepararla. Y vas a tener que soportar una auténtica luna de miel después.

–¿Con mucho sexo del bueno? ¡Las cosas que tengo que hacer por ti! –sonrió.

–Por favor, te lo suplico. Déjame comprarte algo de lencería sexy que no esté hecha de algodón.

–No a menos que me enseñes a bailar.

Él le metió las manos por dentro de la camiseta y tomó su cuerpo, tal y como había tomado su corazón.

–Lucas –susurró ella.

Incluso con la ayuda de Fran, los planes de boda se prolongaron durante un par de meses. Finalmente, después de muchas decisiones que tomar, después de probar varias tartas y de enviar numerosas invitaciones, Cia se colgó del brazo de su abuelo y avanzó hasta el altar.

En la fiesta de después les acompañarían casi quinientos invitados. Él la atrajo hacia sí y sonrió.

–¿Ha merecido la pena?

–Es todo con lo que siempre he soñado. Agotador, pero maravilloso.

Esa mañana había empezado a sospechar que el cansancio que sentía no se debía al ajetreo de los planes de boda, pero no había tenido tiempo de salir a comprar un test de embarazo. La idea de tener un bebé ya no la asustaba. De hecho, estaba deseando confirmar la sospecha.

Cuando la música terminó, Lucas la acompañó a la mesa. Fran esbozó otra de sus sonrisas radiantes, llena de orgullo. Cia se tocó las perlas que llevaba alrededor del cuello y les devolvió la sonrisa a sus suegros. Se habían convertido en una nueva familia para ella.

Matthew no había regresado para asistir a la ceremonia. Lucas estaba algo triste al respecto, pero Cia esperaba poder animarle un poco diciéndole que la próxima generación de Wheeler ya estaba en camino.

El abuelo de Cia se acercó a la mesa y le tomó la mano a su nieta.

–Me temo que este viejo debe irse a casa ya, cariño. Lucas, me tendrás en tu despacho dentro de una semana para firmar el acuerdo. Me entristece un poco que el complejo Manzanares cambie de dueño, pero estoy muy satisfecho con el trato.

–Todo por la familia. Me alegro de ser de ayuda –Lucas estrechó la mano del anciano y le deseó buena tarde.

La batalla había sido difícil, pero Cia la había ganado con creces y Lucas había accedido a representar al abuelo en la venta de Manzanares.

El señor Allende no había querido cambiar los términos del fondo fiduciario, a pesar de las muchas súplicas de su nieta, pero el problema ya no era tan grande. En vez de pedir regalos de boda, Lucas y ella habían pedido donaciones para la recién creada Wheeler Family Foundation, al frente de la cual se encontraba Fran Wheeler.

Cada vez que Cia explicaba la labor que Fran y ella estaban haciendo, y cada vez que alguien les daba otro cheque, podía sentir a su madre, dándole su aprobación con una sonrisa. No había nada que pudiera devolverle a sus padres, pero le había dado el corazón a Lucas, y era hora de empezar un nuevo capítulo en su vida.

Soñaba con el mañana, y Lucas Wheeler era el hombre que podía dárselo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

